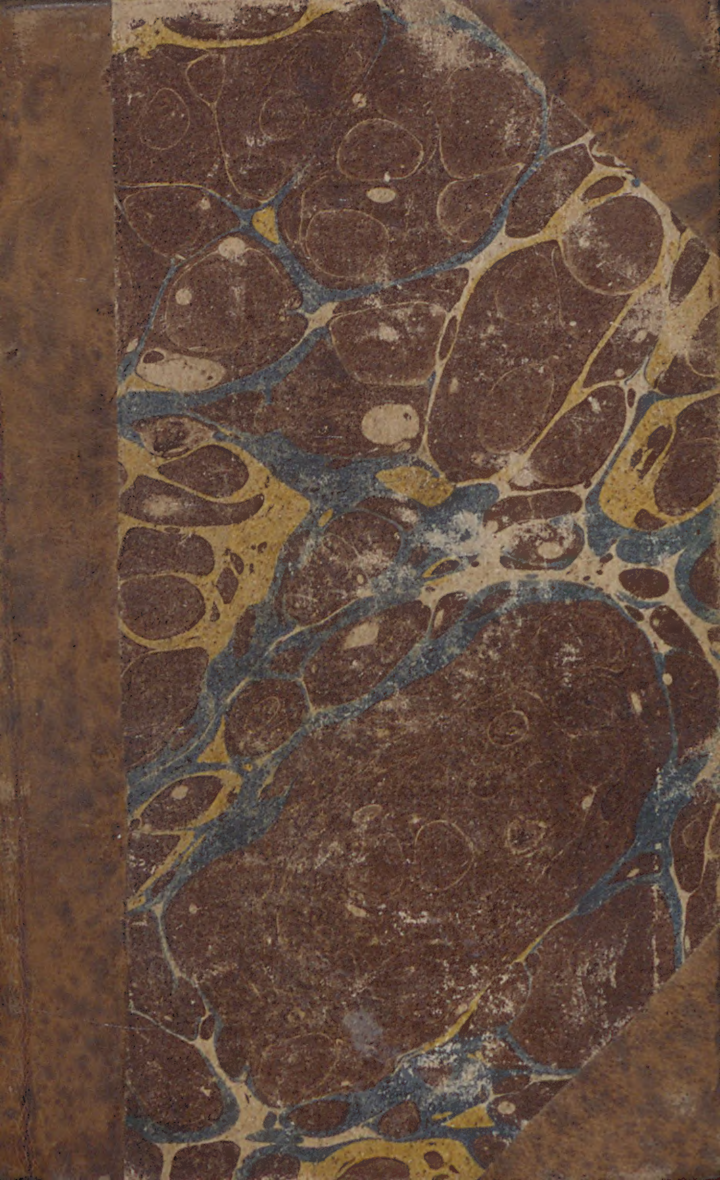
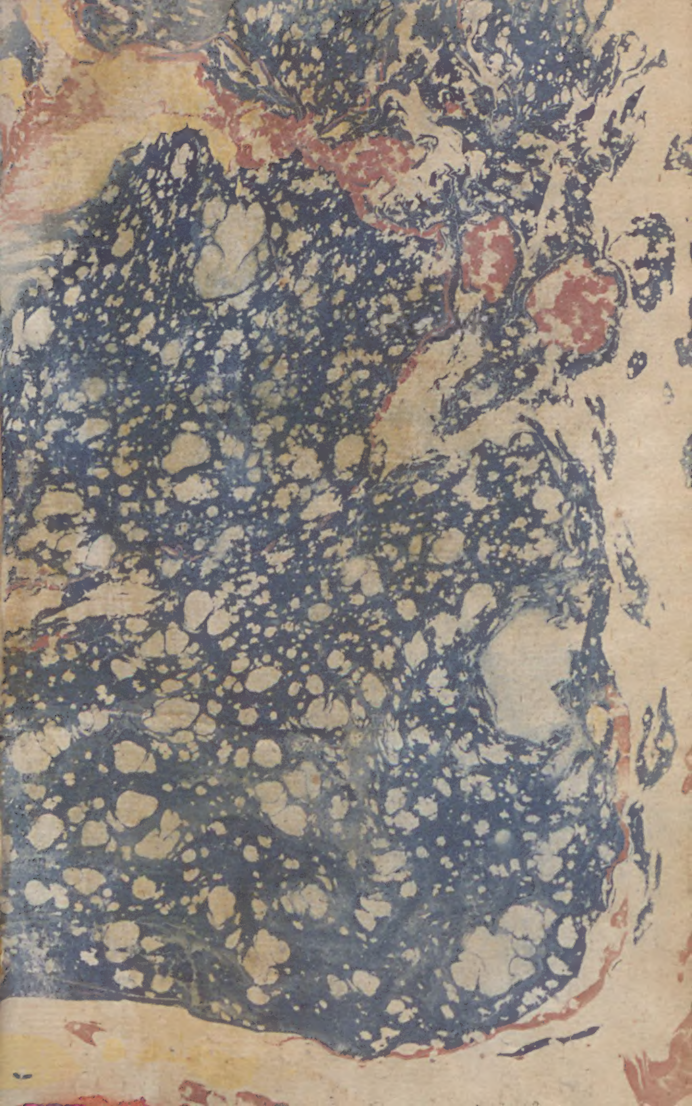






HISTORIA
DE LA
REVOLUCION DE FRANCIA,

FORMADA

sobre las mas auténticas que se han publicado en frances hasta el dia

POR

D. FRANCISCO GRIMAUD DE VELAUNDE.

.... Neque lex æquior ulla est,
Quam necis artifices arte perire sua.

Ovid.

TOMO VI.

MADRID.
IMPRENTA DE D. LEONARDO NUÑEZ.
1814.

LIBRO VIGÉSIMO.

Dimision que hacen Pache y Roland de sus empleos. Retrato de este ministro. Reunion de las facciones jacobinas para impedir que se juzgase á los autores de los asesinatos del 2 de setiembre. Acusaciones respectivas que se hacen los jacobinos y girondinos. Muerte de Saint-Fargeau. Acusacion de Robespierre. Saqueo de las casas de comercio de París. Junta de insurreccion establecida por los jacobinos. Ultimo esfuerzo del duque de Orléans para ceñirse la corona de Francia. Hace bancarrota. La duquesa su esposa se separa de él. Muerte del duque de Penthiévre. La desercion de Dumouriez acaba de arruinar los negocios de Orléans.

Ya no exîste.... El heredero de los Clodoveos y Carlo-magnos acaba de pasar del trono al cadalso sin cetro,

sin corona ni fausto real; empero jamás fué mas grande. Sus últimos momentos lo han inmortalizado, y el perdon concedido á sus enemigos un instante ántes de expirar, le han merecido un lugar mas distinguido y brillante en la historia, que si hubiera mandado exércitos y conseguido mas victorias que los famosos conquistadores del mundo. Su serenidad y firmeza en aquel último y terrible trance nos demuestra la grandeza de su alma, y como lo habia dicho muchas veces en su prision este rey verdaderamente *cristianísimo*, no llevaba otro sentimiento á la otra vida que la terrible persecucion que iba á aumentarse á la que ya hacia tiempo agitaba á la iglesia de Jesucristo.

El curso rápido é incoherente que acompañó los accidentes de la revolucion de Francia, se puede comparar á aquellas enfermedades extraordinarias cuyos síntomas contradictorios, engañando la habilidad de los médicos, inutilizan su teoría, y les hacen abandonar la cura incierta del enfermo á la

naturaleza ó á la casualidad. Casi todas las revoluciones han sido dirigidas por hombres ambiciosos que caminaban á sus fines particulares por entre las sendas mas tortuosas. Si la sabiduría combinó algunas veces aquellos acontecimientos tumultuarios, las pasiones mas corrompidas se apoderáron al fin de ellos y de las convulsiones inesperadas para encaminarlos á un fin muy diferente del que les dió su primer motor. Pero la revolucion de Francia ofrece el carácter singular de haber sido dirigida desde el principio por varias facciones enemigas entre sí, y tan encarnizadas en destruirse, que ocupándose exclusivamente en inclinar á su favor la opinion pública, no perdonaban fatiga ni medio alguno para seducir á un pueblo entusiasta con las novedades mas ridículas; resultando del choque vivo y continuo con las pasiones mas violentas y exâltadas tal confusion en la accion total del movimiento revolucionario, que presentaban un cáos insondable á los ojos de

aquéllos cuya vista no era bastante perspicaz para distinguir las miras particulares de cada partido en medio del laberinto que parecia resultar de la union de las combinaciones políticas; así como el hombre que por la primera vez es testigo de una parte del juego del alxedréz, no comprendiendo la marcha particular de cada pieza, no advierte mas que irregularidad en un juego cuyas diferencias sábiamente combinadas, están sujetas á un cálculo matemático.

La clasificacion perfecta de los diferentes partidos, y la determinacion sucinta de su punto de contacto y de su línea damarcativa, á pesar de las combinaciones multiplicadas que los confundian muchas veces, serán la materia de mis reflexîones en la continuacion de esta obra. Mis lectores deberán estar convencidos, despues de lo que han leido en ella, de la exîstencia de cinco facciones enteramente distintas que trabajaban revolucionariamente en inclinar á los franceses há-

cia sus fines particulares; una de estas facciones era la de los *realistas*, la segunda la de los *constitucionales*, la tercera la de los *republicanos* , la quarta la de los *orleanistas*, y la quinta la de los *jacobinos anarquistas*, de la qual se hizo Robespierre el gefe despues de la muerte de Luis XVI, y con cuyo terrible acontecimiento aquel malvado empezó á dominar á las demas por el terrorismo.

Los primeros á quienes destruyó fué á los realistas y constitucionales, y no necesitando despues de los jacobinos, orleanistas, ni de los republicanos, los envolvió en la proscripcion general de todos sus enemigos.

Jamás empresa alguna tan peligrosa fué executada con mas arte. Los jacobinos tomaban el título de amigos de la constitucion quando trabajaban con mas ahinco en destruirla. Se proclamaban los amigos de la libertad quando organizaban la anarquía para destruir á los defensores del sis-

tema republicano, al mismo tiempo que empleaban todos los ardides y recursos contra los hombres de una imaginacion fuerte y de un carácter débil que oponian sus ideas morales á las violencias y las intrigas oscuras de las conspiraciones atrevidas, y que distaban filosóficamente quando exásperaban contra ellos á la multitud. Perfeccionaron el arte maquiabélico en la invencion de las trayciones y en la habilidad de atribuirlas á aquellos á quienes querian perder, de difundir las calumnias mas inverosímiles con profusion á un mismo tiempo, y de hacerlas repetir simultáneamente en tantas provincias de la Francia, y en tantos periódicos (que llamaban patrióticos por excelencia recomendando su propagacion á las sociedades adictas) con tal seguridad, que en breve tomáron el carácter de la verdad y de la opinion pública, en un tiempo en el que casi todos los individuos cuyos talentos y virtudes convidaban á ilustrar al pueblo y atraerlo á los verdaderos

principios del sistema social, eran señalados por ellos como otros tantos realistas y agentes sospechosos.

Entre los corifeos republicanos, los unos pereciéron en los cadalsos ó libráron sus vidas refugiándose á las soledades mas inaccesibles y escarpadas, y los demas sufriéron por mucho tiempo todas las angustias de una larga y dura cautividad; en fin la Francia entera fué presa entregada á los jacobinos. Desde entónces todas las plagas que el crímen puede reunir para la destruccion de un vasto imperio, sus leyes, sus costumbres, sus riquezas é industria, todo desapareció á un mismo tiempo, y su poblacion hubiera desaparecido en medio de las carnicerías humanas que se instaláron en todos sus departamentos, si la mano visible de Dios no hubiera exterminado al monstruo que las mandaba.

La posteridad no querrá creer jamás que el proyecto de los anarquistas era el de reducir el suelo de la Francia á ocho millones de habitantes; si

esta espantosa verdad no hubiese salido de la boca de los facinerosos á quienes las oscilaciones del movimiento revolucionario conducia de tiempo en tiempo al cadalso revueltos con sus propias víctimas, y que en los últimos instantes de la vida (en los que el hombre no disimula nada) desenvolvian los atentados de sus cómplices.

Habiéndole preguntado uno á Robespierre baxo el reynado del terrorismo, quál era el término de los asesinatos jurídicos que se cometian todos los dias, recibió esta respuesta: "La generacion que ha conocido el „antiguo régimen le deseará siempre, „por lo que todo individuo que en 1788 „tenia treinta años debe perecer, pues „este es el único medio de consolidar „la revolucion."

Para conseguir este monstruo tan extraño resultado, último exceso de la perversidad humana, se verá en la continuacion de qué modo los desorganizadores se servian de las sociedades populares establecidas en casi todas las ciuda-

des. Estas sociedades difundian con ardor los principios de la *Sociedad-madre*, y trabajaban muchas veces en el establecimiento de proyectos cuyo fin ignoraban, porque habia un gran número de individuos á quienes la negligencia de su educacion hacian de buena fé los ciegos instrumentos de las tramas mas horribles. Se les hablaba de regeneracion, y creían regenerar la raza humana mutilándola. No de otro modo Pelías fué degollado por sus propios hijos, á quienes persuadió Medéa que el medio de rejuvenecer á su padre era el de empezar por matarlo. Los anarquistas franceses atolondraban al pueblo siempre crédulo, y siempre ciego, con los derechos de los pobres, y éstos creían que trabajaban para sí favoreciendo el asesinato de los ricos; se les hablaba sin cesar de conspiraciones y de conspiradores, y creían asegurar la felicidad de sus hijos destruyendo los fomentadores de las discordias que designaban á sus miradas engañosas.

Por medio de estas pretendidas conspiraciones pérfidamente combinadas en la junta de correspondencia del club de los jacobinos, el hacha revolucionaria se paseaba de ciudad en ciudad y de provincia en provincia. Las ciudades mas ricas y populosas de la Francia debian ser sumergidas en la nada. El sello de la proscripcion fué puesto sobre la de Leon, Marsella, Burdéos, Tolosa, Nantes, Ruan, Mompeller y Nimes. Despues de la destruccion de estas poblaciones (célebres por su comercio y las ricas producciones de su suelo) ya no se hizo dudosa la suerte que esperaba á las demas ciudades ménos notables, pues todos conociéron debian desaparecer al fuego voraz de las antorchas que manejaban las gavillas de malhechores, á los quales se les dió el nombre de *exércitos revolucionarios.*

La ciudad de París, centro de la revolucion, se creía vanamente al abrigo de aquella subversion general, pues los jacobinos manejaban de tal modo

la inmensa poblacion de esta capital, sublevándola á su arbitrio para la execucion de sus deseos sanguinarios, que de tiempo en tiempo entreveía la suerte que la amenazaba. Ya en mil folletos difundidos con misteriosa afectacion decian: que los palacios suntuosos, asilo de las artes, insultaban á la simplicidad de las costumbres republicanas; que las ciudades grandes deben considerarse como las sentinas de la especie humana; que ésta se degrada allí por el luxo, la molicie, y todas las pasiones impúdicas; por lo que los hombres libres no necesitaban mas que algunas cabañas ó chozas en los campos, armas, un arado, algunas manufacturas groseras, ó algunas fanegas de tierra; que en estos asilos campestres, sin ambicion, sin envidia, sin temor y deseos, los nuevos galos en medio de una horrorosa pobreza debian hacer renacer entre ellos los dias afortunados de la edad de oro.

Con estas pinturas fabulosas seducian á los artesanos, menestrales y de-

mas individuos de ambos sexôs poco instruidos, y sin otros bienes que los precisos muebles del quarto que habitaban, se cuidaban poco de la conservacion de las casas que no tenian. Estos hombres extrangeros en París, miraban su destruccion como la única que podia proporcionarles riquezas por el pillage de que deberia acompañarse.

De este modo la Francia invadida y sitiada por las potencias de la Europa, y destruida en lo interior por las maniobras infernales de los anarquistas, caminaba con la mayor rapidez de error en error y de calamidad en calamidad ácia su destruccion política. Por inmensas que fuesen sus riquezas no podian dexar de irse agotando insensiblemente, y esto debia verificarse tanto mas pronto, quanto que necesitaban mantener exércitos formidables. Es verdad que el sistema de las requisiciones inventado por los mismos exércitos les suministraba los víveres, vestuarios, las monturas de la caballería, y los tiros para el trans-

porte de las municiones, en lo que empleaban los caballos de luxo, las reses de bacuno que debian servir de alimento á los habitantes de las ciudades grandes, y el producto de las principales manufacturas para sostener los fondos de las caxas militares.

Despues de haber producido esta espantosa y total disolucion de todos los lazos que unian la sociedad, las dos facciones jacobina y orleanista esperaban recoger el fruto de sus feroces combinaciones. La nulidad de todos los medios de prosperidad que tenia la Francia, verificada por los *sans-culottes*, reduxo á estos mismos á los extremos mas penosos. Quien vive del pillage no vive mucho tiempo, y á haberlo previsto así, los jacobinos hubieran enviado á las fronteras á una multitud de hombres, á los quales pudiéron inspirar el deseo de buscar entre los enemigos de la Francia la abundancia que habian agotado en su patria. La dislocacion general de las rentas (primer apoyo del estado) precisó á las tropas

el procurarse las subsistencias en el pais que pisaban; las desgracias que necesariamente se habian de seguir debian en breve forzar á los gobiernos extrangeros á hacer la paz con una nacion que nada tenia que perder, y que no solo devoraba las provincias sobre las quales se extendian sus exércitos numerosos, sino que la política los incitaba á publicar la anarquía, á propagarla y acarrear á los pueblos vecinos todas las plagas, por las que ella misma habia sido destruida.

Entonces los jacobinos aprovechándose del abatimiento que reynaba en todos los ánimos, y del establecimiento de la policía que en todas partes se echaba de ménos, renovando las cadenas antiguas del gobierno feudal, hubieran reynado qual déspotas sobre un pueblo ignorante, débil y disperso.

Dos dias despues de la muerte de Luis XVI Roland hizo dimision de su empleo de ministro del interior: esto no fué otra cosa que el efecto de una especie de transaccion entre los repu-

blicanos y las dos sectas jacobinas. Los primeros abandonáron á Roland con la condicion de que la *Sociedad-madre* consintiese en la remocion del ministro de la guerra Pache, perseguido por las continuas reclamaciones de todos los exércitos.

En esta ocasion se vió quán superior era la política de los jacobinos á la de sus enemigos. Pache, destituido del ministerio de la guerra por un decreto de 2 de febrero, fué nombrado corregidor de París, empleo que ademas de darle mucho crédito, le hizo uno de los principales agentes de la revolucion de 31 de mayo. Roland por el contrario, abandonado de sus amigos que estaban cansados de su rígida probidad, y perseguido contínuamente por sus enemigos, no halló descanso mas que en los brazos de la muerte.

Juan María Roland, republicano por principios, no era un hombre sobresaliente en talento, pero á sus conocimientos bastante grandes sobre

los detalles administrativos que podian concurrir á favorecer en Francia el comercio, las manufacturas y la navegacion interior, unia un juicio muy sano con que comprehendia sin violencia quanto se le presentaba como conveniente para su administracion, aunque antes no lo hubiese profundizado bastante, y finalmente mucho amor al trabajo.

Era de una figura agradable, de unas costumbres dulces, de un trato agasajador, de una presencia grave y decente, y vestía curiosamente; ocupado exlusivamente de sus deberes no se valia de nadie sino quando le era imposible ocuparse él mismo. Desde que los jacobinos domináron el consejo executivo, desconfiado de su ignorancia como de su mala fé, no quiso responder de nadie sino de sí mismo, y esta precaucion de no admitir responsabilidad alguna le hizo muy odioso á sus cólegas.

Queriendo parecerse á Caton el Censor, habia tomado de él un ayre

seco, árido y esquivo, y un rigorismo que no era propio de su carácter. Muchos hallaban en él algun tanto de semejanza con Necker, con especialidad por la parte que hacia que tomase su muger en los negocios públicos.

Entre todas las mugeres, cuyos nombres se hallan inscriptos en los fastos de la revolucion, ninguna hizo papel mas noble ni mas interesante que Mad. Roland: era como de treinta á quarenta años, de una figura viva y fogosa, vestía con elegancía, hablaba bien, escribia mejor, y tal vez con demasiada presuncion. Las *Memorias* que compuso en su prision, son una obra grande del sentimiento y de la expresion. Una sociedad selecta de literatos y de miembros de la convencion se reunia en su casa, particularmente los viernes, en donde se hablaba de la política de que se habia usado durante la semana y se formaba el plan de conducta para la siguiente. Ninguna muger de los demas ministros se admitia en esta agradable

tertulia. Su flanco era el manifestar la dominacion que tenia sobre su marido, lo que la hacia ridícula para con sus cortejantes (1).

La profetisa visionaria del cartujo constituyente D. Gerle, llamada Susana Courcelle de Labrousse, Madamas de Condorcet, Theroina de Mericourt (2), Madama Staël, hija

(1) María Juana Filipon Roland fué hija de un célebre grabador de Paris, en donde nació el año de 1754. Estudió con utilidad las bellas artes; viajó por la Inglaterra y la Suiza; fué el alma de las deliberaciones del partido de los brissotinos; estuvo encerrada en un quarto de *santa Pelagia* cinco meses; fué acusada de complicidad con los girondinos; y por último decapitada en 8 de noviembre de 1793. Sus últimas palabras fuéron: *¡Ah libertad, libertad, quántas víctimas sacrificas á tu ídolo.*

(2) Theroina de Mericourt natural de Luxêmburgo, de treinta años de edad, fué una muger de muy extragadas costumbres, pequeña, despreciable, enferma por su viciosa vida y sin otro recurso que una revolucion. No hallando amantes que corromper, recurrió á los diputados, admiró á Barnave, y luego amó á Pétion. Despues tuvo club, viajó, y fué hecha prisionera. Puesta en libertad por

de Necker, y Olimpia de Gouge, no fuéron mas que intrigantas. Solo Carlota Corday será citada con interes en la posteridad por haber purgado á la tierra del monstruo Marat con un entusiasmo patriótico de que no tendrá imitadores. Pero de entre todas estas mugeres ninguna era comparable á Mad. Roland; la muger de Necker solamente le parecia, como he dicho, algun tanto; pero su edad y su experiencia la hacian mas útil á su marido y ménos agradable á los que la obsequiaban. Mad. Roland creyó deber permanecer en París mientras que su marido proscripto por los jacobinos como federalista, se ocultaba en las soledades. Habiendo sido puesta en prision dos veces por este

el emperador, volvió á París; y en la mañana del 7 al 10 de agosto vestida de amazona con uniforme nacional y con sable en mano exhortó en el patio de los Fuldenses al pueblo al asesinato de veinte y dos presos, y á que nombrase comisarios; á cuya frente subió ella á la junta, y obtuvo que se entregasen al pueblo las víctimas.

crímen imaginario, se verá despues como condenada á muerte por los jueces sanguinarios escogidos por Robespierre, mostró en sus últimos momentos una serenidad de ánimo y una presencia de espíritu, pero sin ostentacion, que hubiera llenado de honor á un filósofo.

Las dos facciones jacobinas que se diéron despues á conocer, y que se viéron combatirse y destruirse, aunque divididas en sus intereses y planes seguian aún en la apariencia una marcha uniforme que las confundia á los ojos del público engañado.

Para conseguir la desorganizacion total de la Francia, sobre la qual fundaban el buen éxito de sus proyectos los orleanistas y jacobinos, les eran absolutamente necesarias dos cosas, á saber, la muerte trágica de Luis XVI y la disolucion ó el desmembramiento de la convencion nacional. Apénas consiguiéron aquélla, quando corriéron rápidamente á conseguir ésta: reguladores de las autoridades

constituidas de París y de los diferentes clubs que llenaban esta capital, abusaban fácilmente de una popularidad que habian adquirido con la hipocresía para engañar la buena fé de una multitud de hombres mas acalorados que instruidos; y haciendo que precediese al asesinato del puñal al de la calumnia, acusaban de sus propios crímenes á los representantes que querian perder, y los hacian odiosos á una porcion del pueblo fácil de seducir.

La convencion habia encargado al ministro Garat que persiguiese á los autores de los asesinatos del 2 de setiembre. Esta justicia, aunque en extremo retardada, era el deseo de la Francia entera. Apénas habian pasado tres dias de como se expidió este decreto, quando Garat dió parte á Guadet y á algunos otros diputados de que estaban acabadas las pruebas contra muchos de sus cólegas, y que la prosecucion de este inaudito delito conduciria al cadalso á un gran número de miembros del cuerpo legislativo.

Sabedores los principales culpables del peligro que los amenazaba, se reuniéron para detener el golpe que iba á caer sobre ellos. Los jacobinos y orleanistas formáron una liga mútuamente estrecha con los *montañeses* de la convencion y los de la municipalidad de París, y entónces pusiéron en execucion un sistema maquiabélico, por cuyo efecto consiguiéron seducir á un gran número de diputados, hombres virtuosos y sabios pero pusilánimes, y á los quales el amor á la concordia, este motivo tan laudable, inspiró una condescendencia de que no cesaban de abusar los criminales.

Se valiéron tambien de sus satélites las secciones de París; agitáron al populacho; multiplicáron peticiones atrevidas; habláron en la barra con la mayor arrogancia los culpables, presentando al cuerpo legislativo á los mas cobardes y á los mas crueles asesinos como á unos patriotas ardientes, á quienes querian oprimir los enemi-

gos del pueblo, y amenazáron con una insurreccion á la representacion nacional. Esta cedió; y á pesar de los esfuerzos del valeroso Lanjuínais el decreto si no se expidió, á lo ménos se suspendió indefinitivamente, con lo qual se llenó el objeto de los anarquistas.

Este ensayo fué para los *montañeses* como el termómetro de la asamblea. Los jacobinos y orleanistas se aseguráron entónces de que podrian arrancar quantos decretos quisiesen y necesitasen, valiéndose del medio del terror que en esta ocasion les habia salido tan bien.

Entónces fué quando se trazó en la convencion nacional una línea de separacion la mas formal, cuyo principio fué la opinion pronunciada por los diputados en el proceso de Luis XVI, sin embargo de que la lista de los votos en pro ó en contra de la muerte deeste príncipe, no fué la que fixó la demarcacion; pues muchos diputados, á quienes los *montañeses* que-

rian perder porque habian votado la muerte, se hubieran hallado fuera de la lista de proscripcion. Así que prefiriéron tomar por base la lista de los votos en favor de la apelacion á las asambleas primarias, en la qual se hallaban casi todos los antagonistas de los jacobinos, á quienes designáron como enemigos del pueblo, precisamente por haberle dado la mas grande prueba de su condescendencia en la ocasion mas importante.

Los que no apeláron se llamáron é intituláron patriotas por excelencia, y se reserváron poco despues exclusivamente las comisiones en los departamentos y cerca de los exércitos, la entrada ó á lo ménos la preponderancia en las de la convencion y todas las funciones mas importantes. Los debates del cuerpo legislativo no eran ya discusiones sobre principios, sino querellas de unos contra otros, difundiéndose las sospechas en seguida en los espíritus de todos, pudiéndose decir que la convencion se componia de dos asambleas, de

las quales presentaba cada dia ante el público su acta de acusacion una contra otra.

"Los legisladores de una grande república (decian á los jacobinos los que apeláron al pueblo) deben estar llenos de respeto y de amor á la humanidad, y así no debeis vosotros dictar leyes á la Francia, quando os hallais cubiertos con toda la sangre derramada en el 2 y 3 de setiembre. Los legisladores de un imperio, á quienes las riquezas de su suelo, el genio de sus habitantes, y el comercio del universo convidan para los bienes y prosperidades de toda clase, deben mirar la propiedad como una de las bases mas sagradas de todo el órden social; y la mision que se ha dado á los legisladores de la Francia no podeis llenarla vosotros que predicais la anarquía, que protegeis el robo, que proclamais principios llenando á los propietarios de terror y espanto, y que sublevais á los que no tienen mas que vicios y miseria contra aquellos que se distinguen

para su comodidad y bien estár ó por sus virtudes. Los excesos de la libertad fuéron siempre su ruina, y vosotros sois los que precipitais la revolucion á todos los excesos. En una larga anarquía se vé siempre salir y elevarse la tiranía, y vosotros fomentais aquélla.

»Y quién no vé que vuestros furores son el velo y los medios de que os valeis para arrastrar violentamente ácia la servidumbre á la nueva república? Porque sois furiosos, no podeis ser pérfidos? Ninguno lo fué mas que Cromwel, pero ninguno se entregó á furores mas atroces. Entre todos los animales mas sanguinarios el tigre es tambien el mas dócil y flexíble. Vosotros habeis dado la muerte á un rey que no habíais hecho; pero este Borbon, que tiene asiento y se levanta en medio de vosotros, espera que le elevaréis al trono: cuenta con mucha seguridad con la fé de los facinerosos que le rodean y que han votado la muerte de su predecesor.

»Los verdaderos republicanos no

tienen tesoros, y vosotros sembrais el oro y la plata en todas partes para comprar almas viles y para armar manos venales: aguzais contínuamente el puñal, y quando se quiere asesinar con él á los republicanos, lo queréis hacer tambien con la república: llamais contra nosotros á todos los malvados de París, pero nosotros llamamos contra vosotros á todos los hombres de bien de la Francia."

"Tanto cuidado como poneis en hablarnos de vuestras virtudes (respondian los jacobinos á los que habian apelado al pueblo) solamente nos persuade de que teneis vicios y proyectos que ocultarnos; y tanto orgullo como se halla en lo que vosotros llamais luces y talentos, nos persuade que queréis hacerlos servir á vuestra elevacion y no á la igualdad general. La libertad perecia en vuestras manos, y la espada de la nacion habia caido ya sobre el palacio de un rey culpable, y no obstante recibia aún este rey vuestros respetos y vues-

tros juramentos de defenderle. Quando él os dexó gobernar por los ministros que le habíais dado, os pareció muy fiel, y solamente comenzásteis á considerarle como traydor quando engañó vuestro egoismo y vuestra ambicion particular. Deseábais secretamente no elevar la Francia á los magnificos destinos de una grande república; sino dexarla un rey a quien hubiéreis ya acusado y ya protegido, y de cuyo palacio hubiérais sido los mayordomos. En este caso el rey hubiera sido un fantasma del trono, la nacion otro de libertad, y la sola cosa real vuestra dominacion y tiranía.

„Hombres viles é infames que creeis que los artificios son la ciencia de los hombres de estado, sabed que los verdaderos republicanos marchan con rapidez é intrépidamente por los anchos caminos que se han abierto, y que los políticos astutos son aquellos que, como vosotros, dan vueltas y rodeos por las sendas tortuosas que ellos mismos han trazado y abierto. Quan-

do el tirano apareció ante la justicia nacional, de la qual todos éramos los órganos, lanzamos contra él el rayo de la muerte; y vosotros que queríais reservar su vida por seros muy necesaria para vuestras miras rateras, pronunciando como nosotros la muerte para participar de nuestra gloria, añadisteis la apelacion al pueblo para salvar al tirano á quien fingíais condenar. Por este solo acto, vosotros hombres de estado dignos imitadores de Borgias y de su preceptor, nos hacíais aborrecer como á barbaros, os proclamábais los justos por excelencia, llamábais así la guerra civil para despedazar la Francia y dividirla en dos estados confederados, para ser vosotros sus únicos legisladores, sus cónsules y sus éforos.

»Vosotros llorais muy poco la sangre de los republicanos que corrió á torrentes en esta guerra contra la Europa, tan deseada del palacio como encendida por vuestras mociones; pero la sangre de los aristócratas! ah!

vosotros queréis vengar á toda costa esta sangre que corrió en las prisiones para la seguridad y por la ira del pueblo, solo porque era de los aristócratas.

„Porque ¿qué significan vuestros continuos clamores de que querémos atacar las propiedades, sino que queréis tener á vuestro alrededor y contra nosotros un exército de propietarios á quien no pagaréis, y por quien seréis bien pagados? Qué significan esos gritos sin cesar de que deliberais baxo las espadas, y que trescientos legisladores son otros tantos asesinos que atentan á la vida de otros trescientos? Pisistrato hizo mas que gritar á los asesinos, pues se dió de puñaladas á sí mismo, y á la mañana siguiente Pisistrato rodeado de guardias fué el tirano de su patria (1).

(1) Pisistrato resolvió aprovechar la ocasion que se presentaba, para quitar á los atenienses una libertad que no sabian ni aprovechar, ni defender. Con esta mira habiéndose herido á sí mismo y á las mulas que

"[illegible]ombres de estado! vosotros queréis la libertad sin igualdad; y no-

[illegible]aban de su carro, entró en la plaza como si hubiese sido perseguido, y mostrándose ensangrentado suplicó al pueblo le protegiese contra sus enemigos, que no le habian maltratado así mas que por su adhesion á sus conciudadanos. Los que se halláron presentes le manifestáron con el mayor ardor el interes que tomaban en su desgracia. Solón, que acababa de llegar á la plaza, se acercó á él y le dixo: "*Hijo de Hipócrates, tú no haces bien el Ulíses de Homero; por que engañas á tus conciudadanos al paso que Ulises, hiriendose á sí mismo, no procuró mas que engañar á los enemigos de su pais.* Convocáron al instante la asamblea del pueblo. Aristón propuso que se concediese á Pisistrates cincuenta guardias para la seguridad de su persona. Solón se opuso á esta proposicion, y dixo á los atenienses, que si les sucedia algun infortunio, no era á los dioses, pero sí á si mismos, á quien debian quejarse; que los males no eran el efecto de la casualidad, sino castigos; que los hombres impostores cubrian siempre la mentira con el colorido de la verdad, y que antes de hacer inovaciones, debian exâminar con madurez las consecuencias. Pisistrates habló en seguida, y su discurso fué recibido con los mayores aplausos. Solón se contentó con decir: *No hay cosa mas dulce que sus palabras.*

sotros á quien llamais bárbaros, porque somos tan inflexîbles como los derechos y los títulos del género humano, querémos la igualdad porque sin ella no se puede conseguir la libertad. Hombres de estado! vosotros quereis organizar la república, la qual pereceria prontamente en medio de las riquezas; y nosotros que no somos los hombres de estado sino los hombres de la naturaleza, y que no tenemos mas arte ni ciencia que el instinto y la energía de todas las virtudes, buscamos leyes para sacar al pobre de la miseria, á los ricos de la opulencia, y para hacer de todos los hombres en una conveniencia universal los ciudadanos felices y los defensores ardientes de una república eterna. Hombres de estado! el pueblo, esta multitud tan despreciada y temida por vosotros, es la que ha comenzado y contenido la revolucion, y la que querémos acabar por el pueblo y para el pueblo.

»No olvideis jamás que si el pue-

blo puede ser engañado algun tiempo por sus opresores, al fin sus pasiones hacen que se armen pronta y violentamente en favor de sus verdaderos amigos y defensores. Temed inspirarnos por otras amenazas la necesidad de llamar al pueblo á la defensa de sus derechos y de nuestros dias; vosotros perecereis, y la sangre de los ciudadanos correrá por todo el territorio de la república mezclada con la de los legisladores. Sino sois traydores ó conspiradores, que vuestro orgullo ceda ante la imágen de tantos males como amenazan á vuestra patria."

El cielo siempre justo en sus impenetrables designios, no permitió que Orléans subiese al trono de que habia precipitado á Luis XVI. Para reunir mas votos en favor de la muerte de su pariente, se habia servido de Saint-Fargeau, y éste precedió á Luis al sepulcro. En las revoluciones de los imperios, las mismas causas producen casi siempre los mismos efectos.

*

Saint-Fargeau pereció como Bradshaw. La víspera de la muerte de Luis estaba comiendo en la fonda del palacio real. Un hombre llamado Pâris (1), dice: "Saint-Fargeau, habias dado palabra de honor de que con otros veinte y cinco de tus amigos no votarias la muerte del rey: has vendido tu voto y el de tus amigos, pues recibe, miserable, el precio de tu perjurio." Al acabar estas palabras, aquel hombre metió el sable en el pecho de Saint-Fargeau y se marchó. Se creyó por entónces que dixo cosas muy bellas exhalando el último suspiro; pero la verdad es, que no profirió mas que estas dos palabras: *tengo frio.*

En 24 de enero de 1793 se celebró su pompa fúnebre. Quantas re-

(1) Era guardia de corps; cometió su asesinato en la fonda de Mr. Fevriér, y aunque huyó al principio, habiendo sido despues reconocido en la posada de *Forges les eaux*, se quitó la tapa de los sesos de un pistoletazo por no dexarse prender.

laciones se escribiéron entónces por órden ó en presencia de la autoridad, presentan esta ceremonia como una de las mas lucidas y magestuosas que se habian visto hasta entónces, no obstante que sus principales detalles eran horrorosos.

Cubierta de hojas y de coronas cívicas la base arruinada, sobre la qual estaba antes del 10 de agosto la estátua eqüestre de Luis XIV en medio de la plaza Vandôme, se colocó allí sobre una especie de cama de respeto y de gala, el cuerpo de Saint-Fargeau, desnudo, cárdeno y ensangrentado, cuidando de poner con mas particularidad á los ojos del público la grande herida que le habia hecho Pâris. En esta situacion fué llevado al panteon acompañado de la convencion, de la sociedad de los jacobinos en cuerpo tambien, y precedida de su estandarte; y en fin de las secciones igualmente en cuerpo y de las autoridades constituidas. En medio de los estandartes se veía uno que

llevaba la camisa, el vestido y calzones de Saint-Fargeau chorreando sangre aun. La multitud que concurrió á la larga calle de S. Honorato, por donde debia pasar el acompañamiento, se admiró de este expectáculo, y cada uno decia: "A la verdad que esta fiesta mas se parece una llamada para el asesinato que una ceremonia fúnebre."

En quanto á Orléans, habia visto caer en fin el 21 de enero aquella cabeza contra la qual conspiraba hacia tanto tiempo; y desde el 22 un suplicio espantoso empezó para él. El reposo lo abandonó para siempre, y se creyó rodeado de asesinos; se vistió de una coraza, se retiraba á las habitaciones mas secretas de su palacio, y á imitacion de Cromwel no se acostó dos noches en una misma cama. Llenó su jardin y lo interior de su habitacion de malhechores que pagaba á peso de plata, y cuyas cinturas estaban guarnecidas de puñales y pistolas. Una orda de estos foragidos le seguia á todas par-

tes. En su palacio se hacia invisible, y á ménos que no fuese un conjurado bien conocido de él, no se llegaba hasta su persona. Se detenia á los demas en las primeras piezas por unos hombres de un mirar atroz y de una fisonomía espantosa, armados de sables y una canana llena de pistolas. A los que se presentaban los detenian y precisaban á escribir sus nombres, sus habitaciones y el objeto de su venida: uno de ellos llevaba el escrito á Orléans y traia la respuesta de viva voz. Este es el infierno anticipado que debió haber previsto antes de degollar á su señor y rey legítimo.

Apénas corrió la sangre del monarca, quando Orléans no fué mas que un maniquí: no digo bien, el juguete de los maratistas, esto es, de los hombres mas viles y mas atroces que ha abrigado jamás en su seno la Francia. Mendigaba humildemente su proteccion, y los miserables se la hacian comprar por todos los sacrificios que podia hacer: sus muebles, sus

alhajas, sus libros, su vagilla, aquella magnífica galería de quadros que habia recogido el regente, aquella rica coleccion de piedras grabadas que habia heredado de la munificencia de sus abuelos, todo, todo fué presa de los maratistas. No pudiendo saciar su avaricia, contraxo por todas partes empeños, los multiplicó baxo de diversas formas, dió hipotecas ilusorias, y concluyó con publicar su bancafrota.

No era ya por obtener una corona por lo que Orléans hacia aquellos sacrificios, sino únicamente por conservar su vida. Despues de haber amenazado por tanto tiempo la de Luis, estaba reducido á defender la suya. No se le ocultaba, que el ódio que habia encendido contra él la muerte del monarca estaba próxîmo á devorarlo; no veía mas que á los maratistas que pudiesen defenderlo contra la nacion entera. Aquellos de sus antiguos partidarios, que no estaban ya en la faccion, guardaban silencio, se

ocultaban, y no se atrevian á confesar su amistad con el príncipe, que era el horror de toda la Europa, y nadie se atrevia á condenar aquel grito universal. Los maratistas juraban tambien en el seno de la convencion que lo despreciaban. Pétion y Condorcet aparentáron abandonarlo de buena fé, y se adhiriéron al lado de sus enemigos mas acérrimos. Aturdido Dumouriez de la extraordinaria mudanza que se habia producido, y bien convencido de que no habia nada que maquinar en París en favor de los intereses del príncipe, se reunió precipitadamente al exército esperando seducirlo á favor de aquel monstruo.

La Francia se hallaba en un estado completo de anarquía, y la convencion nacional no era mas que un circo de gladiatores. Los brissotinos y los maratistas no sabian lo que querian, ni lo que sucederia. De una y otra parte no pensaban mas que en destruirse. Los dos partidos protesta-

ban mas que nunca que querian una república. Los brissotinos acusaban á los maratistas de que eran orleanistas aún ; y la faccion de Marat no sabiendo qué reprochar á los brissotinos, inventáron palabras, los acusáron que querian una república *federalista*. De aquí es, que los Brissot, los Gaudet, los Buzot, los Louvet y los Gensonné, fuéron llamados en adelante *federalistas*.

Los brissotinos no tenian otra mira que la de deshacerse de todos los maratistas, y hacerlos sucumbir baxo la sangrienta cuchilla de la guillotina, para deliberar despues á salvo sobre el destino que darian á la Francia. La multitud de asesinatos que habian cometido no solamente en Francia, sino tambien en sus islas, probaban á los maratistas que estaban perdidos, si no les ganaban por la mano. Estos para obtener la victoria, empleáron contra sus adversarios los mismos medios de que estos últimos se habian servido quando fuéron los

ámos. Libelos, delaciones calumniosas, visitas domiciliarias, pillages, incendios, insurrecciones y muertes, todo lo pusiéron en movimiento contra los brissotinos, valiéndose de las invenciones de estos mismos; y Orléans pagaba todos sus excesos.

La disminucion del partido de los orleanistas hizo que Robespierre no asistiese ya á las sesiones que aquellos tenian con mas frecuencia despues de la muerte de Luis XVI. La opinion popular que habia empezado á adquirirse algunos meses antes de la formacion del proceso de éste, y el séquito que tenia su opinion en la *sociedad-madre*, le adquiriéron tal crédito, que empezó á hacerse peligroso y temible para los que le contradecian. Marat, vendido á todos aquellos que le pagaban, era el único que parecia poder balancear su poder entre los orleanistas y jacobinos. Danton, gefe verdadero de aquella faccion permanecia en París, y desde luego empezó entre él y Robes-

pierre áquella sangrienta animosidad que debia conducir al uno y al otro al cadalso.

Algunos creen que Robespierre no pensó sériamente apoderarse del trono hasta que advirtió el descrédito en que caía el duque de Orléans, cuya fortuna agotada por sus profusiones no bastaba ya á los gastos enormes que á porfia le obligaban á hacer las dos facciones jacobinas; pero otros con mejores datos han demostrado que sus miras ambiciosas empezáron con las primeras sesiones de la convencion, y que no permaneció adherido en la apariencia á los orleanistas sino por servirse de los bienes del duque de Orléans, únicos recursos que le eran necesarios para hacerse prosélitos y conservarlos. Ello es indudable, que en el tiempo en que Marat publicaba en su periódico que la república naciente no podia consolidarse sin un regulador supremo que dirigiese sus primeros pasos por aquella carrera, Robespierre fué acusado

de aspirar á la soberanía.

En la sesion de 24 de setiembre de 1792, Kersaint exclamó desde la tribuna: "Los asesinatos se han propagado en todos los departamentos, las enemistades y las venganzas personales hacen correr por todas partes arroyos de sangre; y la consternacion y el terror reynan en toda la república. No es pues la anarquía á la que hay que acusar de tantos crímenes, el pueblo abandonado á sí mismo sería incapaz de cometer otros mayores; son los tiranos de una especie nueva los que hacen que se degüellen unos ciudadanos á otros: mandan los horrores de la guerra civil sin dexar al pueblo y sin concurrir ellos mismos á los peligros. Las esquinas de París están cubiertas continuamente de papeles injuriosos y alarmantes que provocan al asesinato y á los incendios, y de listas de proscripcion en las que cada dia se vén inscriptas nuevas víctimas. ¿Cómo quereis preservar al pueblo, y sobre todo á los habitantes de

Paris de una espantosa miseria, si tantas gentes se vén precisadas á ocultarse á sí mismas una parte de su subsistencia, y aún a esconderse ellas para salvar su propia vida?"

En la sesion del dia siguiente en la que se habió con ménos ambigüedad "sí, dixo Lasource, existe en la convencion un partido que quiere destruir la representacion nacional, que paga á los facinerosos que emplea en el pillage, á los asesinos de que se vale para las matanzas, y que se atreve á imputar al pueblo los atentados que él mismo medita en silencio; y este partido quiere conducirnos á la dictadura. Debo al salir de este recinto perecer baxo los golpes de estos traydores? Pues bien: no me contento con haber levantado una parte del velo que los cubre, sino que de aqui á algunos dias ofrezco tambien denunciarlos solemnemente á pesar de la máscara de que se sirven."

Rebequi, diputado por Marsella, interrumpiendo al orador exclamó:

"El partido que quiere establecer la dictadura sobre las reliquias de la república es el de Robespierre; hace mucho tiempo que se conoció en Marsella, y para combatirlo directamente se nos ha enviado aquí." Al acabar estas palabras se adelantó ácia la mesa de la secretaría para firmar y deponer en ella lo que acababa de decir.

Barbaroux, diputado tambien por Marsella, ocupando la tribuna que acababa de dexar Lasource, se expresó así: "Me presento en este lugar para apoyar la denuncia que acaba de hacer Rebequi contra Robespierre, uno y otro nos hemos hallado en París ántes y despues del 10 de agosto; hemos sido solicitados á nuestra llegada por todos los partidos que dividen á la capital, que nos convidaban para que nos presentásemos en la casa de Robespierre, y en varias conferencias que tuvimos con algunos miembros de ellos, nos exhortáron á que nos uniésemos á los ciudadanos que gozaban de mas popularidad. Tambien se nos habló de

crear un dictador, y París nos designó señaladamente á Robespierre, como el único que debia elevarse á esta dignidad."

Otros diputados habláron con la misma entereza y energía acusando á la faccion de Robespierre de haber executado los asesinatos de setiembre, y predixéron ademas los atentados que debian cometerse aún.

Robespierre refutaba las acusaciones que se lanzaban contra él, queriendo hacer prevalecer la reputacion de patriotismo que se habia adquirido. "Dexa, le gritáron algunos diputados, déxate de recordarnos tu vida pasada, y responde clara y distintamente á la acusacion que acaba de hacerse contra tí de que aspiras á la dictadura."

Despues de algunas exclamaciones triviales, Robespierre discurrió vagamente: "Vosotros, exclamó, los que me habeis acusado de traycion, decid quáles son los hechos positivos que alegais, quales las pruebas que presentais? Quién os ha dado derecho de pro-

ducir semejante acusacion contra quien no ha desmerecido jamás la opinion de su pais? Vosotros me habeis acusado sin fundamento, pero yo no puedo dexar de pedir que motiveis sobre datos la capital acusacion que acabais de hacer contra mí. Esta gran causa será discutida, y lo será como espero en presencia de toda la nacion, y en el seno de la convencion. No creais que sin conocernos íntimamente podamos marchar con un paso firme é igual ácia la libertad y ácia la salud pub ica; no, es necesario saber si somos íntegros; ó si se abrigan traydores entre nosotros."

Este discurso insignificante estaba bien léjos de justificar á Robespierre; pero en el curso de los debates las acusaciones hechas á este diputado recayéron sobre la diputacion de París acusada de aspirar á la dignidad del tribunado. Danton, que era uno de sus miembros, creyó deber rechazar por sí mismo este ataque. "Yo no apoyaré, dixo, la acusacion de la dictadura; si

Robespierre es criminal, es necesario que la nacion sea vengada, pero se calumnia á la diputacion de París y no hay ningun fiador entre los hombres, ni para los crímenes ni para las virtudes.

„Por lo respectivo á mí, hace mucho tiempo que deseo dar cuenta de todas mis acciones. Si alguna vez he dexado de caminar por el sendero que han seguido los defensores mas vigorosos de la libertad; si algun interes personal ha combatido jamás mi conducta; si un solo hombre en sus relaciones conmigo me ha conocido el menor movimiento de ambicion individual, que se levante y me denuncie. Hace mucho tiempo que se me ha acusado de ser el motor de los folletos de Marat; pero invoco con respecto á esto el testimonio de Pétion que me ha visto mas de una vez indisponerme con Marat en las juntas de la municipalidad."

Toda esta profusion de palabras no probaba que en ciertas juntas no se hubiese tratado de sostituir la dic-

tadura á la dignidad real; y Marat, miembro de la diputacion de París, confesó francamente lo que sus cólegas negaban.

"Se acusa á la diputacion de París, dixo Marat, de que aspira al tribunado en medio de los ardídes y de las maquinaciones de que está contínuamente rodeada la patria. A la vista de los manejos secretos de los traydores reunidos en la asamblea constituyente, y en la legislativa, quando ví á la Francia arrastrada hasta el borde del abismo ¿me hareis vosotros un crímen de haberme servido del único medio que quedaba para impedir que se precipitase? me hareis un crímen de haber invocado sobre la cabeza de los culpables el hacha vengadora del pueblo? He propuesto un hombre sábio para que al frente de la nacion pueda dirigir sus movimientos baxo la denominacion de tribuno del pueblo ó de dictador, puesto que el nombre es indiferente.

»Tales son mis opiniones, las he

impreso y las he defendido. Si no estais en estado de entenderme, tanto peor para vosotros. Los debates no se han acabado aún, pues veo que quereis eternizarlos."

Louvet continuó esta discusion en la sesion del 29 de octubre: "Voy á denunciaros, dixo, un complot que os admirará, á describiros escenas aflictivas que os harán gemir, y á descubriros los criminales contra quienes os suplico que suspendais los efectos de vuestra indignacion. No contemporizaré con nadie, diré la verdad, tocaré directamente el mal, y sin duda prorrumpirán en gritos...." No os inquieteis por los enfermos, le interrumpió un diputado, poned el dedo en la herida.— "Voy, continuó Louvet, á descubrir la herida hasta lo vivo. Los conspiradores formáron el proyecto de perpetuar el desórden de la republica, de envilecer á los representantes del pueblo, de trastornar la libertad, y de fundar sobre sus reliquias el poder de la dictadura. El orígen de esta conspi-

racion se remonta al mes de enero último ; en aquella época se viéron las galerías ocupadas constantemente por los jacobinos, cuyos aplausos ruidosos eran la señal de aprobacion con que recibian las proposiciones de Robespierre y sus amigos. Se debió preveer desde entónces que éste tenia miras particulares, y su conducta ulterior las ha manifestado.

„La revolucion del 10 de agosto pertenece á París ; Robespierre y sus partidarios han querido apropiarse el honor de su invencion y aprovecharse de ella, y por esto se atreviéron á decir que no se ha debido mas que á sus esfuerzos... á vosotros solos pérfidos conjurados ! La jornada del 2 de setiembre es la que os pertenece, pues los que saben combatir no saben asesinar. Preguntadlo á la asamblea legislativa, á quien habeis insultado y á la que habeis pretendido darla leyes.”

Varios diputados al llegar aquí el orador, gritáron á un tiempo *tiene razon*. Robespierre quiso articular al-

gunas palabras en su defensa, pero varias voces se lo impidiéron mandándole que se presentase en la barra. Restablecida al fin la calma y el silencio, Louvet continuó:

"Robespierre, yo te acuso de haber delatado á los mejores patriotas en un tiempo en el que tus calumnias eran el fallo verdadero de las proscripciones: te acuso de que has envilecido quanto te ha sido posible la representacion nacional: te acuso de haberte tú mismo producido como un objeto de idolatría, y de haber sufrido que te dixesen eras el único hombre virtuoso de la república, y tambien de haberlo tú propalado: te acuso de haber tiranizado á la asamblea electoral de París, á fin de componer la diputacion de aquella clase de gentes que te eran adictas: y en fin te acuso de haber caminado constantemente y por todos los medios que estaban en tu poder ácia el rango supremo."

Al dia siguiente se empezó á discutir la misma cuestion. "No les bas-

ta, dixo Barbaroux, á aquellos que quieren dominar la república, proclamarse los amigos mas celosos y sinceros de la libertad, sino que quieren situarse sobre las leyes. Pero ya es tiempo de quitarles la máscara que los disfraza. Qué destino ocupaba Robespierre el 10 de agosto? Al abrigo de todo peligro, y mientras que los republicanos prodigaban su sangre, él fomentaba (en medio de las sombras tenebrosas) las intrigas mas viles. Hoy se lisonjea de haber salvado la *cosa pública*, pero no estaba él en Charenton quando nosotros firmamos el plan de la conjuracion contra la corte, que debia executarse el 29 de julio y que no se verificó hasta el 10 de agosto último?

„Parisienses, marselleses, bretones, á vosotros apelo: ¿vísteis en la accion alguno de aquellos que pretenden haber tenido parte en la revolucion del 10 de agosto? Sin duda que no, pues se hallaban en las cárceles en las que vosotros no estuvísteis."

Robespierre rebatió todas estas acusaciones que se le acumuláron del modo siguiente: "Se me acusa, dixo, de tener parte en no sé qué crímenes con Marat. Jamás le he visitado mas que una vez, en la qual despues de haberse extendido sobre la situacion actual de la Francia, me vituperó de que no tenia ni las miras ni la audacia de un hombre de estado. Posteriormente me ha acusado muchas veces de *moderantísimo* por no haber provocado abiertamente el trastorno de todas las operaciones de la asamblea constituyente; pero jamás ningun lazo de interes ni de inclinacion natural me han unido con el *amigo del pueblo*: nombrado acusador público baxo un régimen de corrupcion, he entrado en la vida privada tan análoga á mis deseos.

» Estoy acusado de haber sido el autor de la jornada del 2 de setiembre, pero esto no es verdad, puesto que no solamente no la he fomentado, sino que he desaprobado formalmente quantas escenas ocurriéron en este dia. To-

do amenazaba nuestra libertad mal asegurada ; Danton despierta el valor abatido de los ciudadanos ; un movimiento rápido se comunica al pueblo, y qual chispa eléctrica que recorre en un instante un espacio inmenso rodeado de cadenas enlazadas entre sí, hace que pase con la misma rapidez á los legisladores ; muestra á unos y á otros el precipicio, les designa los criminales que le profundizan, corren á las armas, y la patria se salva.

»La seguridad general reprobaba entónces aquellos cálculos tan aéreos como metódicos que los legisladores emplean en las ocasiones ordinarias quando gobiernan á un pueblo que no está agitado en la totalidad de su masa. Pero en medio de las oscilaciones que trastornan los estados, es necesario envolver á los partidarios en las ruinas de su propio partido, y no atenerse á consideraciones paliativas quando no se arriesga mas que la pérdida de una víctima inocente.

»Vosotros pretendeis que la loca

ambicion de elevar mi fortuna y de envilecer á las autoridades ha podido estraviarme ni un solo instante. ¡Hombres cuyas declamaciones son tan absurdas como irregulares! ¡fautores de esta libertad sagrada, á la que ofreceis vuestro incienso sin conocerla! aprended de mí que la soberanía no puede envilecerse; aprended que es tan dificil envilecer la divinidad, de que blasfemais, como obscurecer el sol que nos alumbra.

» Aún quando una palabra imprudente hubiese salido de mi boca, esta palabra pronunciada en medio de las pasiones mas exâltadas, y quando todos los republicanos se olvidaban de salvar la patria amenazada, no podria decidir el juicio de una asamblea en la qual la justicia es la que únicamente debe guiar todos sus pasos y acciones. Empero si mi muerte puede calmar la division funesta de los partidos, desvanecer las esperanzas de los enemigos de la Francia, y cimentar la felicidad interior, estoy

pronto á inclinar mi cabeza baxo la espada que no cortará el hilo de una vida frágil, sino para asegurarme una que no perecerá jamás."

Este discurso trabajado con cuidado, y en el qual desenvolvia por primera vez Robespierre en la tribuna de la convencion aquella política infernal, con la qual en adelante baxo pretexto *del bien público* hizo degollar tantas víctimas inocentes, excitó un vivo rumor en la asamblea qùe con gritos tumultuarios pedia su muerte y la de sus cómplices; pero Barére elevando su voz sobre todas las de los demas dixo: "Yo no encuentro en los acusados aquel gran talento ni aquellos medios poderosos que procrean los conspiradores célebres y piden la atencion del gobierno; mi opinion es, que pasando á la discusion del dia se les vuelva á sumergir en la obscuridad de que se les queria sacar con esta discusion."

Los negocios mas importantes, de los que se ocupó bien pronto la con-

vencion, exîgiéron que á lo ménos por entónces los montañeses sofocasen todo motivo de disension que pudiese indisponerlos entre sí; y esta reflexîon, y mas que todo el interes decidido que manifestáron las galerías á favor de Robespierre y consortes, decidió la mayoría de la asamblea á adherirse á la opinion de Barére. La acusacion presentada contra Robespierre no tuvo por entónces otra resulta; pero en marzo de 1793 estas mismas acusaciones se reproduxéron en una conferencia, á la qual se habia pedido á los diputados (cuyas opiniones se chocaban mas abiertamente) que asistiesen para rebatir por medio de explicaciones amistosas la enemistad que los dividia.

Barbaroux hablaba sin calor, sin enfado, y en el tono de un hombre que pide se le explique una duda: Robespierre apresurándose para quitarle la palabra, le respondia por un *mentís* acompañado de mil injurias; pero Barbaroux, cada vez que su contrario se exâltaba, le dexaba que desahogase su

furor, y volvia con la misma serenidad á la cuestion que habia motivado aquel acaloramiento. Robespierre, al contrario, concluía siempre dexándose llevar de tal exceso de furor, que los diputados de todos los partidos se veían precisados á contener la discusion, con el objeto de prevenir los males de aquella exâltacion. Por esto era imposible que hubiese jamás una conciliacion entre el partido de la *montaña* y el del *pantano*, y tambien porque el uno y el otro estaban decididos á destruirse. Uno y otro en lugar de sacrificar al deseo de la paz una parte de sus miras, ó la mas indiferente de sus máxîmas, habian adoptado la de no dar jamás un paso atrás. Las dos facciones jacobinas, mas sábias que sus adversarios en la tenebrosa teoría de las insurrecciones populares, sabian conservar el equilibrio en medio de las insurrecciones mas peligrosas.

Entre tanto se preparaba en París un gran movimiento revolucionario. Desde el 24 de febrero peloto-

nes numerosos de facciosos se reunian en el jardin de las Tullerías, y no se proponian nada ménos que ahorcar en los árboles de aquellas inmediaciones á una parte de los diputados de la convencion.

El pan empezaba á escasear en las tahonas, y los comisarios distribuidos por las calles y en los mercados aumentaban los temores que tenian los ciudadanos de que llegase á faltarles del todo la subsistencia; las mugeres recorrian la ciudad y presentáron una peticion á la municipalidad, cuyo objeto era el de que se fijase un precio á los géneros de primera necesidad.

Al dia inmediato los amotinados se arrojáron de tropel en todas las tahonas, al mismo tiempo que el periódico de Marat hacia una diversion, diciendo sin rebozo alguno, "que en los paises en que los derechos del pueblo no son títulos vanos por estar inútilmente consignados en una constitucion que cada uno interpreta á su gusto, *el pillage de algunos almacenes á*

la puerta de los quales se ahorcase á los propietarios convencidos de estancadores y monopolistas, pondria en breve fin á las dilapidaciones públicas. Porque añadia ademas: *Los representantes del pueblo no saben hacer otra cosa que discurrir sobre los males, sin presentar ningun remedio para ellos.*"

Apénas se estendió esta provocacion al asesinato y al pillage, quando todos los pelotones de gentes se dirigiéron á las casas y tiendas de comercio. Canela, azúcar, café, chocolate, xabón, queso, aceyte, todo (valuado á gusto de la turba) fué repartido entre ellos, y en algunos almacenes se lleváron los géneros sin tomarse el trabajo de tasarlos. En medio de estos saqueos se oía gritar desaforadamente á varios hombres: *No basta que nos llevémos los géneros de estos pícaros; es menester asesinarlos á todos.* Una junta de insurreccion establecida en la asamblea electoral dirigia este movimiento, mientras que la municipalidad guardaba el silencio mas profundo. San-

tiago Roux, oficial municipal, habia propuesto que ántes de empezar el saqueo de los comerciantes se dirigiese una lista de los estancadores á la convencion, y que si el cuerpo legislativo no daba un exemplo de justicia, el pueblo debia exterminar á un corto número de mandatarios infieles, cuyas intrigas entorpecian las operaciones de la representacion nacional. Y quando supo que el pillage se habia empezado: "Os engañais (dixo á los que le proponian que emplease la tropa armada para contener aquellas violencias), el pueblo no saquea, ni hace mas que exîgir de los mercaderes la restitucion de lo que les han robado." Algunas patrullas se paseaban con la mayor indiferencia delante de las tiendas asaltadas, pero sin separar á la multitud ni hacer otra cosa que moderar la rapidez de las distribuciones sucesivas, organizar el desórden, y prevenir los asesinatos que de él podian resultar.

Los comerciantes llevaron sus quejas á la convencion, pero los jacobi-

nos y orleanistas que ocupaban las galerías, los recibiéron con alaridos é insultos. Bentabole pidió formalmente que en vez de acceder á la indemnizacion que reclamaban se les condenase á restituir todo aquello que habian ganado injustamente hasta entónces.

Robespierre, como lo tenia de costumbre, no habló mientras duró esta insurreccion, pero se lamentaba con sus confidentes de la poca energía de los executores de quienes se habia servido para aquel movimiento. *Quando un pueblo se insurrecciona*, les decia, *no es para que saquée el azúcar*; pero este movimiento revolucionario no produjo lo que él se prometió.

Semejantes agitaciones se manifestaban por este tiempo en Burdéos, Marsella, Leon, Aviñon y otras ciudades, á las quales llegaba la agitacion que salia del seno de la convencion nacional, y se comunicaba á todas partes con una rapidez y un éxîto infernal. Los enemigos de los jacobinos tenian conciliábulos secretos, en

los quales se tomaban las medidas convenientes para destruir aquella sociedad; y obrando los jacobinos quando sus enemigos deliberaban, hacian arrestar arbitrariamente á los individuos cuyas luces temian, y á todos aquellos á quienes esperaban adherir á su partido. Todo esto dexaba entrevéer el momento, en el qual el ciudadano mas picífico y mas virtuoso, no podria prometerse veinte y quatro horas de libertad y ménos de vida.

Estos golpes de autoridad, resultados atroces del ódio que se tenian los partidos que dividian la convencion, no eran conformes ni al interes público ni á la política. Qualquiera que fuese la opinion de los franceses con repecto al gobierno que convendria mejor á la Francia, ésta estaba ya por entónces familiarizada con la idea de una república. La mayor parte de los realistas viendo sus proyectos mil veces contrariados cedian al fin por el cansancio, y no pedian mas que el el reposo. La Vendée daba algunas

inquietudes; pero no era dificil sofocar la insurreccion que se manifestaba, hora fuese desplegando para ello una fuerza armada capaz de comprimir á los amotinados, hora se diese á aquellos pueblos, mas bien extraviados que rebeldes, una satisfaccion, porque no era mas que el descontento lo que les habia hecho tomar las armas.

Si la insurreccion de la Vendée (de la que hablaré despues) se llegó á consolidar; si Marsella, Leon y Tolon se armáron, fué quando el yugo baxo el qual se les quiso esclavizar les fué insoportable; quando los comisarios de la montaña diseminados por todo el suelo de la Francia, lleváron á aquellos departamentos el horror y la desolacion; quando se arrancó á los ciudadanos de sus hogares y del seno de sus familias sin ningun motivo; y en fin quando fuéron encarcelados sin causa alguna, puestas sus vidas en precio y exterminados sin distincion de sexôs ni clases; entónces todos los desconten-

tos republicanos ó realistas aristócratas ó patriotas se subleváron espontáneamente; todos tomáron las armas, y todos segun sus fuerzas atacáron al enemigo comun. Para esto no exâmináron en medio del peligro que les rodeaba, si estaban acordes entre sí con respecto á las opiniones políticas; les bastaba solo obrar de acuerdo contra los jacobinos que á todos los oprimian. Mas en la época de que hablo, aún estaba la Francia unida, y los que dirigian el timon del estado creyéron que no era necesario mas que decretar una constitucion republicana para consolidar el gobierno, dexar respirar al pueblo, y fijar toda su atencion en los enemigos exteriores, puesto que los interiores no eran temibles.

Viendo el duque de Orléans el mal estado de sus negocios, creyó repararlos inclinando á su favor á la viuda de Luis XVI por medio del matrimonio, y fijar para siempre en su familia la corona. Poco le impor-

taban la duquesa su esposa y el delfin; el asesinato de aquélla y un veneno á éste, lo ponian en disposicion de asegurar su plan. Con este objeto, y creyendo firmemente que los realistas dispersos por la Francia lo sostendrian en el trono, escribió á la reyna la carta siguiente:

"Señora: el teson que siempre habeis manifestado, y particularmente la última respuesta que disteis á la proposicion que os hizo de mi parte madama Sillery á últimos de setiembre de 1789, deberia haberos grangeado mi eterno resentimiento. Disculpo el acaloramiento que V. M. manifestó en aquella ocasion; pero la recuerdo con el dolor mas profundo los males de que ha sido causa, y los que puede producir aún por su caprichosa resistencia. V. M. conoce demasiado el corazon humano y las pasiones que lo agitan y dominan para ignorar que el verdadero rey es el que manda y tiene una fuerza armada para hacerse respetar. El hijo de

Luis XVI no es mas que un esclavo ilustre ; vos señora tambien lo sois: siento recordarlo, y no lo hago sino para proponeros la libertad. En V.M. está el conseguirla : estrechémos los vínculos de la sangre al pie de los altares, y cimentémos por este medio la felicidad de la nacion. No os hablo de mi amor, que el tiempo ó vuestro desden pueden haber entiviado; pero sí recuerdo á V. M. el que debe á su familia. La vida, la libertad, la opulencia y la grandeza tienen mucho atractivo, y no creo que lo pospongais al abatimiento, al desamparo, á la esclavitud, y quizá á alguna cosa peor. Deseo que V. M. sea de mi dictámen, pues es el único medio de terminar la anarquía en que gime nuestra patria, y libraros de los horrores con que amenaza á vuestra persona."

La reyna contestó á esta carta insolente lo siguiente: "La viuda de „un soberano no puede entrar en con„testaciones con un vasallo rebelde.

„Por mas que éste la amenace y opri-„ma, no cederá, pero sabrá morir."

La proposicion de que habla Orléans en su carta se reduxo á proponerla la muerte del rey y reservar la suya, con tal que le hiciese dueño de su mano y corona, cuya comision se puede juzgar, por su genio intrigante, del modo que la desempeñaria la Sillery. En quanto á la reyna se contentó con despedirla de su palacio con prohibicion expresa de que no se volviese á presentar en él: esto la acarreó su odio, y aceleró las matanzas del 5 y 6 de setiembre que quedan referidas.

Entretanto la duquesa de Orléans gemia en silencio desde el principio de la revolucion por las prevaricaciones de su marido. Naturalmente tímida, y conociendo mejor que otro alguno la ferocidad de aquel tígre, no se atrevia á hacerle ninguna reflexîon; su aspecto solo la atemorizaba. Hacia mucho tiempo que huía de su presencia, y se habia retirado á Vernon á la casa de

su padre el duque de Penthiévre, uno de los hombres mas virtuosos de su siglo. Dotado de una sensibilidad grande, habia caido en un estado mortal de languidez al saber el horrible fin de la princesa de Lamballe su hija. Conociendo que se aproxîmaba su última hora, y estando instruido que despues de la muerte de Luis XVI su infame yerno habia perdido todo el crédito y el partido de los malvados, exhortó á su hija á que separase su hacienda de la de su indigno esposo. Con efecto ella entabló la demanda, se la oyó, y Orléans no opuso ningun obstáculo. El duque de Penthiévre murió dos dias despues. Jamas príncipe alguno ha merecido como éste que se sienta su pérdida: religioso, bueno, compasivo, padre de todos los desgraciados, protector de los escritores sabios, amigo verdadero y fiel, dió á su siglo durante el curso de su vida, y sin desmentirse un solo instante, el exemplo de las virtudes mas sólidas y apreciables.

Luego qee Orléans supo la muer-

te del duque su suegro corrió á Vernon para pillar quanto pudiese de la rica sucesion del difunto; pero no habia él de disfrutarla. El duque de Penthiévre murió el 4 de marzo de 1793, y desde el 9 por la tarde Danton, Robespierre, Marat y algunos otros miserables de su partido, fuéron á buscar á Orléans para despojarlo de las alhajas y del oro que habia traido de Vernon, y le contentáron con que en aquella misma noche iban á excitar un movimiento con el qual al dia siguiente sería proclamado en la casa consistorial *Lugar-teniente-general de la república*; y Orléans para la consecucion de aquel designio, dió las riquezas que le quedaban.

Al dia siguiente por la mañana no dexó de haber en París algun movimiento, como los habia desde que murió Luis XVI y referiré por extenso en el libro siguiente, en el que se verá que el objeto de estas agitaciones era siempre el de hacer degollar en una insurreccion general á todos aquellos

que llamaban *federalistas*: pero Orléans no fué á la casa consistorial. Los maratistas esparciéron la voz de que al tiempo de presentarse le habia faltado la resolucion, y se habia desmayado.

Despues de aquella época el príncipe se hizo absolutamente indiferente á los maratistas, los que sin renunciar toda relacion con él, se dispusiéron á abandonarlo en el primer acontecimiento que ofreciese un pretexto plausible; y con efecto ya no les podia ser de ninguna utilidad desde que no tenia nada que darles.

La estrella de Orléans se habia ya obscurecido. Dumouriez, que no habia podido hacer nada en París, acabó de arruinar los negocios del príncipe luego que llegó al exército. Desplegando en aquella circunstancia toda la impetuosidad de su carácter naturalmente fogoso, no dexó madurar lo bastante el gérmen de la insurreccion que habia sembrado entre los soldados. Quiso precipitar el negocio, y se comportó como verdadero héroe de

novela. No se proponia nada ménos que marchar sobre París con su exército, tomar la capital á viva fuerza, disolver la convencion nacional, y colocar á Orléans sobre el trono. Estaba tan seguro del éxîto, que arrestó á un ministro, y á dos diputados que la convencion le envió para prevenir la guerra que la iba á hacer. En el momento de la execucion las tropas le abandonáron, no quedándole mas que algunos oficiales y un regimiento de húsares. Viendo entónces que no tenia que perder un momento, se hizo paso con aquella débil escolta por entre el fuego graneado que le hiciéron quatro batallones. Se dirigió á la tienda del general austriaco, en cuyas manos entregó á los miembros de la convencion y al ministro que habia hecho prisioneros. El hijo mayor de Orléans, la muger de Sillery, Valence, y los otros gefes principales de la pandilla orleanista, siguiéron á Dumouriez al territorio extrangero.

Su desercion dexó á Orléans sin

recurso y sin esperanza, y desde este momento no se conspiró ya á su favor. He acabado la historia de los crímenes de este príncipe, y voy á describir ahora la de su suplicio. Se le permitió sublevar la Francia, conmover la Europa, *engañar los pueblos*, como lo dixo el inmortal Bossuet de Cromwel, *y de prevalecer contra los reyes. Quando Dios*, dice el mismo orador, *ha elegido alguno para instrumento de sus designios, nada detiene su curso; él encadena, ciega, y destruye todo lo que es capaz de resistencia.* Así es como la Providencia se cubre algunas veces baxo los sucesos de los ministros de sus venganzas; pero tarde ó temprano se descubre, y se justifica á los ojos de los hombres. Lo que me falta que contar de la vida pública de este príncipe vá á presentar una prueba memorable para siempre que confirma esta verdad, y un exemplo terrible para los novatores y para los artífices de las revoluciones.

LIBRO VIGÉSIMO PRIMO.

Orléans renuncia el nombre de sus abuelos. Algunos diputados proponen á la convencion que se disuelva. Discurso de Villaud-Varennes. Conspiracion del 10 de marzo para disolver la convencion. Instalacion del tribunal revolucionario. Dificultades que hiciéron abortar los proyectos de los conjurados. Conferencias para una reconciliacion entre los partidos. Creacion de la junta de salud pública. Destierro de todos los Borbones á Marsella. Nuevas tentativas de los jacobinos para disolver la convencion. Marat es llevado en triunfo á la convencion. Esta descubre la conspiracion de los jacobinos. Establecimiento y operaciones de la junta llamada de los doce. La junta de insurreccion libra á la municipalidad de París de la dependencia de la convencion, creándola municipalidad revolucionaria.

La tempestad borrascosa que ame-

nazaba á la convencion se aumentaba de dia en dia ; por todas partes se hablaban al oido y se comunicaban ó algun vasto complot, ó algun acto de justicia extraordinaria que se preparaba. Ya hemos visto que este era el camino ordinario que seguian constantemente los jacobinos; suponiendo y exâgerando los males y fingiendo descubrir una conspiracion, anunciaban los peligros inminentes para obtener decretos que aumentasen el poder de la montaña. Con semejante manejo obtuviéron el tribunal revolucionario, la junta de salud pública, el exército revolucionario, el permiso de exportar el dinero, la tasa de los granos, la ley del *maxîmum*, y otros muchos reglamentos de los quales el ménos vicioso era el de no estar conformes con la razon.

Poco despues de las matanzas del 2 y 3 de setiembre, Orléans se habia arrastrado por sí mismo al último término de la degradacion. Habia subido á la tribuna de los jacobinos te-

niendo en la cabeza por diadema un gorro encarnado. Allí declaró solemnemente que no era hijo del último duque de Orléans; que la opinion pública que lo designaba como hijo de un mozo de caballeriza era cierta; que era asímismo notorio, que su abuelo habia rehusado constantemente reconocerlo como miembro de su familia, y que subscribia á aquel dictámen; que no era ménos cierto que su madre no habia respetado nunca el lecho conyugal, y que confesaba con el público que era fruto de uno de los adulterios de aquella moderna Mesalina. Así es como el miserable consagraba con solemnidad su propio envilecimiento y la prostitucion de su madre: ¿podia degradarse mas?

Habia escrito estas vergonzosas y criminales locurás á la municipalidad de París pidiéndola un nombre que probase que no era sangre de Enrique IV la que corria por sus venas. En su consecuencia el ayuntamiento decretó lo siguiente:

"El consejo general de la municipalidad de París acuerda, á consecuencia de la peticion de Luis Felipe José, príncipe frances, lo que sigue: =1.º Luis Felipe José y su posteridad llevarán en adelante por apellido de familia el de *Igualdad*. =2.º El jardin conocido hasta hoy baxo el nombre de *palacio real* se llamará en adelante *jardin de la revolucion*. =3.º Luis Felipe José *Igualdad* queda autorizado para publicar el presente acuerdo, bien sea por los registros públicos, ó por las actas testimoniadas."

Desde este momento tomó Orléans el apellido burlesco de *Igualdad*, y lo dió á sus hijos. El duque de Chârtres se honró con él entre los soldados. Luego que emigró, los oficiales austriacos le manifestaban que no concebian cómo tenia el alma tan baxa para mudar el nombre de sus abuelos por el de *Igualdad*, y él les respondia: "Yo nò he tomado este nombre mas que para embaucar á los papanatas de París." Se engañaba y

conocia mal á sus conciudadanos. Jamás los parisienses estuviéron embaucados por el duque de Chârtres; nunca les consentiria su vergüenza volverlo á ver entre ellos, pues el miserable que reniega de sus parientes, merece ser igualmente renegado por sus conciudadanos.

Orléans tenia sus miras transformándose en *ciudadano Igualdad.* Los maratistas le habian prevenido, que la intencion de Robespierre que empezaba á exercer su afrentosa tiranía, era la de hacer deportar á todos los Borbones, y aún la de quitarlos la vida. Esta combinacion digna de él, no dexaba de estar calculada, pero se engañó en su esperanza.

Las amenazas que se hacian respectivamente los dos lados de la convencion, diferentes por su naturaleza, pero semejantes por su violencia, se hacian de dia en dia mas terribles. Se podian comparar las facciones rivales á dos exércitos enemigos que desean venir á las manos con la opor-

tunidad y en las circunstancias mas favorables. Dando cuenta el consejo executivo de algunas insurrecciones parciales que se manifestaban todos los dias en los arrabales de París, y declarando que no podia responder de sus resultas porque no tenia medio alguno con que reprimirlas, Gensonné se levantó inmediatamente y propuso que la requisicion de la fuerza armada estuviese á disposicion del poder executivo. Esta medida hubiera privado á la municipalidad de París del apoyo principal de que se servia para sublevar á la multitud. Robespierre precipitándose de lo alto de la *montaña* á la tribuna, pidió la palabra para salvar la libertad del pueblo y los derechos del hombre. La discusion iba acalorándose, y no sintiéndose Gensonné con el valor necesario para sostenerla con éxîto, retiró su mocion, que apénas habia sido oida.

Algunos diputados, para prevenir los efectos trágicos del choque

mas terrible, quisiéron que se disolviese la sesion despues de haber convocado las asambleas primarias para que se nombrase otro cuerpo legislativo. Esta proposicion hecha en varias conferencias particulares no podia prevalecer, porque ni la montaña ni el partido del pantano querian correr el riesgo de una reeleccion; así que los inventores de la nueva legislatura hubiéron de esperar á mejor ocasion para establecerla.

Enterado Danton en la Bélgica de la dificultad que habia para que se disolviese la convencion, abandonó este pais; y habiendo llegado precipitadamente á París, fué al instante á casa del corregidor Pache: "Acabo de llegar, le dixo, y vengo á pediros una insurreccion para mañana. — ¿Para mañana, le contestó Pache? ¿Con quién y cómo la hemos de organizar? — Es absolutamente necesaria, le replicó Danton: si te falta dinero, el oro que Felipe Igualdad ha traido de Vernon está destinado á este movimiento."

El 9 de marzo por la mañana la junta de los inspectores de la sala fué informada de las principales circunstancias de la insurreccion proyectada. Gamon, miembro de esta junta, subió á la tribuna para advertir á la convencion los peligros que la amenazaban: luchó por mas de una hora con los alaridos y gritos reunidos de la montaña y de las galerías; quantas palabras articulaba, otras tantas le sofocan los clamores horribles y prolongados que salian de todas partes; de modo que siéndole imposible pronunciar una sola frase, tuvo que baxarse de la tribuna sin haber podido conseguir que le oyesen.

Danton atronaba la sala de la convencion por medio de sus rugidos espantosos, con los quales manifestaba la proxîmidad en que estaban los exércitos extrangeros de entrar en Francia, y pedia que toda en masa marchase contra los tiranos y traydores coaligados. *A las armas*, se oyó gritar de todas partes, y adelantándose

entónces Villaud Varennes ácia la tribuna, se expresó así:

"Ciudadanos : A la abertura de una campaña que será terrible, porque ya es tiempo de terminar esta odiosa lucha entre el reynado y la república, la junta de insurreccion ha conocido la necesidad de fijar las bases del sistema que debe reglar nuestra política. Si no se necesita mas que un grande arrojo, ó un exceso de desesperacion para emprender una revolucion, tambien es precisa una constancia invencible y una gran prudencia para conducirla bien, y mucha grandeza de alma y de genio para terminarla felizmente. A vosotros os toca prevenir todos los acontecimientos y calcular las resultas. Há yá mucho tiempo que seguimos la senda del acaso.... El que no sigue un sistema determinado ni un plan premeditado, se expone á ser el juguete de los acontecimientos, se somete á las pasiones de los hombres, y se dexa arrastrar siempre de las circunstancias muy lé-

jos del fin que se propuso. No sucede así quando una juiciosa política medita y prevee los sucesos : ella estudia en ocurrir á los desastres, sin temerlos nunca : ella se aprovecha de los momentos favorables, sin contar jamás con ellos : todo lo dudoso le parece ilusorio y precario. En una palabra, quanto se hace inopinadamente y sin reflexîon, las mas veces no tiene mas duracion que la de un relámpago. ¿ Quereis llegar con seguridad al fin glorioso que nos hemos propuesto ? Se debe empezar por el conocimiento de su verdadera posicion ; por la determinacion de lo que mas importa ; por entresacar y cortar todo lo especioso y aparente ; y entónces tomadas las medidas segun este conjunto de combinaciones, se camina con paso seguro, se remueven todos los obstáculos, se vencen todos los peligros, y últimamente se consigue el fin con sola la fuerza de una direccion bien ordenada.

»Quando Roma destruyó el tro-

no y arrojó á los Tarquinos; Roma, para asegurar esta revolucion no tuvo que vencer mas enemigos que los extraños: Roma aún en su adolescencia halló tambien en esta guerra el fundamento de su grandeza. La necesidad de defenderse electrizó su energía y su valor, centuplicó sus fuerzas, y la hizo bien pronto un coloso que tenia por pedestal al universo sujeto.... Pero vosotros, fundadores de la república francesa, vosotros habeis echado sus fundamentos baxo otros auspicios muy diferentes. Agitada ya la Francia por el poder del pueblo, aunque fuertemente apoyada por los enemigos secretos del bien público, se apresuró á conjurar la tormenta, y tuvo tres años de tiempo para usar de todos los medios que pudiesen arruinar la libertad. La costumbre de vivir tantos siglos en la esclavitud, las pasiones que ella engendra, las preocupaciones que arraiga, los vicios que propaga y las miserias que aumenta, llegan á ser en las manos del despotismo otras tantas

máquinas propias para destruir y aniquilar el pueblo por el pueblo mismo. No faltaba otra cosa para darnos el último golpe que la calamidad de una guerra sangrienta á un mismo tiempo con las potencias de Europa y con nosotros mismos. Así, pues, á la abertura de vuestra sesion, al mismo tiempo que los prusianos se extendian como un torrente impetuoso en las llanuras de la Champaña, y que Leopoldo sitiaba á Lila y á Thionville, Pitt compraba á Tolon y sublevaba á Leon y á Marsella, y la superstición removiendo el lodo impuro de las lagunas del Vendée, realizaba en los departamentos marítimos del Oeste la fábula de Gedeon. Entónces ciertamente parecia indubitable que aquel nuevo César creyese ya alcanzado el despojo viendo la Francia despedazarse, como Caton sus entrañas con sus propias manos; pero Caton no fué sino un simple mortal y el pueblo, imágen de la naturaleza, tiene su misma duracion. Como ella, él sale mas firme, mas

pujante, mas magestuoso del seno de las tempestades que parece amenazan confundir al universo, y que no son sino accidentes necesarios para renovar la vicisitud de los siglos.

» La guerra que parecia deber consumar nuestra ruina, no ha hecho sino salvarnos. La guerra inflamando todos los espíritus, agrandando los corazones, inspirando (como pasion dominante) la gloria de salvar la patria, ha hecho al pueblo vigilar constantemente sobre sus peligros, irritarse sin cesar contra los crímenes de la monarquía y del fanatismo; y siempre tan ardiente para combatir los déspotas hasta el último, como inexhorable contra los traydores que meditan la destruccion de nuestros exércitos y el abatimiento de la Francia. La guerra de la Vendée, reuniendo baxo sus banderas á los hombres mas corrompidos, ha servido ella misma á purgar la tierra de la libertad de un conjunto de bandidos; ella ha servido á manifestar con la mayor claridad la atro-

cidad del realismo, y la sanguinaria hipocresía del clero; ella ha servido para descubrir tambien los traydores que se ocultaban baxo las banderas de la república con el fin de asegurar mejor el golpe de su destruccion, ó para saciar mas y mas su ambicion baxo el emblema del patriotismo. De aquí han resultado para el pueblo nuevos rayos de luz, que por esta série de crueldades y trayciones han dexado por todas partes impresiones odiosas y aborrecibles.

„Sin embargo ellos tienen un motivo de consuelo, fundado en aquellos hechos que por su perversidad han perpetuado y aumentado el aborrecimiento á la tiranía, aborrecimiento natural, justo é inseparable del amor de la libertad, que en el paso repentino de la servidumbre á la república, esto es, de la degradacion de la especie humana á la elevacion mas sublime de su dignidad, ha suplido las virtudes civiles que aún no teníamos, y que ha disminuido las

pérfidas resultas de la moral corrompida de tantos séres pervertidos.

„Este aborrecimiento profundo de la tiranía es el que mezclándose por entusiasmo en las mismas combinaciones de los conspiradores, les ha hecho caer mas de una vez en sus propios lazos. Él es el que los ha conducido á su triunfo en los famosos dias de 14 de julio, 6 de octubre, y 10 de agosto de 1792; él es el que sosteniendo en despique de tantas intrigas la opinion pública en el mas alto grado, os ha llevado en aquel torbellino luminoso léjos del abismo tantas veces casi abierto baxo de vuestros pies, para poneros en una elevacion que dexa á vuestros enemigos abatidos.

„Entretanto se trata de mantenerse en ella; porque si la revolucion la hace el pueblo, su suceso depende de las virtudes, de la energía, y de la sábia política de aquellos que manejan el timon de los negocios.

„El pueblo frances os ha hecho un encargo tan vasto como dificil de cum-

plir. El establecimiento de la democracia en una nacion que ha padecido tanto tiempo en la esclavitud, puede ser comparado al esfuerzo de la naturaleza en el tránsito admirable de la nada á la exîstencia: esfuerzo sin duda mas grande que el paso de la vida á la nada. Es necesario, por decirlo así, *regenerar* el pueblo que quiere volver á la libertad; porque es forzoso destruir preocupaciones antiguas, mudar costumbres viejas, perfeccionar propensiones depravadas, restringir necesidades supérfluas, extirpar vicios inveterados; y es necesario en fin una accion fuerte, un impulso vehemente propios á desenvolver las virtudes cívicas, y á comprimir las pasiones de la codicia, de la intriga y de la ambicion.

»Ciudadanos, la inflexîble austeridad de Licurgo fué en Esparta la base inviolable de la república: el carácter débil y confiado de Solon volvió á sumergir á Aténas en la esclavitud. Este paralelo encierra toda la ciencia del

gobierno. El cónsul Bruto condenando á muerte á sus dos hijos culpados de traycion, previó bien que tal severidad (llenando á un mismo tiempo de admiracion y de terror) sofocaria por largo tiempo toda semilla de conspiracion: cálculo tan justo, que despues de este terrible exemplo no le quedó mas recurso á Tarquino que tantear la suerte de un combate, en el qual quedó vencido y la libertad de Roma asegurada. Así ¿quién se atreverá hoy á proyectar la ruina de su patria despues que habeis puesto la justicia en todo su vigor? La república queda solo triunfante quando todas las facciones están abatidas, y sus viles agentes no pensando mas que en su seguridad personal, se parecen á los trozos separados de una víbora que procuran en vano reunirse, y cuyas convulsiones son los últimos síntomas de su exîstencia.

»¡Qué mar de sangre no se hubiera evitado si el 14 de julio la fuerza del pueblo hubiera exterminado al odioso Capet y á sus infames cor-

tesanos! Las revoluciones son un estado de guerra política entre una nacion llevada hasta el extremo, y los dominadores que la han apurado. Estos con su rabia no respiran sino muertes y devastaciones, tanto para vengarse de la libertad que se ha tomado el pueblo, como para volverlo á la servidumbre por el terror y por la desolacion. La muerte premeditada del cuerpo social no se puede prevenir sino por la muerte de los conjurados. Esto es lo mismo que dar la muerte al asesino para no caer baxo sus propios golpes. El cadalso de Catilina salvó la vida al senado romano y á millares de víctimas. Haber destruido los gefes de dos conspiraciones igualmente poderosas, es haber evitado la pérdida de los hombres que habian extraviado; es haber substraido del encarnizamiento al pueblo y á sus representantes; es haber preparado el triunfo de nuestras armas forzando los puestos avanzados del enemigo, quitándole ó despojandole completamente su quartel general

aún antes de darle la batalla.

»No he querido hablaros de aquellas potencias cuya exîstencia enlazada con la vuestra las obliga á mantenerse neutrales, y de aquellas que no esperan sino el último golpe de audacia por nuestra parte para separarse enteramente de la confederacion real, ó para declararse contra ella. Pero que vengan todos sus reyes con sus ordas de esclavos: veinte y cinco millones de hombres los esperan de pie si nuestras legiones no bastasen... pero no que su número se ha doblado despues de las victorias de Dunkerque, de Maubeuge, de Tolon y de Landau."

Despues de esta arenga varios comisarios de la convencion fuéron enviados á las secciones de París, para convocarlas en nombre de la libertad á que volasen al socorro de sus hermanos de la Bélgica. El consejo de la municipalidad publicó una proclama, en la qual convidaba á todos los individuos que se hallaban en estado de tomar las armas á que se alistasen.

Los teatros se cerráron. El terror y la inquietud se veían pintados en sus rostros, mas sin embargo á los directores de la insurreccion se les frustró su plan de compeler á la multitud contra la convencion. Las galerías estaban llenas de satélites feroces armados de sables y de puñales, y las mugeres habian sido repelidas de ellas porque hubieran contrariado *la expedicion*; este es el nombre que daban los asesinos á sus movimientos revolucionarios despues de las desgracias de setiembre. Varios diputados fuéron insultados á las puertas de la convencion. Los comisarios enviados á las secciones declaráron á su vuelta que el pueblo exîgía que se instalase inmediatamente un tribunal revolucionario que le sirviese de garantía contra los enemigos interiores, y en su consecuencia el diputado Carrier formalizó la proposicion de su instalacion. Una oposicion vigorosa cedió en breve á los gritos violentos de la montaña y de las galerías á la

vista de los sables que brillaban y quizá á la esperanza de prevenir la renovacion de las justicias populares de setiembre. Lanjuínais fué el único que se obstinó en combatir con razonamientos los clamores tumultuarios de los montañeses, pero su voz no fué oida; y la peticion se decretó.

Queriendo aumentar Danton el número de los partidarios de la conjuracion en el momento mismo en que ésta iba á estallar, y acordándose tal vez de que Catilina habia reforzado sus huestes de conjurados con todos los hombres arruinados por deudas, hizo una mocion en favor de los deudores, la qual fué adoptada con entusiasmo por la montaña, y en su consecuencia se decretó que todos aquellos que estaban arrestados por deudas fuesen puestos en libertad. Tambien lisonjeáron á los hombres de mala conducta. Este sistema combinado profundamente, que reclutaba en favor de los jacobinos á todos los hombres corrompidos, se extendió bien pronto á los demas depar-

tamentos. Las cárceles de las principales ciudades de Francia fuéron abiertas y tanto los hombres presos en ellas, como los que estaban en las galeras de Brest entráron en París.

Los periodistas atrevidos habian ndicado yá parte de los atentados que era necesario cometer, y se preparáron á sofocar la verdad que podia turbar por sus clamores vengadores el triunfo del crímen. Para conseguirlo con mejor éxîto enviáron asesinos armados á las casas de los periodistas mas distinguidos por sus luces y energía, y aunque felizmente pudiéron escaparse de los puñales, sus bienes, imprentas y efectos fuéron destruidos, con lo que lográron imponerles silencio.

Entónces se empezó una larga série de delaciones proponiéndose al mismo tiempo la mudanza de todo el ministerio y de los agentes del gobierno. Se decidió que se enviasen veinte y quatro comisarios á los departamentos con todos los poderes de un dictador. El pretexto plausible con que se cohonestó

la mision de estos pro-cónsules, fué el de reclutar 300@ hombres que necesitaba la Francia para llenar las baxas de sus exércitos. Collot-d'Herbois propuso se decretase que se escluyesen de esta comision á todos aquellos que habian votado por la apelacion al pueblo en la causa de Luis. Esta mocion sin ser decretada se verificó en la práctica, pues los jacobinos y orleanistas fuéron los únicos que saliéron electos comisarios para las provincias, y en vez del grito del patriotismo de guerra y de gloria, estos emisarios del terror lleváron el grito concertado de la rebelion, del pillage y de la muerte.

Danton para reunir todos los poderes propuso que se eligiesen los nuevos ministros de entre los miembros de la convencion. Esta mocion tan pérfida como artificiosa hubiera sido indudablemente adoptada sin la vigorosa oposicion de Laréveliére-Lépaux, y el reynado de la tiranía se hubiera empezado de este modo algunos meses ántes.

Vista la oposicion y el apoyo que

la mayoría daba á la opinion de Laréveliére-Lépaux, todas las entradas de la sala en donde la convencion tenia sus sesiones, se llenáron de gentes armadas que parecian estar decididas á renovar los cobardes asesinatos cometidos en Aviñon los años anteriores, y que se designaban ellas mismas con el nombre de *compañeros de la nevera.* Los gritos sediciosos que daban quando un miembro de la convencion levantaba la voz para rebatir las medidas tiránicas propuestas por los conjurados, no solamente turbaban la deliberacion, sino que eran tambien el preludio de las violencias á que querian entregarse los conjurados. Robespierre habló largamente sobre la necesidad de destruir sin dilacion á todos aquellos á quienes él daba el nombre de traydores.

Danton le sucedió en la tribuna, y en medio de sus exclamaciones republicanas declaró que el estado alarmante en que se encontraba la Francia parecia necesitar indispensable-

mente de la creacion de un poderoso regulador que dirigiese todas las fuerzas de la república contra sus enemigos. Aunque al parecer se hizo poco caso de sus palabras como pronunciadas en medio del tumulto, sin embargo no las dixo en vano, pues Robespierre y Danton se entendian perfectamente para no determinarse á asesinar á una parte de los convencionales; y eran muy pocos los que no entreveían el partido que cada uno creía sacar de estas matanzas.

La salida de los comisarios para los departamentos se habia mandado ya, y no se trataba mas que de decretar de qué modo se habia de componer el tribunal revolucionario, que debia sentarse sobre los cadáveres amontonados de las víctimas infortunadas que iban á sacrificarse. Robert-Lindet propuso el establecimiento de una *Inquisicion política* compuesta de nueve de los mas ardientes jacobinos, que debian elegirse de entre todo el club, y únicos agentes de esta cáma-

ra exâltada, la qual debia dividirse en dos secciones para exterminar con mas exâctitud y rapidez á todos los individuos de ámbos sexôs que les fuesen presentados comó sospechosos.

Debia encargarse de perseguir no solo á las personas de quienes se sospechase tener relaciones con los emigrados muertos civilmente, y cuyos bienes estaban adjudicados al dominio de la república por un decreto del 2 de marzo de 1793, sino que el juicio de este tribunal se extendia igualmente sobre todas las opiniones y discursos anti-jacobinos, de los quales debian tener conocimiento á qualquier precio que fuese. De este modo Robert-Lindet propuso destruir las formas legales, que son la salvaguardia de la inocencia, entregando á los acusados á la opinion de quatro jueces solos extraidos de la hez del antro jacobino.

La mayoría se sublevó contra este proyecto sanguinario. Las galerías y la montaña gritáron á una voz *á la*

contra-revolucion. Entónces Verniaud pidió que el proyecto de Lindet se discutiese á lo ménos artículo por artículo, pero los alaridos horribles de aquellos antropófagos sofocáron su proposion. El cura Amar le respondió: "Esta es la única medida que puede salvar al pueblo; de otro modo es necesario que se insurreccione, y sus enemigos sucumban baxo sus golpes repetidos." El presidente Gensonné tardaba en proponer que se votase sobre la mocion hecha; lo insultáron, y jamás se vió la montaña tan encarnizada como aquel dia.

Conociendo los jacobinos que en apariencia podrian conciliarse las formas conservatorias de la vida de los hombres con la arbitrariedad real de una cámara inquisicional, obtuviéron á pesar de los clamores de Villaud-Varennes y del cura Chasles, que habria tambien jurados en el tribunal, así como que serían elegidos de entre todos los departamentos.

Eran las seis, y algunos diputa-

dos propusiéron que se levantase la sesion. Danton sube á la tribuna: "La »república no camina, exclamó con »su voz de Stentor, con la rapidez »del rayo qual conviene.... Clairfayt »se adelanta ácia nuestras fronte»ras.... los traydores se insurreccio»nan en lo interior.... los ministros, »el tribunal, la dictadura, el regu»lador.... es menester decretarlo to»do antes de salir de aquí.... la no»che conviene al crímen.... el enve»nenador muele los ingredientes del »veneno con ménos obstáculo entre »las pardas sombras de la noche que con »la claridad del dia.... creo necesario »coger en la red las víctimas desti»nadas á los puñales...." Este fué el verdadero objeto de aquella sesion nocturna.

La mayoría de la convencion que no conocia toda la extension del peligro que corria, adoptó las medidas que debia asegurar su pérdida. Se separa de la sala de sus sesiones por una hora, y en ella los representan-

tes adheridos á la libertad de su patria debiéron sucumbir baxo los golpes de sus enemigos, si sucesos imprevistos no los hubieran arrancado de la suerte que los amenazaba.

Con la mañana del siguiente dia empezáron los debates en la convencion, que se habia reunido para discutir la organizacion del tribunal revolucionario. Los republicanos, que habian hecho esfuerzos infructuosos para desechar el plan propuesto por la montaña, se conviniéron en hacer recaer la eleccion sobre los individuos mas bien intencionados; pero Marat amenazando á todos con que llamaria á su socorro á los gandúles y malvados que ocupaban las galerías, hizo aprobar la lista que presentó, en la qual estaban inscriptos todos aquellos bandidos y asesinos mas determinados que se habian distinguido en las matanzas del 2 de setiembre por su inhumanidad en ellas. Encargados de desempeñar el mismo papel, no hacian mas que mudar de

teatro, esto es, habian asesinado, é iban á asesinar á nombre de la ley.

Mientras que se deliberaba en la convencion nacional, los conjurados tomaban sus últimas medidas en el club de los jacobinos, en el de los orleanistas y en la municipalidad de París. Se hablaba en las sesiones de tocar la generala, de disparar el cañonazo de alarma, y de hacer una nueva carnicería con las gentes que estaban detenidas en las cárceles.

A la hora convenida algunos conjurados fuéron á la casa de *Felipe Igualdad*, y le dixéron que la execucion del proyecto era peligrosa para él; que á pesar de los esfuerzos que se habian hecho, el pueblo no se habia sublevado en masa, y que la mayoría de la convencion no estaba abatida por el terror, pero que sin embargo el tiempo urgía, y que si gustaba presentarse en la casa de la municipalidad, probablemente sería declarado Lugar-teniente-general de la república, con la advertencia tambien de que

este paso podia conducirle al cadalso. El cobarde *Igualdad* no sabiendo que partido tomar, duda, pierde el color, se oculta, y los conjurados le abandonan; se apropian las sumas que habian recibido de él, y publican que su extremada cobardía no merece mas que el desprecio de todos los partidos.

Los jacobinos habian declarado sesion permanente, y los grupos de gentes que estaban en el terrazo de los Fuldenses se dirigian á la junta de insurreccion, apoyados de una fuerza armada considerable que habia entrado en la sala de las sesiones con este objeto. El club de los orleanistas acababa de redactar una proclama en nombre del pueblo soberano, que algunos intrigantes de la sesion de las Quatro-Naciones hiciéron adoptar, aprovechándose para ello de un momento en que el número de los buenos ciudadanos era menor. La hiciéron circular en seguida de seccion en seccion con el objeto de procurarse nuevos partidarios. En ella pedian los

orleanistas como medida preliminar, que se revistiese al directorio del departamento de París momentáneamente de toda la autoridad soberana, y que se autorizase á la asamblea electoral para suspender y reemplazar á los miembros de la diputacion de París acusados de traydores. Adhiriéndose á la peticion de esta proclama, la asamblea de la seccion de las Quatro-Naciones habia añadido lo indispensable que era la instalacion de una junta de insurreccion, y que todos los ciudadanos que quisiesen concurrir á la salvacion de la patria debian reunirse inmediatamente alrededor de la sala en la que los jacobinos tenian sus sesiones.

Estos eran el verdadero foco de la conjuracion, y sus medidas se combinaban con las de los orleanistas. Los unos diseminados en las secciones aumentaban con sus proposiciones incendiarias el gran número de los conjurados; y los otros esperaban en la sala de sus secciones los efectos y tra-

mas de aquellos furiosos anarquistas.

Creyéndose enteramente seguros del suceso los conspiradores, á las diez de la noche enviáron sus emisarios á los oficiales municipales, por quienes estaban sostenidos en secreto, para decirles que habian pronunciado definitivamente la insurreccion contra el cuerpo legislativo; que para conseguirlo enviaban las fuerzas suficientes á cerrar las entradas de Pàris; y que concluida esta expedicion, se tocaria la trompeta y se dispararia el cañon de alarma en el puente nuevo. A la misma hora, cerca de mil y doscientos hombres se presentáron en el seno de la *Sociedad-madre*, pidiendo los unos que se les admitiese en la hermandad, y los otros que se les emplease en guardar las avenidas.

Subiendo un orador á la tribuna, pidió en nombre de aquella extraña diputacion que todos los *apelantes* (este era el nombre con que designaban á los diputados proscriptos) se arrestasen durante la noche. Otros querian

que el pueblo se tomase por sí mismo la justicia: "Venganza, exclamó uno de ellos, venganza: la inviolabilidad no debe ser el patrimonio del crímen. Se nos llama *bebedores de sangre*; pues bien, bebamos la sangre impura de todos nuestros enemigos. — Es menester asesinar, continuó otro; la guerra es la última razon de los hombres libres quando se les quiere oprimir; acordémonos que César fué asesinado en senado pleno...." Las galerías lo aplaudiéron con gritos de rabia, y la explosion mas terrible del furor resonó por las anchurosas bóvedas de la sala. En vano los hombres no acostumbrados á ver cometer inpunemente el crímen quieren hacerse escuchar: el tumulto fué prolongado, horrible y espantoso; y hasta los mismos gefes, para engolfarse en la carrera del crimen, conociéron la necesidad de las tinieblas, por lo que mandáron apagar la mayor parte de las luces. A deliberaciones atroces se siguen resultados mas atroces aún, así es que

se decidió que los hombres armados cuyo número se aumentaba á cada instante se dividirian en dos bandas, una de las quales marcharia á la convencion para vengar al pueblo, asesinando á sus mandatarios infieles, y la otra rodearia el lugar de las sesiones del consejo executivo para degollar á los ministros y deshacerse de este modo de todos sus contrarios.

La continuada prolongacion de este tumulto, los alaridos ruidosos que herian el recinto de la *Sociedad madre* y resonaban en las calles inmediatas, la disposicion crítica que operaba en el espíritu de un gran número de conjurados, y la publicidad que se habia dado á un complót cuyo resultado podia asegurar solo el secreto y el silencio, fuéron las verdaderas causas que hiciéron abortar la conjuracion en el instante decisivo, y su execucion hubiera sido en adelante impracticable si las débiles y pueriles medidas tomadas los dias siguientes por aquella parte de la convencion que es-

taba proscripta por la montaña, no hubiese subministrado á los conspiradores los medios de renovar sus tramas criminales, y baxo de otras formas llegar á obtener el fin de sus proyectos en los dias 31 de mayo y 2 de junio siguientes.

Los gefes del partido republicano, á los quales los jacobinos querian asesinar principalmente, prevenidos por los inspectores de la sala de la suerte que les amenazaba, no habian ido al principio de la sesion de la tarde. La mayor parte de ellos hubiera llegado un poco mas tarde, si la marcha estrepitosa de los conjurados no les hubiera manifestado el único partido que debian tomar. *El pantano* estaba casi desierto, pues apénas habia en él quarenta y cinco diputados. Marat manifestaba del modo mas terminante su despecho: "Ellos pasaban aquí las noches enteras, dixo éste desde la tribuna, quando esperaban salvar al tirano; pero hoy que se trata de castigar á los enemigos del pue-

blo, sus asientos se hallan desocupados." Expresándose con mas claridad Leonardo Bourdon: "¿Qué se han hecho, dixo, Buzot, Gaudet, Barbaroux, Brissot y Kervélegan?"

Dubois-Crancé convencido en la apariencia de que la ausencia del mayor número de aquellos que debian ser inmolados con preferencia hacian abortar el complot, se presentó en la sesion de los jacobinos, y fingiendo sentimientos de generosidad que no tenia, empleó los recursos de su eloquencia en probar que el interes de los sitiadores pedia nuevas medidas que la prudencia no permitia desenvolver, y cuya combinacion exîgía una dilacion que se habia hecho indispensable. El discurso que pronunció Dubois-Crancé hizo alguna impresion en un cierto número de jacobinos que aún estaban indecisos en lo que harian, y que no se juntáron á los que se preparaban para salir; y los otros, sin abandonar su empresa, se convenciéron ó fingiéron convencerse por las razones que acaba-

ban de oir. Dubois-Crancé dexando el asiento de los jacobinos, fué á ocupar durante el resto de la noche el que tenia en la convencion. Los ministros por otra parte en vez de esperar á los conjurados en el lugar de las sesiones del consejo executivo, se ocultáron en las casas de sus amigos.

El batallon de voluntarios de Finistérre que habia contribuido al suceso de la jornada del 10 de agosto formaba un cuerpo de quinientos hombres, entre los quales habia sesenta ú ochenta nanteses. Kervélegan llamó á su comandante, y éste marchó con su batallon en socorro del cuerpo legislativo aumentado con cerca de cien diputados que se habian ausentado de la asamblea para trabajar con mas eficacia en la salvacion de sus cólegas. Beurnonville, ministro de la guerra, sabedor de que su casa estaba sitiada, escalando las tapias del jardin, se reunió con algunos amigos á los voluntarios de Brest y de Nantes. Una lluvia abundantísima retuvo aquella no-

che en sus casas á un gran número de conjurados, y disminuyó poco á poco el de los que habian tomado las armas contra la convencion.

He observado ya que los agresores se habian dividido en dos gavillas. Los que estaban encargados de degollar á los ministros, no hallándolos en el lugar de las sesiones del consejo executivo, se separáron casi todos á la noticia de que un cuerpo de infantería precedido de cañones avanzaba contra ellos; otros se uniéron á aquellos de sus compañeros que marchaban ácia la convencion, á quienes comunicáron sus temores y sobresaltos.

Despues se dixo que los principales gefes de los conjurados perdiéron de repente su valor, que no creyéron bien concertadas sus medidas, que dudáron quando supiéron que al decreto de acusacion que se proponian obtener, no podia seguirse el arresto repentino de sus víctimas, y que esperáron para otro tiempo dar un golpe mas seguro. Se dixo tambien que con respecto

á la eleccion de proscriptos, y sobre todo al repartimiento del botin y á la distribucion de poderes hubo entre ellos bastante discordia, que es la que muchas veces detiene los proyectos de los malos.

Quizá tambien el temor y espanto se apoderáron de ellos, porque casi todos los asesinos son por lo comun cobardes. El valor de estos hombres sanguinarios, quando se trató de asesinar á víctimas desarmadas, los abandonó luego que supiéron que era forzoso combatir á unos enemigos cuyo número aumentaba el rumor ó su cobardía. Quando atravesaban el jardin de las Tullerías fué tal su desaliento y miedo, que cada qual se dispersó y huyó, sucediendo un silencio profundo á los clamores con que los conjurados habian poblado el ayre anteriormente, no oyéndose en las calles de París otro ruido que el del agua que caía, y el de unas quantas patrullas que marchaban muy despacio.

Reunidos los municipales en la ca-

sa consistorial, esperaban con impaciencia el giro que tomaria la insurreccion empezada. Los emisarios que llegaban contínuamente de las juntas seccionarias referian sin discrepar en sus relaciones, que los edificios en que aquellas tenian sus sesiones estaban desiertos, y que reteniendo el mal tiempo en sus casas á la mayoría de los ciudadanos, era absolutamente imposible organizar uno de aquellos grandes movimientos á favor del qual se pudiese tomar una medida revolucionaria, disparar el cañon de alarma, sonar la trompeta y tocar la generala. Poco despues supiéron que poseidos de un terror pánico los conjurados se habian dispersado. Entónces los municipales temiendo las resultas de la responsabilidad que pesaba sobre sus cabezas, tomáron la resolucion á la una de la noche de denunciar por sí mismos á la convencion el proyecto que se habia formado de degollar á varios de sus miembros, y de cerrar las barreras; pero sin nombrar los ge-

fes de la sedicion, ni el parage de donde habia salido la reunion. "Se han proferido en la casa consistorial, dixo Santerre en la barra de la convencion, algunas palabras incendiarias, extendiendo la voz de que era necesario nombrar un dictador á fin de restablecer los negocios. Los unos proponian al duque de Orléans, otros querian que se llamase á su hijo del exército de Dumouriez y confiarle el mando de la guardia nacional de París; pero estas indicaciones informes y sin coherencia, no tenian nada de sediciosas, y algunas reuniones incapaces por sí mismas de turbar la tranquilidad pública han sido disipadas sin contradiccion por el zelo de la junta de vigilancia de la municipalidad."

Al otro dia se habló de distinto modo de esta conspiracion; los unos la tenian por quimérica; otros sin negar absolutamente su exîstencia la hacian con miras ménos sanguinarias. Entretanto Danton y Robespierre renováron el proyecto anunciado el dia

anterior relativo á mudar todo el ministerio y elegir los miembros del consejo executivo del seno de la convencion.

La historia debe recoger la respuesta enérgica y valiente que se dió á estos dos gefes de la anarquía: "Se os propone con la mayor astucia que elijais los ministros de entre vosotros, pero si por desgracia fijais los ojos para esta eleccion sobre los hombres devorados de una ambicion ilimitada, y dotados de una desenfrenada audacia, ¿quién impedirá que mañana una insurreccion popular disperse la convencion? Mientras que una sola gota de sangre circule por mis venas, me opondré constantemente á estos nuevos titanes, que alojados en casas ricamente amuebladas y sumidos en la molicie de los sybaritas, hablan sin cesar de la miseria del pueblo declamando contra los males que sufre, quando no son mas que saqueadores orgullosos que toman irónicamente el nombre de sans-culottes. Yo

pereceré ántes que mi patria gima baxo el yugo de un dictador, de una municipalidad, ó de una oligarquía."

Así habló Laréveliére-Lépaux, y casi toda la asamblea abrió los ojos, y aún los mas confiados viéron el espantoso abismo que se abria baxo de sus pies. La indignacion fué tan general, que dando nuevo valor el peligro presente á los mas tímidos, la mocion de los anarquistas fué desechada con el mas alto desprecio.

En la sesion del 11 de marzo se organizó definitivamente el tribunal revolucionario, y la convencion se reservó el nombramiento de los jueces y de los jurados. El de los primeros se fixó á cinco, y el de los segundos á doce, que debian elegirse de todos los departamentos. Sin embargo, como en nombre del pueblo soberano hacian los corifeos de la revolucion quanto querian, de aquí es que á pesar de lo decretado solo se eligiéron del departamento de París y de los inmediatos á esta capital. Uno de los artículos de las

atribuciones de los jurados decia: "Se formará en París un tribunal criminal revolucionario que entenderá de toda empresa contra-revolucionaria, y de toda clase de atentados contra la libertad, la igualdad, la unidad y la indivisibilidad de la república; la seguridad interior y exterior del estado y de todas las conspiraciones que tengan por objeto restablecer la dignidad real, ó qualesquiera otra autoridad que atente á la soberanía del pueblo, hora los acusados sean funcionarios civiles, hora militares ó simples ciudadanos."

Aunque las galerías estaban como los dias anteriores llenas de gladiadores á las órdenes de la montaña, los mas atrevidos estaban perplejos por el desaliento que advertian en los conjurados. Danton mismo, el impetuoso Danton conoció que su audacia se habia debilitado, pues en la sesion del 11 protextó que estaba pronto á rectificar la opinion que habia aventurado. Marat declamaba (como lo tenia de costumbre) contra los tray-

dores, mientras que Robespierre proponia una reconciliacion general entre todos los partidos.

Este revés, el primero de alguna importancia que experimentáron los desorganizadores en la convencion, suspendió (es verdad) su marcha pero sin destruir sus esperanzas, pues no pedian la amnistía sino para tener el tiempo necesario de tomar aliento. Los republicanos debian extrañar que los gefes de las dos facciones jacobinas propusiesen una reconciliacion al dia siguiente á aquel en que habia abortado una trama dirigida á apoderarse cada una de ellas del poder supremo.

Las conferencias amistosas se tuviéron en el local de las sesiones de la junta general de defensa. Allí se acusáron y defendiéron unos despues de otros. La calma con que Danton manifestaba que no creía una palabra de las acusaciones de aquellos que él llamaba girondinos y brissotinos, hubiera deslumbrado al mas astuto. Sin embargo Brissot, Gaudet, Verniaud y

Gensonné daban cuenta de su conducta del mismo modo que si hubieran sido acusados sériamente.

A su turno acusáron á Danton, cuya defensa la reduxo á estas frases: "¡Yo aspirar á la dominacion! pero ¿en dónde están mis tesoros ó mis exércitos?" Se le hubiera podido responder que sus tesoros estaban en manos del duque de Orléans, que acababa de arruinarse para rehacer su partido; en las de su amigo Cambon, que se habia apoderado de las rentas del estado con la mas inaudita dilapidacion; y en las de los municipales de París, que repartian entre sí las sumas innumerables que producian las contribuciones, aunque ellos decian distribuirlas para ocurrir á los abastecimientos y subsistencias de la capital.

En quanto á sus exércitos nadie ingnoraba que la Belgica estaba infestada de predicadores salidos del antro de los jacobinos, y cuya mision era la de adherir los exércitos al partido del duque de Orléans, que dirigia Danton.

Este fué el único jacobino que dió alguna explicacion de su conducta; porque Robespierre no hizo mas que exâltarse siempre que Buzot ó Barbaroux le presentaban verdades demasiado agravantes; y Marat era tan despreciado que nadie se dignó ni escucharle, ni dirigirle la palabra.

Los gefes de la Gironda, que conocian perfectamente las disposiciones de los orleanistas, pudiéron haberse servido de esta ventaja para quitar la máscara á las dos facciones de los jacobinos, y manifestar sus miras diferentes; pero Verniaud, encargado de dar la mayor publicidad á sus proyectos sanguinarios, aunque arengó con fuego y elocuencia, engañó la opinion pública que se manifestaba demasiado contra los jacobinos y orleanistas, pues en vez de extenderse sobre sus proyectos y conducta interior, se contentó con atribuir la insurreccion del 10 de marzo á la aristocracia y al realismo. No hay duda de que así fué, pero era la aristocracia y el realismo de los or-

leanistas y jacobinos; esto es lo que debió haber dicho sin miramiento alguno, y esto es precisamente lo que Verniaud no dixo.

Quando uno de sus cólegas le preguntó con admiracion por qué habia dado aquel giro extraordinario á su discurso, respondió "que habia juzgado muy útil á la causa de la libertad denunciar la conspiracion sin nombrar los verdaderos conspiradores *por temor de no agriar demasiado á los hombres violentos, prontos á cometer los mayores excesos.*" ¡Vanos temores! ¡impostura ridícula! Así es que mucho tiempo despues, quando Barére acusó desde la tribuna á los girondinos de que en el mes de febrero habian hecho saquear las casas de comercio, aprendió á mentir de Verniaud, pues no hizo mas que tratar á los girondinos como éstos habian tratado á los jacobinos, y exerció sobre ellos las justas represalias de la ley del Talion.

Valazé quiso aprovechar la ocasion que Verniaud acababa de despre-

ciar, pero la montaña que temia la franqueza de este diputado, empleó para no dexarle hablar todos los esfuerzos de su táctica ordinaria, amenazas, gritos, voces continuadas y mormullos repetidos en las galerías; de suerte que le fué imposible pronunciar dos palabras seguidas.

Los jacobinos y orleanistas quedáron agradablemente sorprendidos por la especie de velo con que Verniaud habia cubierto sus crímenes. El ministro de la justicia Garat en un discurso muy largo que pronunció en la convencion, apelando á Verniaud en apoyo de su opinion, negó con descaro que los jacobinos hubiesen establecido una junta de insurreccion, aunque no habia uno solo en París que dudase del hecho, y con dificultad confesó que habia habido algunos movimientos poco peligrosos para la tranquilidad pública, pero aseguró que el corregidor Pache habia desplegado en esta ocasion el celo mas firme y feliz.

A pesar de la falsedad del relato de

Garat, nadie se atrevió á rebatirlo: ¡á que extremo habia llegado la debilidad de los buenos, quando veían con la mayor indiferencia acumular sus propios crímenes á los hombres de bien! Así es como Pache no pensando mas que en cumplir sus deseos parricidas, realizó la frase irónica que Timon dirigió al jóven Alcibiades: "Valor, hijo mio, tú haces muy bien de engrandecerte, porque te engrandeces felizmente para la ruina de todo este pueblo." En fin el 10 de marzo fué el preludio de la insurreccion del 2 de junio de que hablaré despues.

Desde el 31 de marzo la junta de insurreccion habia renovado sus sesiones en el palacio arzobispal. Esta asamblea se componia de los comisarios que se decian encargados por la mayoría de las secciones de París de avisar los medios de asegurar la salud pública. Todo miembro á su entrada estaba obligado á jurar la aprobacion de los asesinatos del 2 de setiembre: este era el signo característico del patrio-

tismo, sin el qual nadie era digno de desempeñar mision alguna por la junta. Fué autorizada para poderse reunir á la municipalidad de París que prometió por un decreto de 1.° de abril pagar los gastos del verdugo de este nuevo tribunal, que tomó el título de *Junta central de salud pública*, extensiva á los departamentos de la república baxo la salvaguardia del pueblo.

El 24 de octubre siguiente Fabre-d'Eglantines propuso á los jacobinos en un momento de efervescencia pública la disolucion del cuerpo legislativo y el establecimiento de la *faccion de salud pública*; en fin, algunos dias despues la junta de salud pública establecida en el palacio arzobispal, fué denunciada á las autoridades constituidas de querer disolver la representacion nacional; y la convencion decretó la formacion de una *Junta de salud pública* compuesta de sus miembros, que se hizo la opresora de los franceses y de la convencion misma.

Al principio esta junta no tuvo la autoridad que se la dió en adelante, pero conseguia el mismo fin, haciendo revestir de poderes ilimitados á los comisarios convencionales distribuidos en los departamentos, mientras que ella tenia el poder de ampliar y formar sus instrucciones. Ademas esta junta disponia á su arbitrio de todos los empleos por la apatía de los ministros que no se atrevian á oponerse. La correspondencia general, y el derecho exclusivo de proponer los decretos relativos á la administracion eran parte de sus atribuciones. La municipalidad de París recibia sus órdenes y podia agitar, calmar, atemorizar, impedir, crear, ó disminuir las necesidades, callar ó exâgerar los recursos, en fin todo pasaba por sus manos. La convencion no podia casi nada sin ella, y aquella tenia á ésta en la mas estrecha dependencia.

Los individuos de este tribunal eran casi todos extrangeros, y le

componian los dos hermanos austriacos de nacion Frey, el español Guzman, el suizo Pache, el austriaco Proly, y los bélgicos Pereyra y Dubuirson. Estaba dirigido por Marat y por el capuchino Chabot, cuñado de los dos hermanos Frey.

Luego que la convencion supo de oficio la desercion de Dumouriez, los brissotinos se apresuráron á tomar contra sus adversarios la iniciativa de la acusacion del orleanismo, y Barbaroux gritó desde la tribuna: "Estais ya convencidos de que habia una faccion de orleanistas? Qué pide Dumouriez? la antigua constitucion? A quién colocará en el trono? á Orléans y su familia."

Los maratistas reacrimináron á Barbaroux y á todos los brissotinos con fundamento; pero en el fondo, los hechos hablaban demasiado para que se pudiese rehusar á las consecuencias que resultaban contra Orléans de la conducta de Dumouriez, pues apénas se tuvo en París noticia de los pro-

cedimientos siniestros de este general, quando Danton y los demas gefes de los orleanistas para alejar de sí toda sospecha de inteligencia con Dumouriez, gritaban desde la tribuna de la convencion y de la *Sociedad-madre*, que no eran ellos los cómplices de Dumouriez, y sí todos aquellos particulares que habian pertenecido á las clases superiores de la sociedad. Consiguiente á esto la convencion decretó el desarmamento general de todos los nobles y sacerdotes; y para executar esta medida con la mayor extension, mandó que los propietarios y los vecinos mas principales de las casas fijasen sobre la puerta principal, y en caractéres abultados, los nombres, apellidos, edad y profesion de todos los individuos residentes en ellas.

El tribunal revolucionario fué instalado el 28 de marzo, y algunos dias despues se leyó en la convencion una carta de Sevestre y Villaud Varennes, comisarios en el departamento de l'Ille. "Los cómplices de Dumouriez, decian

en ella, están en el seno de la convencion y son los hombres que han querido salvar al tirano.... son los que se conocen por su adhesion á este traydor, son los que conferenciáron con él durante su último viage á París, y que con él concertáron la apelacion al pueblo.... No hay pues mas que un medio para destruir todas estas conspiraciones opresoras de la libertad, y es el de levantar en masa al pueblo: el momento es crítico y exîge que la espada de la ley destruya á los grandes criminales."

En medio de lo tumultuaria que se hizo esta discusion, en la que se atacaba vivamente al duque de Orléans y á sus partidarios, Sillery confuso y pálido de vergüenza sube á la tribuna, despues que Barbaroux hubo leido en ella la carta que dexo citada, y mirando estúpidamente al busto de Bruto dixo por toda su apología: *Yo veo á Bruto* (1). Esto queria

(1) Los Bustos de Ankarstroën, ascsino

decir que él mismo sería el verdugo de su yerno Valence, uno de los generales que habian seguido á Dumouriez en su desercion.

Orléans sube despues á la tribuna, y copiando servilmente la sanguinaria jocosidad de Sillery: *Yo tambien veo á Bruto*, dixo. Lo que significaba que él mismo daria la muerte á su hijo el duque de Chârtres. ¡*Ah*, *miserable*, le gritó un diputado, *no será el primer sacrificio de familia que has hecho á la libertad*!

De este modo Sillery y Orléans confesáron que Valence y el duque de Chârtres eran traydores y conspiradores. Como estos últimos no habian dexado de estar en correspondencia con los dos primeros, la confesion que hacian Orléans y Sillery se volvia contra ellos. Lo que es digno de notarse

de Gustabo Adolfo III de Suecia, y de Bruto, ocupaban los dos lados del asiento del presidente de la convencion, y á ellos se encaráron Sillery y Orléans al pronunciar su apología.

en la historia es, el haber sido cierta la comunicacion entre el duque de Chârtres y Pétion hasta el instante de la emigracion de aquél. Lo que prueba que Pétion no era mas que un impostor que engañaba á todos los partidos. Su alma petrificada por la maldad no deseaba sino la elevacion de la rama de Orléans, mientras que su boca no cesaba de repetir *la república ó la muerte.*

Orléans ya no podia engañar á nadie, y la especie de juramento que acababa de pronunciar contemplando el busto de Bruto, no mejoró sus negocios: su última hora era llegada. Los brissotinos, sea que hablasen sínceramente, ó sea que disimulasen, enardeciéron contra él á la convencion nacional. Los maratistas no tomáron en su favor mas que un interes muy débil, y lo que fué peor, Robespierre se decidió á abandonarlo.

El abate Raynal en su obra poco filosófica, y muy impolítica del *Establecimiento y comercio de los europeos*

en las Indias, hace en ella esta exclamacion: *¿Quando aparecerá aquel ángel exterminador que con su espada corte todas las cabezas que se elevan sobre las demas?* Robespierre fué entre los franceses el ángel exterminador que invocaba Raynal; pues adoptando tambien de él esta otra maxîma, *las naciones envejecidas solo pueden regenerarse con arroyos de sangre*, juró hacer degollar á todos aquellos que se elevasen sobre los otros, fuese por su celebridad, su nacimiento, su probidad, sus talentos ó por sus bienes. Esta era toda la política de aquel facineroso, y con tal política debia tener sed de la sangre impura de Orléans.

De todas partes se empezó á levantar la especie de velo que ocultaba los crímenes del príncipe. En una de las sesiones de los jacobinos el extracto de su correspondencia presentó la anédocta siguiente: "Se difunde la noticia de que el ayuda de cámara del emperador acusado de ha-

ber querido envenenar á su amo, y de ser el autor ó el cómplice del envenenamiento de Leopoldo, ha sido preso, y que en su interrogatorio ha confesado estos dos crímenes, añadiendo *que habia recibido el precio de ellos del duque de Orléans.*"

En la tribuna de la convencion el diputado Lahaye leyó una carta que dixo haber recibido de Seéz por uno de sus amigos llamado Anquelin; éste aseguraba en ella que se habia titulado en un pasaporte que presentó á su paso por aquella poblacion FELIPE I. Así es como Orléans fué denunciado, acusado, proscripto, y arrojado al fondo del abismo por sus mismos cómplices.

No puedo ménos de hacer observar aquí, que este fué constantemente el resultado de todos los movimientos revolucionarios, esto es, que quando un partido sobrepujó al otro, los vencedores á su turno jamás dexáron de degollarse unos á otros. Se puede decir que el cielo habia reser-

vado para entónces el cumplimiento de esta amenaza del profeta Zacarías. *Les he dicho: Yo no seré mas vuestro pastor, el que deba morir vaya á la muerte, el que deba ser cercenado que se cercene, y los que queden* SE DEVOREN LOS UNOS Á LOS OTROS.

El tiempo de la venganza celestial habia llegado, y el brazo de la justicia divina iba en fin á herir al culpado. Mandáron á Orléans y á Sillery que fuesen á dar cuenta de sus conductas al tribunal de seguridad general, y compareciéron como suplicantes. Dos dias despues se expidiéron órdenes de prision contra varias personas, entre otras el despreciable abate d'Espagnac, un tal Hever secretario de Duport, antiguo consegero del parlamento, Bonne-Carrer, Gouy d'Arcy, Asseline, una querida de Dumouriez llamada Bouvert, Westermann, Victor Broglié, Boigeslin, el hidalgo que figuró en los primeros movimientos de la Bretaña; la marquesa de Sillery, los du-

ques de Chârtres y de Montpensier, y un tal Sauvant criado de Orléans.

Sillery y Orléans se lisonjeáron de que el rayo vengador de la justicia no les alcanzaria. *En qué piensas?* dixo Gaudet á este último, como lo refirió despues en la convencion nacional, *estás perdido, si no pides tú mismo un decreto que te destierre de Francia con toda tu familia.* Orléans no hizo ningun caso del aviso. Al dia siguiente Gaudet habiendo encontrado á Sillery le habló del consejo que habia dado al príncipe: *Oh! sí*, replicó Sillery, *bien sé no hay otro partido mas que ese. Voy á escribirle un discurso, al fin del qual pedirá ese decreto, porque no sabe hacer nada por sí solo.*

Sea que Sillery olvidase por su parte el consejo de Gaudet, sea que el príncipe creyese que Marat sería bastante fuerte para sacarlo libre, ni el discurso ni la peticion se leyéron. Los dos culpados no tomáron ninguna precaucion y permaneciéron sin fuerza

contra el golpe que iba á descargar sobre ellos. El primer decreto que se expidió contra los dos fué que se les pusiese guardias de vista, el segundo que todos los Borbones se arrestasen, y en fin, el tercero expedido á consecuencia de la mocion del famoso Carier, mandó poner presos á Sillery y á Orléans, y sellar todos sus papeles.

Apénas se expidió este decreto, quando los alguaciles enviados por la municipalidad fuéron á apoderarse de la persona de Orléans. No se sabe bien lo que proyectaba ó maquinaba aun en aquel momento, pues se le encontró vendiendo sus camisas, que era el único recurso que le habia quedado. Sin duda se prometia una nueva insurreccion, ó quizá queria por este último esfuerzo asegurase á precio de dinero la proteccion de Marat. Esto era haber descendido al último grado de envilecimiento buscando el favor de semejante foragido.

A la vista de los fusileros que venian á prenderlo se puso pálido y se

desmayó. Vuelto en sí, fué conducido como un atroz y vil malhechor al corregimiento; allí lloró y suplicó puesto de rodillas y con las manos juntas que le permitiesen escribir á la convencion. ¡Hé aquí pegado con el polvo al hombre que se creia destinado á reynar! Habiéndosele concedido el favor que pedia, trazó sobre un papel las disparatadas é impúdicas tonterías que habia dicho en la tribuna de los jacobinos sobre su nacimiento. Pretendia que llamándose *Igualdad*, y no *Borbon*, debia ser excluido del decreto que mandaba el arresto de los de este nombre. Así es como el infelíz queria que la lascivia de su madre le sirviese de salvaguardia. ¡Qué apología tan rara y extraña! Concluyó reclamando la inviolabilidad de que gozaban los individuos de la convencion. Su carta fué leida, y no solamente despreciáron sus observaciones y reclamaciones entrando en la discusion del dia, sino que decretáron que sería trasladado

como todos los Borbones á Marsella.

El jóven conde de Beaujolais, hijo tercero de Orléans, fué igualmente conducido al corregimiento. Este muchacho, que no tenia aún trece años, manifestó una firmeza que debia avergonzar á su padre. Pero la conciencia del hijo estaba pura, y la del padre estaba devorada por los remordimientos. Hé aquí el interrogatorio que se estableció entre uno de los comisarios de la municipalidad y el jóven Beaujolais. ¿Sois aristócrata?— Sí.— ¿Teneis conocimiento de los proyectos de vuestro padre?— No.— ¿Habeis tenido comunicaciones con Madama Sillery?— Mal haya ella que nos ha perdido.

Tanta firmeza en una edad tan corta es un verdadero prodigio. ¡Ojalá que este jóven no haya olvidado jamás que solo adquiriendo los talentos sólidos, y adornando su alma con todas las virtudes, se grangeará lo que los delirios y crímenes de su padre le ha hecho perder! Su mérito

personal servirá para hacerlo mas digno del amor y de la estimacion de los hombres. El mismo cielo fué el que en aquella ocasion puso palabras de sabiduría en su boca. ¡Ojalá no olvide nunca este beneficio! Que sus costumbres sean siempre puras, que sea siempre fiel á la religion de Luis IX y de Enrique IV, y no tendrá que temer el abandono de aquel Sér supremo, que es la bondad por esencia.

En quanto al duque de Montpensier, estaba en aquella época en el exército del duque de Biron, y éste compañero de todas las prevaricaciones, el cómplice de todos los crímenes de Orléans, y en apariencia el amigo mas fiel del príncipe, arrestó él mismo al duque de Montpensier, y lo envió custodiado por una escolta numerosa á las cárceles de Marsella. Esta infame y monstruosa perfidia aflige, pero no debe admirar: la amistad fundada sobre el crímen no es mas que un crímen, y no puede salir

nada bueno de un orígen tan pernicioso y malvado.

El jóven conde de Beaujolais entró en la cárcel de la Abadía á las once del dia. Contempló con serenidad y muy tranquilo aquella mansion del dolor. En qualquier otro pais, en qualquier otro siglo, su candor y su corta edad hubieran enternecido á todos los corazones; y era un crímen absolutamente nuevo ver á un niño de trece años, sin delito ninguno, respirar en un calabozo; pero en este siglo, que se llamaba de filosofia, ¿las cosas mas sagradas fuéron respetadas? Lo que se habia visto hacer en el Temple con los hijos de Luis XVI lo hacia todo posible.

Orléans entró en la misma cárcel á las ocho de la mañana, y allí encontró al inmoral Laclos, que mas que ningun otro lo habia precipitado en el abismo de los desórdenes en que se veía sumido. Viéndose el príncipe baxo el poder de carceleros, derramó un torrente de lágrimas, y dió todas las

señales del abatimiento y del temor. El valor no podia conciliarse con una conciencia manchada. El mandamiento de su prision no daba ninguna noticia sobre la causa de su arresto. Fué preso el 7 de abril, esto es, tres meses no cumplidos despues de la muerte de Luis XVI. Sería menester estar muy ciego para no ver que tan admirable mudanza en tan poco tiempo era obra de la Providencia. Reincido á menudo en esta clase de reflexîones que tienen por objeto elevar nuestras miradas y corazones ácia el Árbitro supremo de nuestras suertes, y se me deben perdonar, en atencion á la solidez de esta verdad, "que el poder de su divina Providencia no se manifestó nunca mejor que en el curso de la revolucion francesa."

La duquesa de Borbon, hermana de Orléans, entró en la cárcel de la Fuerza á la misma hora en que su sobrino entró en la de la Abadía. La duquesa de Orléans su esposa tuvo permiso de permanecer en Vernon á causa de estar mala: este fué al mé-

ños el motivo aparente de aquel favor; pero la verdad es, que Robespierre que empezaba por sí solo á ensayar su poder, no se atrevió á arrancar esta virtuosa y tierna bienhechora de entre los millares de desgraciados que declaraban altamente que la harian un muro de defensa con sus cuerpos; por lo que en esta ocasion quedó demostrado que los beneficios no se pierden nunca.

Lo que prueba que la indulgencia que usaban con respecto á la duquesa de Orléans era forzada es, que el príncipe de Conty, á quien una enfermedad dolorosa tenia en cama, fué sepultado inhumanamente en los calabozos de la Abadía. El príncipe de Conty, cuyo corazon estaba donde su tesoro, no gozaba de ninguna consideracion, y podian hacer de él quanto quisiesen.

El dia 11 de abril todos aquellos ilustres prisioneros tomáron el camino para Marsella; el viage se hizo con lentitud, y solo fué incómodo pa-

ra el príncipe de Conty que sufria mucho, pues en lo demas tenian con los presos todos los miramientos que exîgía su situacion; tampoco se sabia quál sería su suerte ulterior, y de esto procedió sin duda el buen proceder de los conductores.

Los parisienses se entregáron á la alegría viendo salir de su ciudad el príncipe que por tanto tiempo la habia agitado con sus turbulencias, calamidades, prevaricaciones y crímenes; y volviendo á su antigua jovialidad, lo despidiéron con varias canciones en verso que la gravedad de la historia me prohibe insertar.

Entretanto los jacobinos no sabian qué pensar de la detencion del príncipe. Robespierre era el único que tenia el secreto, y profundamente disimulado no lo decia á nadie. Desfieux, que presidia el antro de los jacobinos, manifestó que no entendia nada del rigor con que trataban á Orléans, *porque á la verdad*, continuó, *yo no creo que exîsta contra él ningu-*

ña prueba. En quanto á mí, dixo Marat, *ignoro si Orléans es reo de lesa-nacion, pero sé muy bien y persisto en afirmar, que Buzot es su agente de negocios.*

Este asunto fué el único que Robespierre manejó con alguna especie de sabiduría. Dexó á los parisienses, á los jacobinos y á las diferentes facciones que se entregasen á toda suerte de conjeturas; pero luego que por la prision y la muerte de una multitud de diputados y de hombres de todos los partidos se hizo dueño absoluto de los negocios públicos, empezó á obrar, y obrando, se envolvió en unas tinieblas tan densas, que ningun hombre en Francia pudo adivinar á dónde queria dirigirse. Este secreto y disimulo fuéron llevados hasta un punto que empezáron á temer si en todo aquello tendria una maquinacion con cuyo auxîlio Orléans, quando él quisiese, ocuparia el trono. De suerte, que en la incertidumbre de si Robespierre se proponia ser su libertador ó su verdu-

go, calláron acerca del preso, puesto que el bien ó el mal que dixesen de él, podia igualmente conducirlo al cadalso.

Parece que el mismo Orléans no pronosticaba mal de su posicion. Habia pasado los primeros dias de su detencion en Marsella entregado a la desesperacion; pero la esperanza pareció renacer en seguida en su alma. Entónces se aprovechó de los consuelos que le prodigaban en la cárcel para entregarse con furor á toda la brutalidad de sus antiguos gustos. Desprovisto de los talentos agradables que forman las delicias de un preso, é incapaz de ninguna suerte de aplicacion, pasaba sus dias en atracarse de vianda, vinos y licores con las prostitutas que su dinero reunia á su alrededor: sus guardias que no sabian si su preso sería un dia su amo, no se atrevian á contradecir ninguna de sus fantasías.

La vida que tenia en la cárcel era tan licenciosa, tan infame y escandalosa, que el príncipe de Conty que es-

taba en el mismo quarto no pudo soportarlo. Escribió á la convencion quejandose de él y representándola, que preferia la muerte al suplicio, de estar en la presencia continua de aquel mónstruo; en su consecuencia pedia su remocion á otra cárcel, mas no hiciéron ningun caso de su súplica. El jóven Montpensier por su parte escribia á sus amigos de París con mucha claridad y muy poco respeto acerca de las costumbres disolutas de su padre.

El 10 de abril la seccion de la Alhóndiga se presentó en la barra de la convencion nacional pidiendo la proscripcion de los diputados que debiéron haber sido asesinados la noche del 10 de marzo. El orador de la diputacion se atrevió á decir: "Sabed que si no estais en estado de salvar la patria, nosotros la salvarémos." Esto queria decir; sabed que si no teneis la fuerza necesaria para comprimir á vuestros enemigos, nosotros estamos prontos á sosteneros. Los peticionarios reclamaban tambien la renovacion de todos

los miembros de las administraciones. Verniaud, Gaudet y Gensonné declamáron contra estas proposiciones sanguinarias y anárquicas. Danton, Marat y Robespierre las defendian, lo qual hizo que se empezase una lucha terrible, y que todas las sesiones fuesen frecuentemente turbadas por el espíritu de partido.

El 13 hizo Marat adoptar á la sociedad de los jacobinos una proclama, por la qual convidaba á todos los departamentos á que marchasen sobre Paris. En ella se leian entre otras frases notables la siguiente: *Sí, hermanos y amigos, en el senado es donde están las manos parricidas que despedazan las entrañas de la patria; sí, la contra-revolucion se concreta en el gobierno y en la convencion nacional.* Noventa y tres diputados presentes á la lectura de esta proclama, que al dia siguiente fué denunciada á la convencion, no se ruborizáron de firmarla, y estos noventa y tres signatarios fuéron despues los instrumen-

tos de la tiranía de Robespierre.

El 15 fué presentada esta proclama en la barra de la convencion por el corregidor Pache á la cabeza de una junta de insurreccion del palacio arzobispal, que decia tener los poderes de la mayoría de las sesiones de París, y no dexáron de pedir la proscripcion de los veinte y dos diputados.

La debilidad de los republicanos era tal, que aunque formaban la mayoría de la convencion, léjos de haber recibido á los peticionarios como merecian, les hiciéron los mayores honores admitiéndolos en lo interior de la sala, y hasta algunos dias despues no se declaró por un decreto calumniosa su peticion.

Quando Pache dexó la barra para entrar en lo interior de la sala, el diputado Mazuyer le dixo en voz baxa: *¿No habrá un hueco en vuestra lista para inscribirme en ella? Yo os daré algun dinero si me concedeis este favor.* Este fué el único crímen del infortunado Mazuyer y la causa de su

proscripcion. Los jacobinos le pusiéron fuera de la ley el 2 de junio, y pereció sobre un cadalso.

Entretanto Gaudet admirado de la condescendencia que creía notar entre los proyectos destructores de los enemigos exteriores de la Francia y de los que Marat desenvolvia diariamente en su periódico y en la tribuna de los jacobinos, pronunció contra este promotor de asesinatos una vigorosa *filípica* que mereció se expidiese un célebre decreto de acusacion, y aquella absolucion mas célebre aún, que debió ilustrar á toda la Francia con respecto á la infamia del tribunal revolucionario y de la faccion que habia erigido.

El 26 de marzo Marat fué acusado á la convencion por el ministro de la justicia de haber dicho en su periódico que las victorias conseguidas por las armas francesas en Grand-Pré, Mons y Gemmapes no eran triunfos de que debia honrarse la república, sino sucesos desastrosos, puesto que

se habia derramado la sangre francesa sin otro fruto que el de satisfacer la ambicion de un pérfido aventurero. Esta delacion habia sido enviada á la comision de legislacion, la que no habia dado cuenta alguna de ella. Desde entónces las tentativas que hacia todos los dias para ensangrentar á la convencion, admiraba aún á sus mismos partidarios, y hasta Danton decia: *éste es un botafuego que lo destruye todo.*

El 20 de abril se decretó haber lugar á la acusacion contra Marat en la misma sesion en que la convencion declaró calumniosa la pretension presentada el 15, en la qual baxo el nombre de las secciones de París, la junta de insurreccion pedia la cabeza de veinte y dos legisladores que acusaba de traydores á la patria. Arredrado Marat con este golpe inesperado, estuvo oculto algunos dias en casa de su colega Legendre, mientras que los jacobinos de las dos facciones agitaban al populacho de París sublevado por

una escasez de pan dispuesta de antemano, y por la carestía de todos los objetos de comercio, causada por la gran multiplicacion de asignados que circulaban en aquella sazon. Tomadas las medidas necesarias que le aseguraban la impunidad, se presentó en el tribunal revolucionario, y abogó su causa, mas bien como un hombre superior á las leyes que dicta imperiosamente á los jueces la conducta que deben observar, que como un acusado que se defiende á sí mismo.

Este exceso de audacia sorprenderá ménos si se observa que el tribunal estaba elegido por el acusado, y que los jacobinos que llenaban de sus emisarios las galerías de la convencion quando querian que se sancionase un decreto deliberado en la *Sociedad-madre*, habian empleado la misma táctica con respecto á los revolucionarios que debian juzgar á Marat.

Desde la amanecer del 24 de abril los patios del palacio de la Justicia estaban llenos de individuos de ámbos

sexós, ordinariamente empleados en formar corrillos en los quarteles mas frecuentes de París, y en llevar á las asambleas de las secciones el espíritu de turbacion y de discordia, cuyo centro y foco era la *Sociedad-madre*.

El pueblo jacobino llenaba ántes que se abriese la audiencia, no solamente la sala en donde residia el tribunal, sino tambien la gran sala del palacio y todos los pórticos inmediatos. Los gritos y clamores en favor de Marat llenaban las bóvedas, y resonaban á lo léjos, y aún algunos tambien de los mas fogosos partidarios suyos dexaban ver los puñales con que estaban dispuestos, segun decian, á asesinar á los jueces si por un juicio solèmne no vengaban al que ellos llamaban *el amigo del pueblo*, del insulto que le habia hecho la convencion nacional.

Marat, el gefe de los hombres sanguinarios, aquél, cuyos papeles y discursos destilaban sangre; aquél, que en el mes de febrero precedente no

solo habia excitado á la multitud al saqueo de las lonjas de París, sino tambien á que ahorcase á los mercaderes en las puertas de sus mismas casas; y aquel en fin que proponia altamente el asesinato de casi la mitad de la convencion como se propone una medida ordinaria, fué declarado absuelto por el mismo tribunal que dos dias ántes habia enviado al cadalso á una miserable cocinera acusada de haber pronunciado algunas frases incendiarias y subversivas: . . . .

Marat salió triunfante, y su pueblo, que le esperaba con coronas de encina, le ciñó con ellas su horrorosa cabeza, llevándole sobre sus hombros aquellos satélites de la muerte, que hacian resonar el ayre con los gritos de *viva Marat*. Los habitantes de París al ver pasar este cortejo ridículo no sabian qué hacerse, si encerrarse en sus casas, ó gozar por algun instante de este expectáculo estrambótico. El triunfador fué conducido á la convencion, é insultó en ella

á aquellos que habian dado el decreto de acusacion, los quales conociéron, aunque tarde, la inconsecuencia de su conducta para con un hombre que era preciso abandonar al desprecio que les prodigaban los gefes de su faccion en el mismo tiempo que empleaban su pluma, tan venal como fogosa, en derramar en las venas de la multitud el veneno que rebosaba en ellos.

La consecuencia mas desastrosa de este decreto de acusacion fué el exemplo funesto que diéron los republicanos de poner en juicio á un miembro del cuerpo legislativo: arma fatal de que no sabian valerse los que la empleáron por la primera vez, y de la qual los jacobinos, como mas exercitados, usáron bien pronto para asesinar á sus enemigos con la espada de la justicia. Pero la anédocta que pinta á los gefes de las dos facciones desorganizadoras es, que Robespierre, deslumbrado con el esplendor y gloria que resaltaba sobre Marat, ma-

nifestó su envidia, y que Marat picado igualmente de aquél, lo trató altamente de malvado.

El interes de estos dos hombres era el juntar sus fuerzas pera batir á sus enemigos comunes; y habiendo reunido el crímen fácilmente lo que el amor propio habia dividido, se aplicáron con un nuevo encarnizamiento á perseguir su presa. Denunciaciones en las secciones y en las asambleas populares, exhortos en los corrillos, maniobras en la *Sociedad-madre*, dinero repartido al populacho de los arrabales, carestía de víveres hábilmente combinada, distribucion de nuevos comisarios por los departamentos con el encargo de anunciar que todos los diputados que habian votado la apelacion al pueblo, y cuyas listas estaban ya impresas, no podian continuar como tales en la convencion sin comprometer la república.... todo anunciaba un suceso siniestro, y todo presagiaba que la expedicion que no pudo verificarse el 10

de marzo se realizaria un poco mas tarde.

Los jacobinos, que dominaban en los departamentos por sus comisarios, obtenian la misma influencia en Paris por medio de un gran número de vagamundos, á quienes pagaban con las sumas confiadas á la municipalidad, y de las quales por esta razon no se se dió jamás cuenta alguna.

El sentimiento del temor que obró cosas prodigiosas durante la revolucion de Francia, comenzó á resfriar los ánimos aún en la convencion misma; al temor se siguió la circunspeccion, y los diputados que no eran jacobinos no escribiéron ya á sus comitentes con la misma libertad; los diaristas dexáron de ser imparciales; todo tomaba insensiblemente el espíritu y el lenguage de las dos facciones usurpadoras del poder; y la opinion pública, antes engañada, concluyó subyugándose del todo quando los tiranos se creyéron bastante poderosos para no tenerla miramiento alguno.

Se discutia en fin sobre las primeras bases de una constitucion que los jacobinos proscribiéron pronto. Los republicanos hubieran evitado quizá la catástrofe que los amenazaba activando mas la admision de esta acta constitucional, sobre todo si hubieran podido (mientras que por otra parte redactaban un contrato social parecido al de Rousseau, segun lo proyectáron desde el principio de la revolucion) ilustrar por medio de una conducta sábia y prudente á un gran número de jacobinos que se hallaban seducidos por la profunda maldad de los gefes de la anarquía, y atraerlos á unos sentimientos mas dulces por la consideracion de su pérdida próxîma é inevitable.

Los jacobinos que no querian constitucion, sino un gobierno revolucionario, detenian con toda suerte de artificios el trabajo de sus antagonistas: siempre que se entablaba la discusion se levantaba alguno con un proyecto de decreto sobre el exército, sobre los víveres, sobre la fabricacion de armas,

ó sobre otros objetos, pretendiendo que urgian y que no podian diferirse; quando llegaba el dia emplazado para la discusion, las diputaciones de las secciones de París ó las municipales de las poblaciones vecinas ocupaban la tribuna, y siempre pronunciaban en ellas discursos largos; en fin, quando estos recursos faltaban recurrian á alguna queja; se veía muchas veces agitarse de repente los montañeses (antes tranquilos), sin motivo y sin objeto trabajar con ahinco para excitar turbaciones, afectar los unos convulsiones de furor, y reirse los otros de los esfuerzos de sus camaradas y de la inquietud que la montaña sembraba en el pantano. Así es como el tiempo se pasó en vanas disputas todo el mes de abril, y llegó el de mayo sin haber aprobado mas que dos ó tres artículos.

Las inquietudes acerca de las subsistencias se aumentaban mas y mas; muchas secciones de París despues de haber pedido el 1.º de mayo que la

convencion tomase medidas para asegurar el consumo de la capital, exîgian que los gendarmes que guardaban la representacion nacional fuesen enviados á combatir con los revoltosos de la Vendée. A poco tiempo se vió asaltada la convencion por los hombres y mugeres del arrabal de S. Antonio. Una diputacion compuesta de quarenta individuos se presenta en la barra, y pide con amenazas que se ponga tasa á todos los géneros de primera necesidad: *sino adoptais nuestras proposiciones*, añadió el orador, *os declaramos que estamos en estado de insurreccion, y que os preparéis á combatirnos.*

A estas palabras la mayoría de la convencion despierta de su letargo y declara que prefiere morir en su puesto, mas bien que sufrir que una multitud ciega la dé la ley. Algunos partidarios de la montaña participáron en esta ocasion de la indignacion general, y por esta conducta inesperada dexáron cortados y confusos á los conspiradores.

La mayor parte de los miembros de la diputacion de París salió de la sala y negoció con los peticionarios; estos entráron luego, se escusáron lo mejor que pudiéron, culpáron al jacobino Saint-Just de sus expresiones sediciosas, y el tropel se disipó como el vapor de un meteoro fétido que no dexa despues otra señal que un mal olor.

Tantas conjuraciones frustradas, y tantas faltas succesivas debiéron de ilustrar á las dos facciones jacobinas, y darlas despues de ocho meses de tentativas conocimientos profundos sobre el arte de conmover á la multitud, de excitar rebeliones, y de dar á la máquina del gobierno las mas violentas agitaciones. Despues se verá que no en vano habian recibido las lecciones de la experiencia.

La convencion sobre la proposicion de la Junta de salud pública habia creado once exércitos para defender el territorio frances atacado casi por todas las potencias de Europa,

y por el mismo decreto enviado doce comisarios convencionales á los exércitos. Estas fuerzas inmensas y los medios que se empleáron para ponerlas en movimiento son la invencion mas traspasmosa y atrevida que nos ha trasmitido la historia de las naciones.

Pero como los conspiradores necesitan, para hacer obrar el instrumento de la sedicion, de un objeto que sirva de punto de apoyo, se sirviéron en esta vez de un alistamiento para los exércitos que indignó á todos los habitantes de París, decretando la convencion "que todos los solteros y viudos sin hijos estaban en estado de requisicion desde la edad de diez y ocho años hasta la de quarenta, y la necesidad de un armamento de 300@ hombres para completar los exércitos de la república." Jamás las secciones de París se viéron en una agitacion mas viva; todos los intereses personales se hallaban ofendidos y en una situacion repugnante, y cada dia ofrecian las sesiones escenas mas escandalosas. La

mayor parte de los mercaderes que habian recibido con aplauso la revolucion en quanto se dirigia contra los nobles, sacerdotes y magistrados, gritabàn altamente quando se les obligaba á enviar sus hijos á las fronteras, y á contribuir con las sumas necesarias para mantener y vestir á los defensores de la patria.

Todos se llenáron de desconfianza, quando en lugar de la dulce satisfaccion que habian gozado baxo el imperio de la libertad, un yugo arbitrario hacia penosa la situacion de los ciudadanos, quando tódas sus fortunas se veían amenazadas, y quando no se oía hablar mas que de ponerse en revolucion, de establecer juntas revolucionarias, de levantar exércitos revolucionarios, y de tomar medidas revolucionarias.

En lugar de tratar los jacobinos del medio de reunir los ánimos de los que tenian alguna cosa con los absolutamente pobres, excitaban á los unos contra los otros. A los ricos decian: "Vosotros sois duros é indolentes, y

por lo tanto sospechosos: habeis hecho algunos sacrificios en favor de la revolucion; pero el miedo y no el patriotismo es el que os ha movido. Enemigos de la igualdad en vuestras habitaciones magníficas, llamais á la contrarevolucion con vuestros deseos, sino podeis verificarla con vuestras acciones. Nosotros os obligarémos á abrir vuestros tesoros, y si os quejais, la guillotina ó las prisiones nos asegurarán de vosotros, mientras que los patriotas estén peleando en las fronteras de la Francia." A los pobres decian: "El rico es un hombre cruel y sin entrañas de compasion; con el pretexto de mantener á los pobres suministrándoles trabajo, exerce sobre ellos una superioridad contraria á las miras de la naturaleza, y á los principios republicanos. La libertad será precaria en tanto que una parte de la nacion esté asalariada por la otra; así que para conservar su independencia es forzoso, ó que todos sean ricos ó todos pobres." De este modo se desataban

violentamente los lazos saludables que en un estado sábiamente organizado unen á todas las clases de ciudadanos por sus necesidades respectivas.

Mientras que de una parte los jacobinos con sus medidas violentas, exâgeradas y subversivas del órden público sublevaban contra la revolucion á todos los ricos, con quienes era tan interesante contemporizar, los propagadores del diario de Marat leían hasta en los pórticos de la convencion nacional folletos que amenazaban á la mayoría de la asamblea con tratamientos sanguinarios, cuyos preparativos se hacian en silencio. El uno se intitulaba *la guillotina os espera*, y el otro *los departamentos no necesitan diputados*. Estos clamores anárquicos baxo la constituyente y la legislativa habian sido el preludio de una crísis próxîma, y anunciaban las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio.

El nuevo modo de recluta y alistamiento que tanto habia agitado á las secciones de París se suspendió, y

la convencion discutia otro, quando Marat y Robespierre, reflexîonando que la ausencia de un gran número de sans-culottes, quienes alistándose para la guerra, el incentivo de quinientas libras que se les ofrecia privaria á la montaña de una parte de los agentes de que necesitaba para el feliz éxîto de sus empresas, se reuniéron para oponerse al alistamiento de los soldados que debia dar París, con el pretexto de que debiéndose considerar esta capital como el arsenal de la república, era una cosa imprudente quitar la tropa que debia guarnecerla en tiempo de revolucion. Así es como ácia el tiempo de las matanzas del 2 de setiembre Marat, siguiendo el mismo sistema, se opuso en su periódico á la salida de las tropas parisienses destinadas á combatir á los prusianos que se adelantaban ácia la Champaña.

El 16 de mayo la municipalidad de París trabajó un nuevo plan para determinar la insurreccion. No se tra-

taba mas que de amotinar algunos jacobinos, orleanistas y malvados, y á este acto de tiranía llamaban *las secciones parisienses*. Los facinerosos querian atribuir al pueblo los crímenes que iban á cometer, y cuya infamia admirará á la posteridad.

La convencion habia transformado en ley un acuerdo del departamento de l'Hérault, que mandaba que los ciudadanos que permaneciesen en sus hogares serían precisados á labrar las tierras, sembrarlas, y recoger la cosecha de aquellos que hubiesen sido alistados, y que todos los gastos devengados por estos trabajos serían satisfechos por las familias pudientes del departamento. El mismo dia se libró una suma de cincuenta mil libras á la seccion del Panteon frances para que la emplease en levantar soldados.

Baxo pretexto de tomar medidas con este motivo, el cuerpo municipal de París habia convocado en una de las salas del palacio del Arzobispo

los quarenta y ocho presidentes de las secciones, y á quarenta y ocho miembros de las juntas revolucionarias. El objeto ostensible de las deliberaciones de esta asamblea era el de formar una lista de las gentes pudientes de las secciones respectivas á fin de imponerlas una contribucion revolucionaria y provisional, que debia cobrarse en el preciso término de veinte y quatro horas, y depositarse en la caxa del tesoro de la municipalidad de París.

La misma medida se tomó en todas las ciudades, pero sobre todo en Leon con tal rigor, que exásperando los ánimos, contribuyó á sublevar esta ciudad populosa. Exîgiendo aquella reparticion las combinaciones mas delicadas y multiplicadas, ocultaba el objeto secreto y principal de aquella convocacion, que era el de acordar los medios de deshacerse de los diputados del *pantano.* Para recibir mas luces sobre este objeto admitiéron en las sesiones á todos los jacobi-

nos de las dos facciones, cuya exâltacion revolucionaria estaba mas bien conocida. Tambien fuéron admitidos la mayor parte de los electores de París y los miembros de la junta de insurreccion.

En medio de las sesiones mas borrascosas del cuerpo legislativo se continuaba discutiendo la constitucion, de la que se habian aprobado ya algunos artículos. Condorcet en la sesion del 13 de mayo habia hecho una mocion sumamente importante. Proponia en ella, que en el caso de no ser convocadas anteriormente las asambleas primarias para aceptar ó reprobar el acta constitucional propuesta por la convencion, se formaria una nueva por las asambleas primarias reunidas en 1.° de noviembre siguiente sin ninguna convocacion. Es muy probable que si se hubiera adoptado esta mocion se hubieran prevenido los desastres que destruyéron á la Francia algunos meses despues; pero todos los jacobinos de la faccion del pantano

se reuniéron para desecharla. La discusion del acta constitucional se interrumpia contínuamente por los gritos de proscripcion que se oían hasta en las puertas de la convencion con un furor inaudito. De este modo recibian un código, que en el concepto de los franceses mas despreocupados debia sostener el edificio social, y reprimir á los conspiradores mas violentos y precipitados, cuyo objeto era el de destruir á la Francia á fin de no volver á la vida privada de que habian salido por sus crímenes y atentados.

Ninguna libertad habia en las sesiones de la convencion de París, pues no se hablaba de otra cosa que de las matanzas futuras: solo el crímen obtenia la palabra, la tímida virtud guardaba el silencio mas profundo, y si alguna vez se atrevia á despegar los labios, era sofocada inmediatamente su voz por los gritos alarmantes y sediciosos de las galerías. En medio de todos estos atentados se difunde

en París el rumor sordo de que iba á estallar muy en breve un movimiento revolucionario concertado por un complot mas criminal que todos los anteriores, y que se tramaba en el sitio mismo en que los magistrados se reunian para velar segun su obligacion sobre la tranquilidad pública.

Un diputado breton que acababa de llegar á París á asuntos particulares de su departamento, se acercó una tarde á la puerta de la sala del Arzobispado, en que como he dicho, tenia la nueva asamblea sus sesiones, y notó que en ella se entraba con la contraseña de una pieza de cobre bastante parecida á un medallon con que estaba decorado: se presenta con confianza, manifiesta su medalla y entra sin oposicion. El objeto de la sesion era el de oir el relato de una comision nombrada la víspera *para ocuparse en los medios de salvar la patria.* Esta era la expresion técnica de que se servian los conspiradores. La junta iba á empezar su relato, quando un

individuo observó que el éxíto de la empresa dependia del secreto, y que con dificultad podria guardarse por una asamblea de quinientas personas. Propuso que se concediese una entera confianza á la junta, y se la abandonase la eleccion de las medidas y los medios de la execucion, cuya proposicion fué aprobada.

El resto de la sesion se empleó en declamaciones vagas, pero vehementes contra los enemigos de la montaña. El breton salió con dos particulares, que creyéndole enterado de las deliberaciones precedentes, hablaban delante de él sin reserva alguna. No se trataba de nada ménos que de degollar á ocho mil personas, y para probar la facilidad que encontraban en la execucion de este proyecto, el uno de los interlocutores decia al otro que ponia en ello alguna dificultad: "No creais nada de eso, replicó el otro, nada hay mas fácil, y para conseguirlo solo es necesario presentar la lista al pueblo, que se-

guirá el impulso que le demos." Bien sabian los anarquistas malvados de la Francia aquella profunda sentencia de Montagne, de que *el pueblo es una bestia que cada qual monta á su vez.*

El breton se fué inmediatamente á casa de Valazé en donde se reunian secretamente algunos diputados de la Gironda. Estos tomáron sus medidas para informarse por extenso de todas las circunstancias del complot, y el número considerable de que se componia la asamblea del palacio arzobispal le suministró las medidas. Entre tanto encontrando muchas dificultades en la verificacion del asesinato de las ocho mil personas, abandonáron sus autores este proyecto por otro que les pareció mas simple y ménos ruidoso. Para esto no era necesario mas que deshacerse de un corto número de diputados, que con su elocuencia sostenian á sus cólegas y contenian los progresos de la anarquía con que querian desolar á su patria. Estas eran las víctimas cuya

proscripcion se habia pedido tantas veces, y que no llegaban al número de veinte y dos oradores. Como la dificultad estaba en poderlo conseguir, imagináron prenderlos en sus respectivas casas á una hora determinada, y conducirlos en el silencio de la noche á un edificio aislado del arrabal de Mont-martre en donde todo estaria preparado para consumar aquellos atentados, pues á su llegada debian ser degollados por los setembricistas que los esperaban. En seguida se enterrarian todos los cadáveres en una hoya profunda preparada de antemano en el jardin de la misma casa; y la municipalidad debia publicar al dia siguiente el descubrimiento de una correspondencia criminal entre los diputados brissotinos y los enemigos del estado.

El mismo dia debia armarse de puñales á todas las mugeres jacobinas, y mientras que los asesinos penetraban en el seno de la convencion, la legion de Rosental que se hallaba en

Saint-Denís debia entrar en París y asaltar el palacio de las Tullerías (en el que la convencion tenia sus sesiones desde el 10 de mayo) para favorecer los asesinatos.

El pueblo, esto es, quatro ó cinco mil bandidos pagados por la montaña, no encontrando despues de las pesquisas mas exâctas á ningun diputado designado en la correspondencia, era consiguiente publicar que viendo sus tramas descubiertas, habian emigrado para evitar su justo castigo. La combinacion de las circunstancias de esta maquinacion infernal presentaba el grado de evidencia que impone á la multitud y la determina á las resoluciones mas impetuosas.

La noche del 20 al 21 de mayo se habia señalado para la execucion de esta matanza, que se hubiera realizado sin los obstáculos que sobreviniéron. Hora sea que la junta sospechase, ó temiese de la indiscrecion de alguno de sus miembros, hora que se alarmase del rumor que se difundia, ó en

fin que los medios no estuviesen suficientemente concertados, la execucion se señaló para otro dia.

El descubrimiento de este proyecto de asesinato fué revelado á la convencion, la que felizmente por un efecto sin duda de su temor se atrevió á decretar la persecucion de los conspiradores. Gaudet habia propuesto el 18 de mayo la destruccion de todas las autoridades de la capital, el reemplazo provisional del consejo de la municipalidad de París por los presidentes de las quarenta y ocho secciones, un decreto para que si la convencion llegaba á disolverse por un movimiento popular, los suplentes se instalasen inmediatamente en Bourges para formar un nuevo cuerpo legislativo, y la remision de este decreto á las administraciones de los departamentos por correos extraordinarios. Aquesta mocion aplaudida generalmente, pareció estar próxîma á ser adoptada, quando Barére conviniendo en que París estaba lleno de conspiradores y que el

consejo general de la municipalidad era el foco de todas las tramas criminales, é insistiendo ademas sobre la ciscunspeccion que exîgían las ciscunstancias espinosas en que se encontraban, propuso que se crease una comision especial de doce representantes encargados de exâminar todos los decretos expedidos por la municipalidad ó por las secciones de París de un mes á aquella parte. Esta comision se instaló con efecto; pero contra las esperanzas de Barére y de los jacobinos y orleanistas, cuyas fuerzas estaban diseminadas en los departamentos, la influencia del pantano hizo que la eleccion de todos los miembros recayese en los de éste.

Esta comision era revolucionaria en toda la extension de esta palabra. La idea de una comision destinada en una república naciente á fijar la revolucion para mantenerla, y á contenerla para consolidarla, merecia los mayores elogios. Pero en las enfermedades del cuerpo político, así como en

las del humano, es necesario quando la enfermedad es agravante y fuerte, que el remedio que se le haya de aplicar se le administre con prudencia para evitar la destruccion de la máquina del individuo. Con un solo golpe dado á propósito se hubieran podido reprimir todos los furores de los anarquistas; pero habiéndose contentado con dar varios golpes sin ningun órden ni discrecion, no pudo, como con efecto sucedió, resultar otra cosa que aumentar el insolente descaro de los mas atrevidos. La lista de los doce miembros de la nueva junta manifestaba perfectamente las virtudes de los individuos que la componian, pero no ofreció á los ojos de sus amigos la capacidad y energía que necesitaban para llenar el objeto de su institucion.

A pesar de las violencias que exercian los jacobinos en las secciones de París, algunas de ellas fuéron á comunicar al cuerpo legislativo sus inquietudes con respecto al infortunio que los amenazaba. Otras muchas propo-

niéndose imitarlas, quando en la realidad no querian mas que desviar aquellos testimonios tan nocivos á sus proyectos, enviaban al cuerpo legislativo un gran número de sus miembros mas adictos que lo llenaba de temor.

Con la ayuda de un sin número de gentes sin profesion ni domicilio que pagaban á quarenta sueldos por dia para aplaudir las mociones incendiarias, gritar é intimidar desde las galerías á los oradores que pretendian rebatirlas, llegaban casi por todas partes á cansar, á desanimar aún á los mas esforzados, y hacer que se escondiesen ó emigrasen los ciudadanos amigos del órden y de la paz. Entre tanto la seccion de la Fraternidad se presentó en la barra de la convencion á denunciar las circunstancias de una conspiracion que se tramaba en la casa del Arzobispado y en la del Corregimiento. Isnard que ocupaba el asiento del presidente, pronunció en esta ocasion un discurso eloquente y lleno de energía.

De todas partes los testimonios y

las pruebas de la conspiracion se acumulaban en la comision de los Doce por la deposicion de los testigos oculares. Estas piezas despues de las catástrofes del 2 de junio, cayéron en las manos de Bergoing y de Rabaut-Saint-Etienne. Bergoing libre por la fuga de las de sus perseguidores, imprimió en Caén aquellas de que era poseedor en un quaderno que intituló: *Bergoing, diputado del departamento de la Gironda y miembro de la comision de los Doce, á sus comitentes y á todos los ciudadanos de la república.* Esta publicacion aumentó el interes que tenian los jacobinos de asesinar á los demas miembros de aquella comision; y habiéndose apoderado algun tiempo despues de Rabaut-Saint-Etienne, él y sus papeles fuéron destruidos, y no volviéron á ver la luz del dia.

El 23 de mayo la sesion de la convencion se empezó suprimiendo la comision diplomática, cuyas atribuciones aumentáron el poder de la Junta de salud pública. El relator de la de los Do-

ce declaró en seguida que el trabajo de la comision estaba pronto á someterse á la asamblea. Pero como esto precisamente era lo que les importaba impedir á los jacobinos, los principales montañeses tomáron sucesivamente la palabra para probar que era contrario á las primeras reglas de la verosimilitud, que una conspiracion contra la vida de treinta diputados y de millares de ciudadanos se hubiese discutido en una asamblea numerosa convocada sin misterio alguno, en un local público y en unos términos conocidos antes por muchas secciones de París.

Legendre proponiendo un decreto que encargaba á los presidentes de las secciones que hiciesen arrestar á qualquiera que provocase la violacion de los derechos de los representantes de la nacion, añadió que "la exâgeracion de los principios en un momento de crísis habia podido muy bien producir algunas discusiones atrevidas y reprimidas inmediatamente, pero que el complot de que se hablaba

no habia exîstido jamás, ni querian sostener su exîstencia por otra cosa sino para hacer odiosos á los buenos patriotas."

Marat recordó otra especie de conspiracion ménos sanguinaria, pero no ménos contraria al bien público: "Quando una parte de la convencion, dixo, para substraerse de los ataques de los sans-culottes de París, habia meditado por mucho tiempo la translacion de la asamblea nacional á Tours, la montaña no dió resulta alguna á este complot, porque nunca lo consideró sino como un proyecto informe é incoherente."

Mas á pesar de las repetidas veces que el relator de la junta de los Doce subió á la tribuna para descubrir la trama de los jacobinos, un ruido espantoso dentro y fuera de la convencion sofocó constantemente su voz, y jamás pudo conseguir que se le oyese una sola frase.

Sin embargo el peligro era inminente, la seccion de la Butte-des-Mou-

lins se presentó en la barra el 24 de mayo, é invitó desde ella al cuerpo legislativo á que llamase por medio de una proclama á todos los buenos y honrados ciudadanos, que no esperaban mas que una señal para volar á su socorro y librarle de la turba de facciosos que querian oprimirle. Algunos dias antes una diputacion de la ciudad de Burdéos habia ofrecido enviar á París una fuerza departamental en estado de asegurar la libertad de las deliberaciones del cuerpo legislativo contra las intrigas de los anarquistas de las diferentes facciones que las oprimian. Los peticionarios fuéron muy mal recibidos por los corifeos de la montaña; pero el pantano pudo obtener que se imprimiese en el diario de las sesiones de la convencion, y que se hiciese al mismo tiempo en él una mencion honorífica de su oferta.

Entretanto las disensiones del cuerpo legislativo, pronto á disolverse ó á destruirse, resonaban del uno al

otro extremo de la Francia, é inspiraban en todos los ánimos la indignacion y el terror. Aunque la mayor parte de las deliberaciones de las sociedades populares se alimentasen con estas disensiones, algunas de ellas se opusiéron con firmeza á las turbulencias que agitaban á París. Encontrando la comision de los Doce en las muchas memorias que se la dirigian nuevas pruebas del peligro próxîmo é inminente que amenazaba á la convencion, y persuadida al fin de la inmediacion de la catástrofe si no tomaba medidas tan prontas como severas, se determinó no solo á prevenir á los diputados proscriptos de la suerte que los amenazaba, pero tambien á dar la mayor publicidad á su aviso, para quitar á los conspiradores la esperanza de sorprender á sus víctimas en el silencio de la noche.

Al mismo tiempo las asambleas seccionales en las que no dominaban los jacobinos, fuéron encargadas de velar á fin de que los ciudadanos pa-

cíficos no recibiesen ningun daño; y se arrestáron á algunos de los motores mas criminales de la conspiracion. Entre ellos se hallaban Hébert, sustituto del procurador de la municipalidad, Varlet, que sobre una silla á la puerta de la sala de las sesiones de la convencion ó en el jardin de las Tullerías, decia: "Se han guillotinado bastantes cocineros y cocheros, y lo que nos falta que hacer ahora, es, cortar cabezas convencionales, el pueblo no se deshonra quando se sirve de verdugos", y Dopsent presidente de la seccion de la ciudad, que responsable personalmente por un decreto de la convencion de todo acuerdo contrario á las leyes consignado en los registros de la seccion, se habia atrevido en vez de presentarlos como se le mandaba, á proferir las palabras mas injuriosas contra la representacion nacional.

Estas medidas, las únicas que pudiéron tomarse en aquellas circunstancias, contuviéron la execucion del

complot contra los diputados que debian ser asesinados, pero sucedió lo que debia suceder, no habiéndose destruido del todo á los anarquistas, pues estos inscribiéron en el número de los proscriptos á los miembros de la comision de los Doce.

No trazaré aquí el quadro espantoso de las escenas atroces que ofrece la historia en los últimos dias del mes de mayo, las sesiones tumultuarias y alarmantes de la convencion, ni la excesiva audacia con la qual los conspiradores y sus satélites ciegos ó imbéciles holláron los principios mas universalmente reconocidos por todas las naciones civilizadas. Este quadro es superior á mis fuerzas. En él se veria á los partidarios de Hébert y de Dopsent atravesar la sala de la convencion llevando por pendon un gorro de color de sangre, y arrastrando en pos de sí la declaracion de los derechos imprescriptibles é inalienables del hombre envueltos en un paño lúgubre; al recinto de la convencion lleno de hom-

bres armados que tomaban una parte activa en las deliberaciones que ellos dictaban; á los miembros de la comision de los Doce insultados y denunciados por haber cumplido escrupulosamente el encargo que les habia dado la convencion; al relator de esta comision pidiendo en vano la palabra para justificar la conducta de sus cólegas, y ofrecer á los mas incrédulos las pruebas de las maquinaciones mas exêcrables é inauditas, luchando en la tribuna por espacio de seis horas contra los gritos interesados de los traydores, á quienes iba á quitar la máscara, contra los alaridos, murmullos y voces de los que ocupaban las galerías y estaban pagados por los anarquistas. En vano ofrecia su cabeza en garantía de la verdad, pues jamás pudo pronunciar dos palabras seguidas; y quando al fin renunciando la manifestacion de su relato pidió que se le oyese la lectura de una pieza capaz de ilustrar por sí sola á la convencion, ésta desecha la clari-

dad é ilustracion que se la ofrece.

La comision de los Doce no hay duda que contaba en el número de sus miembros hombres intrépidos que pensaban, en vez de ceder á los clamores de los jacobinos que pedian con denuestos y amenazas la libertad de Dopsent y del *padre Duchesne*, arrestar á los otros principales conjurados, y no dexaban de asegurar á sus cólegas que este acto de rigor impondria á los facciosos, que atemorizados no pensarian cada uno de ellos en adelante mas que en su salud particular: pero por desgracia la mayoría de esta comision era tímida, y habiéndose desechado la opinion de la minoría todo se perdió, puesto que enardecida la montaña por la debilidad de sus adversarios, resolvió hacer que se disolviese la comision de los Doce.

Esta por su parte publicó que iba á suprimirse el tribunal revolucionario por haber llevado á Marat en triunfo al seno del cuerpo legislativo, y

que se instalaria otro encargado de formar el proceso á los principales montañeses, como fautores de las matanzas del 2 de setiembre, y como provocadores de la disolucion de la convencion nacional. Entónces fué quando los jacobinos, conociendo el peligro que los rodeabá, resolviéron apellidar en adelante á la comision de los Doce en la municipalidad, en el antro-jacobino, y en las secciones los decemviros ó junta Decem-viral; y con esta palabra que sublevó hace dos mil años al pueblo de Roma, sublevároñ tambien al populacho de París. Los miembros de esta comision fuéron poco despues declarados en estado de acusacion, y conducidos al cadalso sin ser oidos. No, los tiranos mas feroces, el asesino atroz que amenaza con el puñal el seno de su víctima, el tígre que asegura su presa palpitante baxo sus impertérritas garras, no nos presentan un emblema mas sanguinario y escandaloso, ni una crueldad mas inaudita: la comision fué des-

truida por un decreto del cuerpo legislativo el 27 de mayo á instancia de los jacobinos, que jamás permitiéron á Rabaut-Saint-Etienne ni á sus cólegas que se justificasen en la tribuna de la convencion.

No faltan escritores franceses, principalmente los jacobinos exâltados, que pretenden disculpar á la convencion de este decreto vergonzoso expedido contra la comision de los Doce, á quien por el temor de que no descubriese sus atentados jamás la permitiéron que se justificase. Pero lo que no tiene duda, y está contextado por los escritores de todos los partidos, es, que al dia siguiente 28 el decreto fué presentado á la votacion nominal, y obtuvo una gran mayoría. La montaña entónces no guardó miramiento alguno, y sus rugidos empezáron á oirse de nuevo: "Despues de haber probado, exclamó Danton, que nosotros sobrepujamos á nuestros enemigos en prudencia, no tardarémos en probar que nuestra audacia y nues-

tro valor revolucionario es superior al suyo." Los hombres de bien que abrigaba la convencion y formaban su mayoría, débiles y tímidos en medio de su triunfo, capituláron de miedo con los republicanos, ó creyendo quizá de buena fé que con esta conducta alejarian de sus cabezas la insurreccion con que les amenazaban; y Boyer-Fonfréde, haciendo decretar á la convencion la libertad de Dopsent, de Hébert y de sus cómplices, no hizo mas que preparar la catástrofe del 2 de junio.

De repente Robespierre desapareció de la sala de la convencion, como lo habia hecho la víspera del 10 de agosto. Marat y Danton no se presentaban en ella mas que á intervalos, y despues se supo que reunidos en secreto en Charenton, meditaban las circunstancias de la explosion que se preparaba.

Libre Hébert de su prision lleva á la municipalidad sus gritos de venganza y de insurreccion; Dopsent y

Varlet se presentan en el conciliábulo insurreccional del palacio Arzobispal, que se refuerza con los mas viles y crueles facinerosos; d'Henrriot, cubierto de vergüenza por sus antiguas estafas y los asesinatos de setiembre, en medio de los quales se le vió beber repetidas veces la sangre de sus víctimas á la salud de la nacion; de Maillard, *juez soberano* de setiembre, segun el título que tomó en los actos que firmó de su mano para que se asesinasen las víctimas detenidas en las cárceles; y de Fournier, asesino de los presos de la ciudad de Orléans. No creyendo suficiente este refuerzo, llamáron en su auxîlio á los orleanistas, á los jacobinos y á los miembros de las juntas revolucionarias, y entónces se declaráron *representantes del pueblo soberano* y los *órganos de la insurreccion.*

Los jacobinos árbitros de las autoridades constituidas de París pretendiéron neutralizar por la impostura ó por la violencia las fuerzas que

podian resistirles aún, y hé aquí como estos medios se pusiéron en práctica en dos ocasiones bien diferentes.

El 27 de mayo Raffet, comandante del batallon de la Butte-des-Moulins, habia sido requerido por el estado mayor para que formase con su reserva una ala sobre una escalera que servia de paso á los diputados para entrar en la convencion. Se hallaba á la cabeza de su tropa y en el puesto indicado, quando Marat se presentó á preguntarle, qué era lo que hacia allí. Raffet responde que él executa las órdenes que ha recibido. Marat le manda que se retire: Raffet le hace observar que no puede abandonar su puesto si no en virtud de las órdenes de aquellos que le han colocado en él. Durante este diálogo Marat le habia aplicado una pistola á las sienes, y le tuvo en esta situacion penosa por espacio de diez minutos sin que la amenaza hiciese la menor impresion en un hombre valiente que conocia perfectamente la extension de

su deber. Raffet se presentó en la barra de la convencion á dar cuenta de su conducta; el cuerpo legislativo le tributó los dignos elogios á que se habia hecho acreedor, pero no quiso, ó no se atrevió á castigar el atentado de que Marat se habia hecho culpable.

El segundo hecho relativo á este negocio es mucho mas atroz aún. En 31 de mayo Raffet habia recibido órden de situar su batallon en el jardin de la casa del ciudadano *Igualdad* (*Palacio real*). Bien pronto una fuerza armada compuesta de veinte y cinco mil hombres que arrastraba tras sí nueve piezas de artillería cargadas á metralla, rodeó aquel paseo público. A los habitantes de los arrabales de S. Antonio y de S. Marcelo se les habia dicho para alarmarlos, que el batallon de la Butte-des-Moulins mandado por Raffet atrincherado en el Palacio real, habia enarbolado la escarapela y la bandera blanca, y proclamado la dignidad real. Esta ca-

lumnia iba á encender la guerra civil en París segun lo deseaban los conspiradores; pero contra sus esperanzas el error fué conocido por los habitantes de los arrabales, que viendo á sus camaradas con la escarapela tricolor, se llegan á ellos, se explican recíprocamente, y desvaneciéndose sus sospechas se abrazan con la mayor fraternidad.

La *Sociedad-madre* acababa de saber que la ciudad de Leon habia expelido de su seno á la municipalidad jacobina, y que la de Burdéos se manifestaba abiertamente contra los *bebedores de sangre*. Moïse Bayle, enviado á Marsella para dirigir las operaciones relativas á la defensa de las fronteras en vez de evacuar su mision, habiéndose rodeado de los intrigantes y del populacho y canalla mas vil, se empleaba por pasatiempo en revolucionar á esta ciudad floreciente. Sus petulantes habitantes, á quienes el terror no habia todavía comprimido, se presentan en sus secciones, se apode-

ran de los poderes, y crean un tribunal extraordinario para sentenciar á aquellos que quisiesen desorganizarlos, sin guardar ningun miramiento con los comisarios de la convencion. Se introducen en sus casas con el silencio de la noche, registran sus papeles, y les dan la órden de que se retiren á Leon. Todas estas noticias hiciéron comprender á los anarquistas de París que no podian salvar sus vidas sin el arrojo de un golpe de desesperacion, y sin esperar á que la convencion les entregase los principales apoyos de la república baxo la peticion de un corto número de facinerosos (que en todas las insurrecciones tomaban la denominacion de *Pueblo de París*), pues era necesario recurrir á la fuerza armada.

Para consolidar una insurreccion espantosa necesitaban los facciosos de la Francia el apoyo de la municipalidad de París, y como exîstía un proyecto para destruirla repentinamente: la primera medida de los conjurados fué

la de poner á este cuerpo fuera de la dependencia de la convencion.

En el órden de un gobierno regular un ayuntamiento es un cuerpo subalterno de administracion que no puede excederse en sus funciones sin exponerse á ser castigado por las autoridades superiores ; pero no sucede lo mismo en un gobierno anárquico ó revolucionario en el que, y en un movimiento de insurreccion, el pueblo es impelido á retener en sus manos el exercicio efectivo de la soberanía. Las leyes enmudecen, los recursos del gobierno se obstruyen, y el pueblo que se gobierna por sí mismo, crea quantas instituciones juzga útiles á sus intereses. Si en este momento forma un cuerpo municipal que califica de revolucionario, el resultado de esta operacion será la de concentrar en este cuerpo la plenitud de la autoridad soberana. Estos nuevos magistrados revestidos del poder supremo obrarán á su gusto á nombre del bien del pueblo, y algunas veces contra él, sin

consideracion á las leyes anteriores, ni á las demas autoridades suspendidas de hecho. Nada puede contener al magistrado revolucionario, pues depositario inmediato de la autoridad del pueblo goza de un poder que nada puede balancear ni contrastar.

No es mi ámimo juzgar ni discutir sobre el mérito de esta doctrina, ni exâminaré tampoco si una capital puede obrar sin mision para ello á nombre de los demas pueblos del imperio, ni los trastornos que pudiéron producir las medidas que hubieran debido tomar los departamentos para contrariar las del de París; diré solo que los conspiradores se habian apoderado de la fuerza armada y de todas las rentas del estado, y estas dos llaves en todos tiempos y en todos los paises han arreglado la mayor parte de los derechos; que consiguiente á este principio los facciosos resolviéron dar á la municipalidad un poder revolucionario, que no solo la pusiese fuera de la dependencia de la convencion, sino que la

hiciese el instrumento principal de sus deseos criminales.

La reunion de los votos de las secciones de París era muy necesaria para conseguir esta operacion; pero de una parte se temia á la masa del pueblo, el qual daba á entender la ninguna confianza que tenia en los individuos del cuerpo municipal desde el 10 de agosto del año anterior; y de la otra se necesitaba el mayor secreto, por lo que tomáron aquellas medidas que presentaban ménos dificultades que vencer.

La asamblea de la seccion de la Ciudad se declaró en sesion permanente luego que Dopsent que la presidia, y uno de sus secretarios, fuéron arrestados de órden de la comision de los Doce. Las sesiones se tenian en el mismo sitio en que se congregaban los que hasta entónces habian dirigido el movimiento revolucionario. Es digno de observarse que entre estos se hallaban los quarenta y ocho presidentes de las secciones, quarenta y ocho miembros de las juntas revolucionarias, y

casi todos los electores de París, lo que dió á esta reunion alguna semejanza y apariencia á la cámara de los comunes de Inglaterra quando se reune para salvar la patria. Se obligó á las secciones á que enviasen á ella comisarios con el pretexto de dar aviso acerca de las medidas que exîgian las circunstancias, los quales con efecto se presentáron el 31 de mayo, enviados por el mayor número de las secciones.

A la entrada de la noche se presentó Hébert en la asamblea para anunciarla que el consejo general de la municipalidad habia decretado se presentase en la convencion para pedirla que todos los miembros de la junta de los Doce fuesen entregados al tribunal revolucionario: esta noticia fué recibida con muchos vivas y aplausos. Dopsent y Hébert acaloraban con sus discursos fogosos á unos hombres cuya imaginacion se hallaba ya muy exâltada; así que concluyéron con destruir y anular a la una de la noche al cuerpo

municipal, lo recreáron baxo el titulo de *Municipalidad revolucionaria*, y nombráron á Henrriot comandante provisional de la guardia nacional en lugar de Santerre, que acababa de salir para la Vendée. En el libro siguiente voy á describir el resultado de la influencia de los facciosos anarquistas, y las operaciones del nuevo cuerpo municipal revolucionario.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO.

Jornada del 31 de mayo. Sesiones de la convencion del 1 y 2 de junio. Discurso de Lanjuínais. La junta de insurreccion es admitida á la barra de la convencion, y presenta sus listas de proscripcion. Conducta que observa el cuerpo legislativo. Sitio de la convencion por las tropas al mando de Henrriot. Paseo de los miembros de la convencion por el jardin de las Tullerías. Decreto contra los diputados proscriptos por los jacobinos. Resultas de la jornada del 2 de junio.

Es indudable que las facciones demasiado empeñadas en destruirse mútuamente, no conocian la fuerza de las armas que prestaban á sus adversarios, ni podian tener otra cosa comun mas que la hipocresía, ni otra tan durable sino el ódio que se pro-

fesaban. Si los anarquistas con sus miradas feroces y sus brazos ensangrentados no articulaban otros gritos que de pillage y de exterminacion, no viendo en todas partes mas qne enemigos que combatir, conspiraciones que reprimir, y amotinados que castigar, alimentándose continuamente con un tumulto inquieto y amenazador, á la verdad que ofrecian disposiciones bien poco *regenerativas* como denominaban entónces á todas sus operaciones revolucionarias. Sus enemigos revestidos aún de las armas con que habian asaltado el 10 de agosto el palacio de las Tullerías, declamaban en nombre de la justicia y de la humanidad contra una impunidad que ellos mismos habian consagrado en favor de los asesinos de Aviñon: reclamaban en nombre de la seguridad personal contra el poder arbitrario de una municipalidad que la habia recibido de ellos mismos. Los unos caminaban con la cabeza erguida ácia la invasion de todos los bienes

y de todos los poderes; los otros dexaban entreveer que caminaban ácia el mismo fin por vias mas obliquas y tortuosas, de suerte que se hubiera podido decir, que no aspiraban á la palma de la moderacion, sino porque habian desconfiado obtener la de la energía. Algunas veces celosos ó envidiosos de la popularidad de sus rivales, les robaban la iniciativa de sus medidas mas atroces.

Hallándose los ánimos en esta disposicion, el 31 de mayo á las quatro de la madrugada resonó la trompeta en la iglesia de nuestra Señora. Bien pronto se oye tambien este son terrible en la casa de la municipalidad y en los campanarios de todas las parroquias. La generala se tocó en los principales quarteles, el cañonazo de alarma se tiró en el puente nuevo, y las barreras de París se cerráron. Los hombres y las mugeres saltan de sus casas temiendo que un incendio general abrasaba la capital; se preguntan sobre las causas de un alarma tan repentina y extraordinaria; todos lo ignoran ex-

cepto los conspiradores y agentes inmediatos. No tardáron mucho en presentarse armados en los cuerpos de guardia: allí era donde todo ciudadano sabía sin quererlo que estaba en estado de insurreccionarse. Desde las seis de la mañana se hallaban reunidos los diputados en la convencion: su primera operacion fué pedir á las autoridades constituidas que se presentasen á dar cuenta del movimiento extraordinario que se manifestaba; pero la eficacia y ardor con que obraban, era la que habian calculado los conspiradores: mas de cien mil hombres armados rodeaban el palacio de las Tullerías: la masa del pueblo (que no debe desear mas que la tranquilidad publica y el bien general, todas las veces que no esté extraviada por una pasion violenta que no ha tenido tiempo de provocar) protestaba altamente, que léjos de sufrir que se hiciese el menor mal á la representacion nacional, no se habia armado con otro objeto que el de defenderla. Esta disposicion inesperada en

los ánimos embarazaba á los conspiradores.

Por otra parte la expedicion debia empezar por desarmar el batallon de la Butte-des-Moulins que hacia mucho tiempo inquietaba á los jacobinos, y que por esta razon le acusaban de realista. Terminada esta operacion, los asesinos hubieran publicado que los brissotinos eran la causa del asesinato de aquel batallon, y que ellos en fin eran los que habian hecho tomar la cucarda blanca á los camaradas que se habian visto precisados á castigar; con lo qual obtendrian sin dificultad alguna el decreto de acusacion contra aquéllos.

Las cosas no saliéron este dia como los jacobinos lo habian proyectado. Los habitantes del arrabal de San Antonio se introduxéron en los jardines del palacio real, en donde estaba el batallon de la Butte-des-Moulins; pero ¡quál fué su admiracion quando viéron en todos sus sombreros la cucarda nacional, y que hiciéron resonar el ayre con el grito unánime de

viva la república. Así es que en vez de batirse se abrazáron, y la sangrienta catástrofe que esperaban los jacobinos se desvaneció. Entretanto el corregidor Páche á la cabeza de una diputacion de municipales se presentó en la barra de la convencion para noticiar los acontecimientos que se notaban en París, declarando que todos sus habitantes se habian insurreccionado, pero que la convencion sería respetada por los hombres libres, que no querian otra cosa que la reforma de los abusos que se habian introducido. Entre otras cosas pidió la tasa del precio del pan á tres sueldos la libra en toda la extension de la república; que se despidiesen todos los nobles que ocupaban empleos; la prision de los ministros Lebrun y Claviére; la formacion de un exército revolucionario de *sans-culottes* con el prest de quarenta sueldos diarios hasta el fin de la revolucion; el establecimiento de un gran número de talleres destinados á la fabricacion de

todas armas para los mismos; que se enviasen comisarios á Marsella y demas departamentos del Mediodía para estrechar los lazos de la fraternidad, y hacer que enviasen fuerzas á París en socorro de los patriotas oprimidos. Tambien pidió la renovacion de la administracion de los asignados y de las postas.

Mientras que estas peticiones eran el objeto de la discusion mas tempestuosa, los autores de la insurreccion instruidos de que el proyecto de hacer asesinar á los ciudadanos armados del palacio real no habia tenido lugar, se creyéron perdidos. Marat ignoraba esta particularidad quando durante las oscilaciones de la sesion aseguraba que para salvar al pueblo era menester dar á la república un gefe. Sus cómplices mejor instruidos sofocáron su voz, pues el instante no habia llegado aún.

La convencion nacional para calmar los ánimos habia mandado establecer un gran número de fábricas de armas, y concedido un prest de qua-

renta sueldos á los sans-culottes quando estuviesen de servicio. Desesperado Marat, corre á la municipalidad, arenga al pueblo en las calles, exhorta á sus adictos á que tomen medidas violentas. "Pueblo soberano, decia, no desampares la barra de la convencion sin haber obtenido una respuesta cierta y terminante á tus peticiones, despues de la qual te conducirás segun la necesidad y tus intereses lo exîjan."

Los conspiradores temiéron entónces que el pueblo volviese contra ellos sus armas, y á las ocho de la noche intentáron irritar á los ciudadanos, que estaban armados alrededor de la convencion, ó seducirlos, para lo qual les repartian billetes de cinco libras; y viendo inutilizados sus deseos por la incorruptibilidad de aquella fuerza armada, la licenciáron, y la sesion de la convencion se levantó á las nueve de la noche.

Al dia siguiente la trompeta se volvió á oir, pero fatigados los hombres de la víspera no se apresuráron á co-

ger las armas. Apénas se habia empezado la sesion de la convencion, quando se leyó una memoria dirigida al pueblo frances, como el suceso mas magestuoso de la revolucion. El objeto principal de ella era el de presentar al pueblo la insurreccion como terminada; pero á pesar de esto no tardó en saberse que la municipalidad se habia apoderado de todos los establecimientos públicos, y que en el de postas los comisarios enviados exâminaban todas las cartas ántes de que saliesen para sus destinos, y que se acababa de arrestar á la ciudadana Roland.

En general ésta y las sesiones que se siguiéron hasta 1.° de junio tenian por objeto la discusion de las palabras siguientes que Danton habia dicho á uno de sus cólegas: *Es menester que la montaña ó el pantano hagan su dimision; las cosas no pueden dirigirse por medio del choque continuo de ambos partidos; hemos mandado comparecer á la municipalidad para saber quál de las dos preferirémos.*

El 2 de junio el crímen auxîliado de la debilidad triunfó. Desde la madrugada se oyó la generala, y los ciudadanos armados se encamináron á las plazas y calles principales en donde acostumbraban reunirse.

La direccion de la fuerza armada estaba encargada al jacobino Henrriot, nombrado el 31 de mayo por los conjurados comandante de la guardia nacional de París. Este hombre que habia sido lacayo, despues contrabandista, y últimamente guarda de las entradas de París, y espía de la policía, conocido hacia mucho tiempo por sus infamias privadas, y muchas veces preso por la justicia: empleado en las carnicerías de setiembre, fué el que arrancó el corazon y las entrañas á la princesa de Lamballe, y aseguran que bebió de la sangre de los sacerdotes en S. Fermin. Tambien se señaló entre los verdugos que inmoláron los presos de la ciudad de Orléans en la de Versalles: tales fuéron los servicios que los jacobinos premiáron en él; y Henrriot me-

recio de nuevo su gratitud por los que les hizo en la jornada del 2 de junio.

Cien mil hombres armados con ciento cincuenta cañones servidos por tres mil artilleros, tales eran los aprestos con los quales los jacobinos pretendian dictar leyes á la representacion nacional. En aquellos cien mil hombres habia muchos que ignoraban los proyectos de los jacobinos; pero Henrriot, que los sabia perfectamente, distribuyó los batallones de modo, que aquellos en los que el mayor número de sus individuos eran de aquel partido, los apostó á las inmediaciones del palacio de las Tullerías.

Tres mil *sans-culottes* levantados baxo pretexto de ser empleados en la guerra de la Vendée, tenian sus quarteles en las inmediaciones de París. Les hiciéron venir durante la noche, y los situáron á las puertas de la convencion sin que ésta supiese nada. Fortificado este cuerpo por dos mil jacobinos de los mas entusiastas, ocupaba los patios del palacio alrededor de ocho mil mugeres armadas con puña-

les. Esta reunion estaba separada de la masa de los parisienses. De un lado por el puente levadizo que á la sazon era la plazuela de la Verja, que separa hoy el jardin de las Tullerías de los campos Eliseos, y del otro por una empalizada de madera que separaba el patio del palacio de la plaza de Carroussel.

En medio de esta efervescencia y agitacion tumultuaria, es quando la municipalidad se propuso conseguir, que el pueblo confirmase el nombramiento interino que habia dado á Henrriot de comandante de la guardia nacional de París; mas á pesar de los esfuerzos que hizo al principio, nunca hubiera llegado á conseguirlo, sino hubiera recurrido á hacer la votacion en voz alta.

Los diputados proscriptos se habian reunido en casa de uno de sus cólegas, y esperáron en ella el resultado de la sesion; los otros despreciando á sus enemigos se presentáron en la convencion. La junta de

insurreccion habia ya manifestado su poder por una multitud de decretos arbitrarios, y Jambon-Saint-André sobre asertos los mas inexáctos acababa de obligar al cuerpo legislativo á que aprobase estos actos despóticos, sin que precediese ninguna discusion.

Cerca del medio dia la diputacion de los conjurados, que durante la noche anterior se habia presentado en la barra, pedia que se la introduxese de nuevo para intimar al cuerpo legislativo sus órdenes soberanas. Lanjuínais, uno de los representantes á quienes los montañeses odiaban, despues de haber pedido en vano la palabra para rebatir la mocion de Jambon-Saint-André, insistió para ser oido en un objeto que interesaba á la existencia de toda la representacion nacional. Legendre, Drouet, Meaulle, Levasseur y otros montañeses se reuniéron para hacerle abandonar la tribuna, pero á pesar de sus esfuerzos se mantuvo en ella firme, y habló en los términos siguientes.

"Quando acaban de haceros decretar sin discusion alguna medidas que apellidan revolucionarias, y cuyo análisis prepara la contra-revolucion en varios departamentos, voy á manifestaros los peligros que amenazan á la representacion nacional, y á proponeros los medios que pueden contener los movimientos revolucionarios que hace dos dias se manifiestan en esta capital.

»En tanto que se me permita hablar, no dexaré que mi voz envilezca en mi persona el carácter de representante del pueblo; reclamo sus derechos y libertad... entro pues en el órden. Es notorio hace tres dias, que vuestras deliberaciones carecen de la libertad necesaria, pues estais dominados interior y exteriormente por un poder que se ha elevado á vuestro lado. Este os comprime interiormente por los agentes que paga, y fuera con los cañones con que circuye este recinto que debieran mirar como el santuario de las leyes... Me

consta que en general los habitantes de París odian á los facciosos y á la anarquía, así como que hoy se les ha hecho los instrumentos ciegos de la insurreccion que se prepara.... Los crímenes que la ley castiga con la pena de muerte se han cometido...Una autoridad usurpando los poderes que no tiene, ha disparado el cañon de alarma.

»Algunas circunstancias hiciéron que se cubriesen con un velo oficioso los primeros movimientos, mas al dia siguiente continuó el desórden, y al inmediato empezó de nuevo: ¿y qué es lo que hemos hecho para contener el mal que se aumenta sin cesar....? paliar los crímenes de los facciosos. Una autoridad rival á la vuestra no solo existe, sino que delibera, obra, y continúa el curso de sus conspiraciones que suspendió la noche anterior."

Al llegar aquí Lanjuinais, un murmullo general suscitado por aquellos que se veian próximos á aparecer como criminales ante sus mismos cóle-

gas, y que temian ser descubiertos á la faz de toda la convencion, hiciéron los mayores esfuerzos para impedir que siguiese; pero alzando con mas fuerza la voz, el orador continuó así:

"Legisladores, no ignorais las maniobras odiosas que han empleado los anarquistas para armar á los ciudadanos los unos contra los otros. Las comisiones revolucionarias de las secciones á las que una ley reciente las manda volver a entrar en el instituto de su creacion, extensiva solo á velar sobre la conducta y operaciones de los extrangeros, hacen arrestar á un gran número de individuos domiciliados en Paris. El comandante interino de la guardia nacional nombrado por un cuerpo rival al vuestro continúa sus funciones y dá sus órdenes. Las cartas se han abierto violándose así el secreto sacrosanto de la correspondencia, y aún no se ha reformado este escandaloso abuso.

»La comision de insurreccion reproduce una peticion que habeis de-

clarado calumniosa, despues de una larga discusion, y casi por una unanimidad de votos; ¿y vosotros habeis tenido la debilidad de enviar esta misma peticion á la Junta de salud pública, con el objeto de que os informe de la conducta de los diputados que han proscripto vuestros enemigos? ¿Juzgais en esta crítica circunstancia (mas terrible aún por asestaros los cañones por todas partes) que podria haber lugar á deliberar sobre el nuevo relato de las imputaciones que habeis juzgado calumniosas quando estabais en plena libertad?....

»Oigo que se me acusa de que denigro á Paris. Pero es bien se sepa que yo conozco y sé que París es justo, que París es bueno, y que París es sabio; empero que París está oprimido por los tiranos sedientos de sangre de oro, y de dominacion....

»Pido pues, que todas las autoridades denominadas revolucionarias de París, y particularmente la asamblea del Arzobispado y la comision executiva nom-

brada por ella, sean destruidas inmediatamente, y cancelados todos los actos y decretos expedidos por ellas de tres dias á esta parte. Pido asímismo que la Junta de salud pública os dé cuenta de la execucion del decreto que expidais con este motivo. Y en fin pido, que todos aquellos que en adelante se abroguen una facultad no conocida por la ley, sean puestos por el hecho mismo fuera de ella, á fin de que todo ciudadano tenga derecho de prenderlos y encarcelarlos inmediatamente."

Este discurso fué pronunciado en medio de las agitaciones mas violentas. Varias veces el orador fué interrumpido por los gritos y silvidos de la montaña y de las galerías. Legendre le habia amenazado muchas veces de que le arrojaria de la tribuna si no se apresuraba á baxar de ella, y Drouet quiso quitarle la tapa de los sesos de un pistoletazo. El tumulto se aumentó tanto que Mallarmé que presidía se vió precisado á cubrirse, y la

tranquilidad no se restableció en la asamblea sino por una observacion que hiciéron varios montañeses relativa á que las frases de Lanjuinais no contendrian el rayo que iba a descargar sobre su cabeza.

El orador de la junta de insurreccion estaba en la barra, la torpeza de su lengua correspondia á la atrocidad de sus proposiciones. "Delegados del pueblo, dixo desde ella, los parisienses hace quatro dias que no han dexado las armas de la mano. Reclaman de nuevo cerca de sus mandatarios sus derechos indignamente hollados, y despues de quatro dias estos mandatarios nada han hecho para satisfacerlos sino mostrar la iniciativa de su impasibilidad. La antorcha de la libertad se ha amortiguado; las columnas de la igualdad se han desquiciado, y los contrarevolucionarios levantan con audacia é insolencia la cabeza erguida: Que tiemblen, pues la pólvora va á efectuar su explosion y á disiparlos en el viento qual si fueran menudos granos de arena.

»Los crímenes cometidos por los facciosos de la convencion son públicos, y nosotros venimos por última vez á denunciároslos: decretad al instante que son indignos de la confianza pública: arrestadlos provisionalmente, y nosotros respondemos con nuestras cabezas de sus personas á sus respectivos departamentos. El pueblo está ya cansado de diferir su felicidad, pero aún la dexa por un instante en vuestras manos: salvadle, ó nosotros os declaramos en su nombre que él por sí mismo se salvará.”

No hablaré de los ruidosos y convulsivos aplausos con que la montaña y las galerías llenas de los verdugos de setiembre recibiéron esta arenga, ni de la respuesta concertada y enérgica que dió el presidente; pero ni aún sé cómo trazar la horrible escena que este discurso preparó.

Villaud Varennes y Tallien habian pedido que se remitiese esta peticion á la Junta de salud pública, declarando sesion permanente hasta que ésta pre-

sentase su relato. Se empezaba á discutir esta proposicion, quando las galerías exîgiéron que inmediatamente se realizase su deseo feroz. Los gritos, las voces descompasadas, y los aiaridos mas horribles resonaban en el recinto del cuerpo legislativo; pero la asamblea no cedió á este primer movimiento de terror, y se pasó á la discusion del dia, despues de haber expedido un decreto mandando á la Junta de salud pública que hiciese un relato sobre todos estos objetos de allí á tres dias.

La discusion del dia, gritó Legendre, *es la de salvar la patria.* Esto no era mas que reproducir lo que habia dicho pocos dias ántes, aunque en sentido inverso, porque queriendo impedir que no se discutiesen algunos artículos constitucionales capaces de contener á los facciosos, habia exclamado quando la convencion pasaba á la discusion del dia, *la discusion del dia es la de disparar el cañonazo de alarma.*

Apénas se habia expedido el decreto, quando los peticionarios se pre-

cipitan de la montaña, en la qual se habian sentado durante la discu ion. Unos desenvaynan los sables, y ct os empiezan á gritar con todas sus fuerzas: *Pueblo, acabas de ser vendido; volemos juntos para salvar la patria.* Salen de la sala convencional profiriendo las amenazas mas sanguinarias y atroces, las galerías se levantan y le siguen, haciendo resonar el ayre con los gritos mas espantosos, en medio de los quales los unos amenazan á los representantes del pueblo con que van á arrojarse en medio de ellos, y asesinar á los proscriptos en la asamblea misma, á tiempo que los otros embarazan todas las salidas de la sala.

Los emisarios de la *Sociedad-madre* introduciéndose en los corrillos de los amotinados, publicaban que los traydores, los Catilinas de la convencion, aquellos que tenian inteligencias criminales con los austriacos, ingleses y sediciosos de la Vendée, viéndose descubiertos, procuraban escaparse. Inmediatamente se dá y se executa la

órden de cargar las armas: el batallon jacobino con bayoneta calada se precipita á paso de carga ácia la sala de la convencion, y ocupa todas las avenidas auxîliado de las mugeres revolucionarias. Esta tropa de furias venia de prestar en las manos de Marat el juramento, no solo de no dexar salir á ningun diputado de la sala de la convencion, sino de degollar allí mismo á aquellos que ellas llamaban los enemigos del pueblo (1).

(1) El representante del pueblo Deverité quiso salir, pero fué detenido por una muger inflamada de cólera que lo detuvo asiéndolo del cuello. Esta, á pesar de su furor, se puso pálida y empezó á temblar, pues conoció que aquel á quien tenia agarrado era un ciudadano de su departamento, á quien ella debia algunas obligaciones. Habiéndola conocido el representante tambien — Hé, la dixo con enfado, que oficio tan villano exerces. — Cada uno gana su vida como puede, le respondió ella. — Pero á lo ménos déxame salir. Ella reunió entónces un grupo de mugeres y le colocó en medio. Ya habian pasado dos puestos ocupados por los faccionarios, quando el tercero detuvo al diputado y le obligó á entrar gritando *aquí no hay amigos que val-*

Los diputados que intentan salír precisados á ello por algunas necesidades corporales son rechazados á lo interior de la sala con violencia, y aún apaleados, y muchos se volviéron á sus asientos con los vestidos hechos girones. Aquellos á quienes la curiosidad hacia que se acercasen á las ventanas, eran repelidos de ellas por los amotinados.

El decreto expedido por la mayoría para continuar la sesion del dia an-

gan. Habiendo vuelto Deverité á la sala de la convencion se presentó en otra puerta, en la que encontró á Chasles, Bazire y otros montañeses que hablaban de varias cosas. — ¿Estamos presos? preguntó Deverité. — Bueno, los facinerosos del lado derecho son los que dicen eso, todo el mundo sale y tú vas á verlo. Deverité se agarró al brazo de Chasles, y aunque fuéron detenidos por un grupo de mugeres, Chasles las separó manifestando una señal encarnada que llevaba en el bolsillo. Esta señal fué presentada tres veces con el mismo éxito, y así es como se vió libre y fuera del cordon de la fuerza armada. Lo que prueba que la minoria de la convencion exercia su despotismo auxiliada de la fuerza armada sobre la mayoría.

*

terior no exîstía ya, habia sido derogado por la violencia: las galerías son las que hacen la ley, ellas mandan que discutan ó mas bien que decreten sin discusion la voluntad suprema de la municipalidad revolucionaria de París.

Barére, órgano de la junta de salud pública, se presenta en la tribuna, y anuncia desde ella que la inquietud nacional se ha manifestado en París y en los departamentos con respecto á varios diputados. Apela á su conciencia y á su generosidad porque no se atreve á imputarles el menor delito. Sabe muy bien que sus principios animosos y su odio manifestado en todo reencuentro á toda clase de tiranía, son las causas verdaderas de su honrosa proscripcion, y hasta su boca rehusa pronunciar que han perdido la confianza de la nacion. " Aquellos que parece han perdido esta confianza, dixo, hagan por sí mismos el sacrificio de la dimision de sus poderes...... Esta no es una medida penal.... Nuevo Curcio abro, á mi pesar, el abismo del qual debe salir

la salud de la república. La suspension de vuestros poderes, esto es lo que la patria os pide; la convencion os done baxo la salvaguardia de la ley."

Gaudet, Verniaud, Gensonné, Buzot, Salles, Brissot y Pétion estaban ausentes: Isnard, Fauchet, Lanthenas y Dussaux consintiéron generosamente en hacer el sacrificio de sus poderes á la tranquilidad pública. Barbaroux en un discurso verboso protextó estaba pronto á sacrificarse por la salud de su patria. "Pronunciad conciudadanos, decia, pronunciad que mi suspension es necesaria y yo obedeceré: conviene el sacrificio de mi vida para la salud pública, decrétese y moriré gustoso. Porque ¿cómo he de deponer por mí mismo los poderes que el pueblo me ha confiado? ¿Cómo podré creer que soy sospechoso á mis comitentes quando recibo todos los dias de mi departamento, de otros treinta, y de mas de cien sociedades los testimonios de reconocimiento que me con-

suelan y me hacen olvidar en parte la amargura que recibo aquí todos los dias? No, no espereis de mí ninguna dimision: he jurado morir si es necesario en mi puesto, y cumpliré mi juramento."

Se vió á Marat, Chabot, Billaut-Varennes, Legendre y Tallien oponerse con furor á esta proposicion conciliatoria. Los conspiradores no se contentaban con la desercion de todos los proscriptos, pues la efusion de su sangre era la única que podia amortiguar la rabia de los jacobinos. Indignado Lanjuinais se adelanta de nuevo á la tribuna, pero los silvidos le persiguen: Legendre se atreve á golpearle, pero al fin obtiene el orador el silencio necesario, y no le debe quizá mas que á la curiosidad de los unos y á la debilidad y cansancio de los otros, y sobre todo á su obstinacion pertinaz.

"Si hasta ahora he manifestado algun valor, lo he puesto en mi ardiente amor á mi patria; yo seré fiel á estos mismos sentimientos, así que no

espereis jamás de mí que consienta en que mis poderes queden suspendidos en mis manos. He dicho á todos quantos acaban de insultar á Barbaroux, *que la antigüedad vió coronar de flores y de cintas á las víctimas que se conducian al altar; pero los sacerdotes que las inmolaban, no las insultaban.*

„La convencion está sitiada por un número considerable de tropa armada, los cañones están asestados contra ella.... consignas criminales os detienen á vuestro pesar en este recinto. Se os ultraja en virtud de un edicto de la junta revolucionaria, y se os insulta, por todo lo que, ni yo estoy libre para hacer una dimision, ni vosotros lo estais para aceptarla legítimamente.....

„Aun tengo la facultad de poder producirme, y me aprovecharé de ella para daros un consejo digno de vosotros... Atreveos á manejar con vigor y energía el cetro de la ley depositado en vuestras manos... destruid las autoridades rebeldes, y no anunciareis en

vano la voluntad nacional.... prohibid á todos que las obedezcan, decretad, y los facciosos serán abandonados.... si no teneis el valor necesario para hacer esto, contad con que en breve vá á yacer anonadada la libertad.... Veo ya á mi pesar encendida la guerra civil en la Vendée, extender por todas partes la desolacion, y dividir á la Francia en pequeños estados.... y á la tiranía abanzándose sobre montones de ruinas y de cadaveres, disiparos sucesivamente á los unos despues de los otros, y trastornar la repúbica...."

Este dircurso habia hecho una impresion muy profunda en los miembros de la convencion por las circunstancias particulares que le acompañaban. El jacobino Lacroix acababa de ser insultado por los faccionarios. Algunos montañeses sospechaban que la municipalidad de París podia abrigar los proyectos mas siniestros: que, poco satisfecha con la destruccion de los girondinos, intentaba anonadar quizá al cuerpo legislativo para ocupar su lu-

gar, pues no era la primera vez que habia manifestado este proyecto ambicioso.

Fomentándose esta sospecha por todas partes, se empezó á pedir la cabeza de Henrriot. Habiendo sido requerido el comandante del pueblo para que se presentase en la barra, respondió á las preguntas que se le hiciéron que léjos de haber dado la consigna de que se quejaban los representantes, él mismo y sus tropas habian sido consignados por varias gentes disfrazadas que se habian apoderado de sus puestos. La division que se interpuso entre los jacobinos, rompió su complot que no estaba sostenido mas que en un hilo. Danton gritaba que la magestad nacional era ultrajada: Cambon reprochaba á los maratistas su rabia furiosa y la sed inalterable que tenian de la sangre de sus cólegas; y Barére decia desde la tribuna: "Un gran crímen se consuma por la municipalidad y su junta central.... Se distribuye actualmente á las

tropas que nos sitian municiones, vino y asignados... Nos hallamos presos en este recinto... los esclavos no tienen derecho de hacer las leyes, y la Francia toda rechazaria las que nosotros expidiésemos en medio de las bayonetas."

Mientras que Barére hablaba, los gefes de los jacobinos manifestaban la viva inquietud que los alarmaba: no ignoraban que un nada subleva al pueblo, y que un nada lo apacigua. Se veía á Marat agitarse, entrar, salir y dar órdenes á los ayudantes de campo d'Henrriot, y á Robespierre con la fiebre del espanto, pues estaba perdido si sucumbia en esta ocasion (1).

(1) Lacroix confesó en el tribunal revolucionario la víspera de su sentencia, que su proyecto del 31 de mayo habia sido el de extirpar de la convencion, no solo á los veinte y dos, sino á todos los diputados que habian votado por la apelacion al pueblo en nombre de los trescientos. Esta confesion no es mas que una repeticion de lo que Marat y sus sequaces decian sin cesar; á saber, que la montaña era la única que debia formar la convencion nacional.

En medio de este tumulto la convencion destruyó por un decreto la órden que impedia á los diputados la libre salida de la sala de la convencion. Dos uxieres fuéron á significar este decreto á Henrriot que les respondió: "Id, y decid á vuestro presidente y á la convencion nacional, que no reconozco sus ordenes, y que si en el preciso y perentorio término de dos horas no me remite los diputados, cuyas cabezas pide el pueblo, voy á allanar el palacio de las Tullerías."

Esta medida no debia calmar los ánimos, pero lo que debe suceder no es siempre lo que sucede; así es que, hora sea que los jacobinos temiesen ser

Tambien el español Guzman, uno de los miembros de la junta central, declaró que el movimiento revolucionario no se habia dirigido contra tal ó tal parte de la convencion, sino contra toda ella. Pereyra hizo tambien la misma confesion en el tribunal revolucionario, y el ex-regular Chabot (casado como ya he dicho con la austriaca Frey) convino al tiempo de morir, en que la jornada del 2 de junio habia sido dirigida por las potencias coaligadas contra la Francia.

oprimidos por la municipalidad, hora hubiesen recibido nuevas luces que los confirmase en su opinion, ó por qualquiera otra razon que no he podido descubrir, de repente todos los montañeses se reunen y no forman mas que una opinion. La persecucion d'Henrriot y de la municipalidad de París se abandonó, y Danton para dar nuevo colorido á las cosas, propuso que se suspendiese la sesion, y que la asamblea saliese en cuerpo para cerciorarse por sí misma de si las tropas que la rodeaban estaban destinadas á violentarla ó á defenderla.

Todos obedecen á esta impulsion, y Hérault de Séchelles, que presidia, se marchó acompañado de los diputados del lado derecho. Llegados á la puerta de la sala los que iban los últimos, advirtiéron que los montañeses no se habian levantado de sus asientos. La sospecha se apoderó de sus ánimos, y se pararon hasta que los montañeses subalternos, que quizá no estaban iniciados en el secreto de

aquel dia, hiciéron levantar y arrastráron tras sí á la mayor parte de sus camaradas en despecho de Marat y de Legendre que pretendian retenerlos abiertamente, y á pesar de los clamores de un gran número de mugeres, que asomando la mitad del cuerpo por cima de la varandilla de las galerías les gritaban que no saliesen, no quedó en la montaña mas que un pequeño número de diputados, que sin duda tenian que concertar algunas medidas en secreto.

Las primeras centinelas, luego que leyéron el decreto que les levantaba la consigna, no hiciéron ninguna resistencia. Llegados al zaguan grande del palacio se adelantáron por entre una fila triple de bayonetas hasta enfrente de la plaza de Carroussel. Allí estaban Henrriot y sus ayudantes de campo, ùn destacamento de caballería, y una batería de cañones cargados á metralla. El presidente manda leer el decreto, é intima á la fuerza armada que dexen el paso libre á la

representacion nacional. Henrriot con el sombrero puesto responde: *Yo no conozco mas órden que mi consigna: vosotros no podeis darme aquí órden ninguna: volveos á vuestros puestos, y sin gastar el tiempo entregadme inmediatamente á los criminales cuyas cabezas pide el pueblo.* Los diputados que rodean al presidente insisten en querer pasar: Henrriot dando algunos pasos atrás hace la señal de atencion y grita: *A las armas, artilleros á vuestro puesto.* Los oficiales del estado mayor con sable en mano, empiezan á recorrer las filas de la tropa, y algunos fusileros dan de bofetones á varios miembros de la convencion.

No se puede asegurar si Henrriot quiso solo intimidarla: pero la separacion que se hizo quando la mitad del cuerpo legislativo habia acompañado al presidente hasta la puerta de la sala, sin que los montañeses hubiesen dexado sus asientos, da margen a conjeturar que si el mayor numero de los miembros que tenian asiento en la

montaña no hubiesen dexado la sala convencional, á la amenaza de Henrriot se hubiera seguido el asesinato de la mitad de los representantes del pueblo; pero el temor de confundir á la montaña con el pantano, detuvo el brazo de los asesinos. Por lo demas Hérault de Séchelles en vez de intimidarse á la vista del peligro, dá media vuelta á la izquierda seguido de los diputados, se presentan á la salida del patio de las Tullerías, próxîmo al de las quadras, y experimentan la misma resistencia. Obligada á replegarse la convencion, atraviesa de nuevo el perístilo del palacio nacional, entra en el jardin, y se dirige ácia la puerta del lado del Sena, en donde halla nueva resistencia. Entónces la convencion sigue por el terrazo del Mediodía, y ensaya por la quarta vez su salida por el lado de los campos Eliseos: halla la misma dificultad que en las anteriores, y entónces se convence de que los límites del palacio nacional son los de su prision.

Mientras que el presidente, despues de haber arengado en vano á los soldados que guardaban el puente levadizo se acercaba á la calle grande, vió salir de los bosquecillos inmediatos, y adelantarse precipitadamente ácia el grupo que formaba la convencion, cerca de cien facinerosos vestidos andrajosamente, y que parecian á los forzados escapados de galeras, conducidos por Marat. Todos se adelantáron para conocer el objeto de aquella extraña embajada, quando su gefe señalando con la mano á su escolta y dando á su voz toda la fuerza que le permitian sus pulmones, con un tono amenazador habla en estos términos al cuerpo legislativo: "Mandatarios del pueblo, yo os mando en su nombre que volvais a vuestros puestos y continueis vuestras funciones."

Fué necesario que la convencion se sometiese a las órdenes de este pueblo, y se volviese por entre las bayonetas y las picas al templo, en el que los conspiradores para consumar su

sacrificio, no esperaban mas que á las víctimas señaladas.

Apénas habia entrado la convencion en la sala de sus sesiones, quando las puertas fuéron de nuevo guardadas por los jacobinos y las mugeres revolucionarias. Couthon, reuniendo la ironía al insulto, se atrevió á decir á los representantes: *Ya no tendreis la menor duda de que en la actualidad gozais de la libertad mas ámplia.* Se acabó de cubrir de infamia quando unido con Marat amplió la lista de los proscriptos, y propuso en seguida una órden de arresto contra Pétion, Gensonné, Lanjuínais, Lehardi, Buzot, Chambon, Grange-Neuve, Gorsas, Gaudet, Birotteau, Salles, Rabaut-Saint-Etienne, Barbaroux, Brissot, Lassource, Louvet, Valazé, Lesage, Lidón, Verniaud, Boileau, Gomaire, Gardien, Henri-Lariviére, Bergoing, Kervélégan, Mollevault, Viger, Bertrand-Lhodisniére, Doulcet, Dussault, y los ministros Claviéres y Lebrun.

Levasseur habia subido á la tribuna y desde ella prodigó en un idioma medio bárbaro antes del discurso de Barére las injurias mas groseras que cada uno de los miembros escuchaba con la mayor admiracion.

En vano un gran número de diputados declaraba que no estando libres habian perdido la facultad de opinar, pues el decreto fué puesto á la votacion. El lado derecho pedia la votacion nominal, lisongeándose con que los mas tímidos precisados á manifestar su opinion en voz alta, sobrepujarian su pusilanimidad antes de deshonrarse con una injusticia tan chocante. Pero cediendo ya la mitad de la asamblea, algunos diputados decian á sus inmediatos que despues de todo aquello los proscriptos no podrian permanecer entre ellos, y que las críticas circunstancias en que se hallaban, exîgian aquella condescendencia.

De repente se levanta de su asiento un diputado y grita con resolucion:

vale mas dispensarse de votar, ó morir mil veces, que vender jamás su deber. Esta frase ilustró las opiniones de los diputados, y las dos terceras partes de ellos se adhiriéron á esta opinion, dexando expedir el decreto de proscripcion por los montañeses, cuyo número sumamente pequeño estaba reemplazado por algunos centenares de forasteros que se habian sentado, como el 27 de mayo, en los bancos de los legisladores, cuyas funciones usurpaban.

Mientras que las dos facciones jacobinas consumaban su odiosa maquinacion, varios diputados proscriptos reunidos en la clase de su cólega Meillant deliberaban sobre los medios de oponer algun obstáculo. Engañados por el falso relato de un amigo mal informado que les aseguró degollaban á sus cólegas en el seno del cuerpo legislativo, y persuadidos de que toda resistencia era inútil, no emprendiéron nada contra el decreto que los arrestaba en su casa baxo la guardia de un gendarme.

*

Despues se dixo que si la mayoría de la convencion quando Henrriot la significó sus órdenes le hubiera condenado á muerte, el pueblo hubiera executado el decreto. Lo que no tiene duda es, que la guardia nacional de París en general no habia tomado las armas mas que para defender la representacion nacional; pero por la naturaleza de las disposiciones tomadas por Henrriot, la fuerza pública parisiense quedó paralizada, y se ha observado por lo que llevo dicho, que estaba cortada la comunicacion entre el interior y el exterior del palacio de las Tullerías.

Se veía la sala convencional rodeada de bayonetas, pero se ignoraba el objeto verdadero de sus deliberaciones. La mayor parte de los individuos que fuéron testigos de la ridícula procesion de los diputados por el jardin de las Tullerías no sabian el motivo.

Ademas el pueblo estaba encadenado, porque todos los poderes se hallaban en las manos de los conspiradores, y no podia dar ningun paso sin

exponerse á la censura de la municipalidad que tenia en su mano los medios de prevenir una empresa contraria á sus intereses. Si alguno en una junta ó en un corrillo dexaba entrever una opinion que no fuese conforme á los motivos de la insurreccion, estaba seguro de dormir en la cárcel la noche siguiente; y á fin de no hacerse sospechoso á aquellos tígres, cada uno ocultaba sus sentimientos.

Esta sesion ó mas bien este sitio mal sostenido por la convencion contra una masa de facinerosos en medio de un pueblo inmenso, al qual le fué prohibido acercarse al palacio nacional, no se concluyó hasta las diez de la noche. Los centinelas á quienes no se les habia revocado la consigna, se opusiéron aún á la salida de los diputados, y fué necesario esperar á que quisiese el comandante Henrriot permitir á los representantes, despues de una reclusion de doce horas, que fuesen á sus casas á tomar algun descanso.

De este modo fué rota por el ha-

cha popular de los maratistas la única barrera que contenia el crímen, y abiertas á la vez y por este medio todas las tempestades que hacia mucho tiempo estaban contenidas y amenazaban á la Francia, consolidando en ella el trono sanguinario del genio de la muerte. La jornada del 2 de junio no fué el triunfo de una faccion particular, sino la division del cetro entre Marat, Robespierre y Danton. No fué ni este anárquico triunvirato, ni toda la montaña, ni la municipalidad, ni la *Sociedad-madre*, sino la reunion monstruosa de todas estas potencias la que produxo aquel trastorno. Esta coalicion probará que de todos los despotismos el ménos compuesto es siempre el mas tolerable.

Los conspiradores despues de haber visto abortar tantas veces sus proyectos, se felicitáron por este primer triunfo, pero en breve temiéron el efecto que produciria en los departamentos la noticia de sus sucesos. No solo suspendiéron toda comunicacion, sino

que los individuos conocidos anteriormente por sus opiniones anti-jacobinas fuéron encarcelados en los calabozos mas profundos, y proscribiéron á todos aquellos periodistas que no habian adoptado los principios de la montaña, prohibiendo como subversivos, sediciosos y alarmantes los números de los que preferian la ilustracion general á su propio interes; al paso que ellos publicaban las invitaciónes mas incendiarias al crímen y al asesinato de unos franceses contra otros, pretendiendo que su opinion particular era la de toda la Francia.

En breve las delaciones mas atroces convocáron los puñales sobre el seno de todos los ciudadanos, y los asesinatos jurídicos siguiéron de cerca á los de la calumnia. Enardeciendo la proscripcion de las opiniones y la audacia de las delaciones, fomentó todas las venganzas particulares. Desde que las proposiciones mas sencillas se hiciéron crímenes de estado, el odio y la envidia inculcáron en este á sus

víctimas, y los suspiros del dolor que se exhalan baxo la vara de la opresion, bastáron para justificar á los opresores. Los ímpetus de la probidad prontos á defender á los oprimidos hiciéron sospechosa á aquella. La moderacion que contiene los odios y reprime las venganzas, se denominó desde entónces floxedad y traycion, y en breve fué peligroso no ser un facineroso. El acogimiento que se hacia á las delaciones contra el talento y la sabiduría se hizo la apología de la ignorancia, y de la perversidad. Los hombres de bien é instruidos se ocultaban abandonando su patria á la intriga y al crímen.

»Nuestros enemigos, decia Legendre, nos tratan de facinerosos: que sepan que nos hacemos un honor en serlo, así como que es necesario que los facinerosos tengan el poder en sus manos para mantener la libertad.” En esto no hacia Legendre mas que comentar esta maxîma favorita de Danton: *En toda revolucion la autoridad pertene-*

te á los mas atrevidos, y Danton era el eco de Maquiavelo quando recomendaba á los tiranos de todos los siglos que no sufriesen cerca de sí ni á los hombres virtuosos, ni á lo sábios.

Tambien en las obras de Maquiavelo es en donde Robespierre y Danton habian leido que el mejor medio de consolidar una nueva dominacion, era el de *mudar todas las cosas en el gobierno, crear nuevos magistrados en las ciudades baxo de nuevos títulos y nomenclatura y con nuevos poderes; y emplear hombres desconocidos en las magistraturas antiguas, mudar los nombres á los pueblos despues de haber destruido los antiguos, transportar los habitantes de un sitio á otro, y trastornarlo todo de tal modo que las antiguas instituciones sean desconocidas enteramente.*

Esta mudanza simultánea de hombres, de instituciones, de poderes, de propiedad y aún de pais hubiera horrorizado á otros hombres que no hubieran sido los montañeses: ellos so-

los tuviéron bastante temeridad para adoptar este sistema, y la audacia necesaria para ponerlo en execucion. El tribunal revolucionario, las juntas revolucionarias, y la salida de los procónsules con poderes amplios á todos los departamentos y exércitos, obra de la montaña, no fuéron mas que sus primeros ensayos.

Robespierre escribia: "Los peligros interiores nos vienen de los aldeanos; para vencerlos es menester reunir al pueblo, armarlo y encolerizarlo....." El decreto de las picas distribuidas á los sans-culottes fué una verdadera declaracion de guerra de los pobres contra los ricos. "Es menester que el pueblo forme alianza con la convencion, y que ésta se sirva de aquél: es menester que se pague á los sans-culottes, y que se armen en todas las ciudades." El decreto que les señaló quarenta sueldos dió á los jacobinos una junta de genízaros siempre pronta á marchar, herir, asesinar, y destruir. "Es menester que la

insurreccion continúe...." Inmediatamente un exército revolucionario, llevando á todas las provincias el espanto y la desolacion, se apellidó por sí mismo *La representacion ambulante y libre de la fuerza del pueblo*, miéntras que no era mas que el instrumento ciego é impune de que se servian los montañeses para destruir la Francia. En fin Robespierre escribia: "Es menester ilustrar al pueblo, proscribir á los escritores pérfidos, y propagar los buenos escritos." La montaña rodeó al pueblo de aquel reflexo tenebroso que conviene al crimen. Danton en la corta permanencia que hizo en la Junta de salud pública organizó aquel sistema de corrupcion, que compraba ó las palabras ó el silencio, que hacia una mercancía de la herencia literaria del escritor generoso, á quien el terror hacia que ocultase su pensamiento; pero que jamás le permitia proclamar la impostura, y que pagaba á los autores hambrientos, cuya pluma era tan venal

como su conciencia. La corrupcion general de la opinion pública fué fomentada por la remision que se hacia todos los dias á las provincias de los periódicos de Marat, Hébert, Duval y d'Audouin.

Nadie conoció como Danton el poder del oro en las revoluciones: corromper y ser corrompido era toda su ciencia, y el único móvil que debia trastornar toda la Europa. Este sistema tan cómodo, y aquel *no sé qué* de que habla Garat, *hacia que todos se reuniesen á su alrededor*, *y era (si puede usarse de esta palabra) el gran señor de la sans-culottería.*

En la Junta de salud pública se concentraban todos los poderes revolucionarios, guerra, administracion, justicia y hacienda: todas las leyes y todas las medidas emanaban de este consejo supremo. Muchas veces los miembros de la convencion no fuéron mas que los agentes secundarios, á los quales cada *decada* se les intimaba los decretos que debian publi-

car y poner en execucion.

La Junta de salud pública se habia instalado en las habitaciones del quarto del rey en el palacio de las Tullerías, y Luis XI desde el suyo de Plessis-les-Tours inspiraba ménos temor. Numerosos cuerpos de guardias anunciaban la mansion del despotismo mas tenebroso, y á nadie le era permitido fijar sus miradas en las ventanas de aquel sitio. Una multitud de verdugos ocupaba el segundo recinto: los gefes que hacian este servicio llevaban impresos en sus rostros el espanto ó la mas baxa adulacion. Los cañones siempre servidos con artilleros que tenian continuamente la mecha encendida, defendian las entradas, y eran el emblema de una artillería mas temible aún, situada en los subterráneos del palacio.

Voy á continuar la descripcion topográfica de este sitio, en donde dia y noche se imprimian acusaciones, acuerdos y decretos revolucionarios con los que se abrasaba toda la Fran-

cia, persuadido de que mis lectores me perdonarán con gusto esta digresion. Para llegar á las ante-cámaras era necesario caminar un largo trecho por entre corredores obscuros ó muy mal iluminados por algunas lámparas. Todas las entradas á la Junta de salud pública contrastaban con los salones en que se reunian los amos de la suerte de la Francia. Aquel que obtenia el favor singular de ser admitido á su presencia, se quedaba deslumbrado por aquella mudanza repentina.

Los hermosos y blandos tapices de la fábrica de la *Savonnerie* cubrian los pavimentos; los mármoles, los espejos, las estátuas doradas, y las colgaduras mas magníficas formaban el adorno mas gustoso; las chimeneas estaban hermoseadas con los reloxes mas soberbios, y los candeleros mas magníficos. Las arañas de cristal de roca sobrecargadas de bugías, estaban suspendidas de los techos exhornados con las mas ricas pinturas. Mil voluptuosos camapés y asientos adornados

con los penachos de plumas mas vistosos, formaban alrededor de las paredes un doble recinto para el uso de aquellos republicanos feroces que afectaban en público las costumbres y lenguage de los espartanos. En los gabinetes entre-abiertos se veían las mesas llenas de viandas y de los vinos mas exquisitos.

Alrededor de una gran mesa ovalada cubierta con un tapete verde, y llena de papeles, se veían sentados los miembros de la junta vestidos de un modo deshonesto y escandaloso. Solo Robespierre se vestía ordinariamente con un poco mas de decencia. La sesion era siempre permanente; pero no se reunian todos regularmente hasta las once de la noche. Los miembros que la componian, embriagados por las viandas y licores, balanzeaban en este estado próxîmo de locura la suerte de la Francia y de la Europa. Quando Robespierre asistía á las deliberaciones tomaban un carácter mas sombrío, se reían menos, y se decretaban con mas

gravedad los infortunios públicos y particulares.

En estos momentos de delirio era quando expedian las órdenes mas crueles á todos los agentes de los tribunales de provincia, y quando redactaban el plan de la despoblacion de la Francia que realizáron en quince meses. Un mapa de esta tenian de continuo extendido sobre la mesa, y sobre él los decemviros diezmaban los habitantes de las ciudades y los campos. "De tal departamento, decian, necesitamos tantas cabezas."

Allí es donde Rossignol meditó el plan del incendio de la Vendée, Carrier el de los ahogados de Nantes, y en donde Couthon se prometió ir á Leon con el cañon y el martillo, como decia, á demoler la segunda ciudad del imperio frances.

La junta de seguridad general que podia mirarse como el consejo executivo de la junta de salud pública, ofrecia exteriormente unas formas ménos requisicionales. Sitiada dia y noche por

las familias anegadas de lágrimas, las peticiones de los desgraciados la llegaban con bastante facilidad, pero no teniendo toda la autoridad suficiente los alejaba de sí ordinariamente con la mayor aspereza. Este era el centro donde remitian su correspondiencia todas las juntas revolucionarias de Francia. Los miembros de estas se presentaban á la central con la mayor humildad á recibir sus órdenes, ó para dar las noticias que se las pedian.

Algunas veces se reunian las juntas de salud pública y de seguridad general; y en una de ellas fué quando redactáron el decreto de acusacion contra Danton y sus principales partidarios. Pero ordinariamente la Junta de salud pública era la única que concentrando en sí todos los poderes, daba al sistema de la montaña sus aclaraciones, y al rayo destructor una accion tan rápida como universal. De la Junta de salud pública es de donde saliéron aquellos numerosos apóstoles de la tiranía, y misioneros de la muerte,

con poderes tan ilimitados como sus caprichos y furor sanguinario. Toda la Francia llegó á ser entónces su presa, y en diez y ocho meses presentó los efectos funestos que producía la insurreccion que habia hecho triunfar á la montaña.

En los tiempos en que el pueblo extraviado es el que impera, conducido siempre por ambiciosos que tienen buen cuidado de ocultar sus deseos quando el incendio abrasa al mismo tiempo las opiniones y las fortunas, es tal el encadenamiento de las pasiones frenéticas y exâltadas, que una sola idea falsa lo conduce á la barbárie. Del mismo modo la Junta de salud pública fué llevada, por las circunstancias que la rodeaban, a aquel exceso de insensibilidad en el que los remordimientos son imposibles, y en donde el cansancio y el disgusto pueden inspirar tédio, pero no arrepentimiento: "Hay seiscientas cabezas que cortar, decia un dia un jurado en el tribunal revolucionario, y es

muy extraño que no vengan á denunciárnoslas. Nosotros somos delatores, testigos y jueces, ¿no es esto decir que quieren cargarnos con toda la fatiga?" Esta frase demuestra la demarcacion que tenian los poderes entre los montañeses. Los pro-cónsules encargados del trastorno general no podian hacer el doble papel de executores y de legisladores; pues la Junta de salud pública estaba encargada del trabajo de la legislacion. ¡A tal envilecimiento se veía reducida la convencion, que la dictaban leyes qual si fuese una autoridad subalterna! En el libro siguiente voy á manifestar la opresion y falta de libertad en que se hallaba por haberla usurpado el poder un puñado de facciosos.

LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

Conducta de los diputados proscriptos despues de la jornada del 2 de junio. Definicion del crímen de federalismo inventado por los jacobinos. Estado alarmante de la ciudad de París despues del 2 de junio. Orígen de los Chouans. Insurreccion de la Vendée. Algunos diputados refugiados en la Bretaña envian una proclama á los departamentos. Movimiento insurreccional de Caen. Accion de Vernon. Constitucion publicada por los jacobinos. Asesinato de Marat por Carlota Corday. Suplicio de ésta. Execucion de nueve habitantes de la ciudad de Orléans. Acusacion contra Duperret. Levantamiento en masa de la juventud francesa. Orígen de la insurreccion de Leon. Contribucion impuesta á esta ciudad. Reunion de sus secciones. Turbulencias de Marsella. Tolón abre las puertas á las esquadras Anglo-Hispanas. Sitio de Leon.

Despues de la jornada del 2 de ju-

nio la montaña, dueña de todas las fuerzas físicas del estado, violentaba la fama para apoderarse de su fuerza moral. En otras ocasiones se habia guardado escrupulosamente el secreto sagrado de la correspondencia, pero ya hacia muchos dias que la municipalidad de París lo habia violado con una osadia escandalosa. La Junta de salud pública, creyéndose dispensada de guardar ningun miramiento con sus conciudadanos, mandó fabricar dos sellos, alrededor de los quales hizo grabar estas dos inscripciones: *Administracion de vigilancia* y *Revolucion del 31 de mayo*, con los quales resellaba las cartas que habia abierto.

Durante el mes de junio, París estuvo en una agitacion no ménos violenta que la que habia padecido el 31 de mayo. Los mercaderes estaban contínuamente amenazados de un pillage general, y las lanchas cargadas de comestibles eran robadas en medio del dia por los ladrones que la municipalidad protegia, en vez de reprimir. No

habia noche que no se turbase el sueño de sus habitantes por el ruido y algazara de las gentes armadas que recorrian las calles y forzaban las puertas para extraer á los desgraciados, á quienes los proscriptores habian inscripto en sus listas fatales. Todos temblaban por sí, ó por los suyos; y quando dos parientes ó amigos se encontraban, se admiraban de verse libres y de respirar aún.

El poder ilimitado de la Junta de salud pública se habia sancionado por un decreto de la convencion, y esta misma junta era el instrumento de que se servian los jacobinos para consolidar su tiranía; y el terrible movimiento que desde el momento de su creacion imprimió al cuerpo político, admiró aun á la misma convencion, pues no solo destruyó todos los derechos de un pueblo libre, sino que en breve conoció que no era mas que un vano simulacro, del qual se servian algunos hombres para legalizar su voluntad.

Apénas la montaña reynó sobre

la Francia, quando la convencion vió á una porcion de sus miembros llevados sucesivamente al cadalso. Luego que los parisienses sufriéron vergonzosamente el mas abominable de los yugos, sus parientes y amigos fuéron conducidos á millares al suplicio. Y en fin, quando los departamentos tuviéron la debilidad de no reclamar con energía la libertad de sus mandatarios, viéron obstruido y sobrecargado el Loir por los infinitos cadáveres que arrastraba el Océano, el Saône y el Rodano, teñidos de sangre; Valclusa hecha una fuente de lágrimas; Marsella, Tolon, Nantes y Burdéos convertidos en panteones; la Vendée en desierto; París, Strasburgo y Arras en carnicerías humanas; Leon envuelto en sus ruinas; todas sus propiedades destruidas, disueltos todos los lazos de la sociedad, proscripta la virtud por todas partes, y en su lugar triunfando el crímen, y no presentando la Francia mas que una escena vasta de calamidades, de que las mu-

chas páginas de la historia no ofrecen exemplo, ni en las proscripciones de Octavio, ni en los caprichos de Neron, Galba, Calígula y demas tiranos de Roma.

Sin embargo, á pesar de las precauciones que tomaban los jacobinos para impedir que los diputados proscriptos informasen á sus comitentes de la violencia que se les hacia, y de la esclavitud, baxo la qual gemian, la verdad penetró al fin en los departamentos. Algunos prorrumpiéron en gritos de venganza, armándose contra los proscriptores del 2 de junio. Si por un movimiento espontáneo los guerreros enviados por la mayoría de la república hubieran podido marchar sobre París y exîgir por una parte la libertad de los representantes arrestados y su reposicion en el cuerpo legislativo, y por la otra el castigo exemplar de aquellos que habian violado los derechos de la convencion, todas las facciones se hubieran destruido á la vez baxo la masa nacional. Pero la gran-

deza misma de esta operacion hacia quimérica su execucion; ademas era imposible que un mismo espíritu animase á todos los departamentos quando hacia mas de un año que no se habia cesado de sembrar la division entre los administradores y sus subalternos, entre los pobres y los ricos. Un movimiento unánime podia salvarlo todo, al paso que un movimiento parcial podria perderlo todo. En la primera hipótesi todos los ánimos concurrian á un mismo fin, quando en la segunda se encendia la guerra civil.

Para prestar un punto de apoyo á las operaciones de los departamentos era menester, ó que los diputados proscriptos permaneciesen todos en Paris, ó que se refugiasen á un mismo punto; tomando el primer partido hubieran embarazado á los enemigos, que los tenian baxo de sus puñales, y á haber sido necesario destruir tantos legisladores en un solo dia, jueces y verdugos hubieran quizá de-

sechado este peligroso servicio. Por su número solo es, por lo que los setenta y tres diputados encarcelados, como se verá mas adelante, evitáron la terrible suerte de la guillotina á que los habia destinado Robespierre.

Si se hubieran retirado á una poblacion, no solo hubieran separado de sí el sentimiento tímido de una fuga, sino que ocupando su consideracion de una retirada, el sitio de su reunion podria haberse hecho el monte sagrado; y la ventaja de su número, á la qual la imaginacion dá siempre una idea de importancia, les hubiera dado una influencia decidida.

Despues que la convencion cayó baxo la dependencia de un poder superior al suyo y se vió privada de las prerrogativas que formaban su esencia, pareció haber perdido por el hecho el carácter de una representacion nacional, porque es contradictorio representar á toda una nacion y ser el instrumento servil de un partido. Un cuerpo legislativo es-

clavizado, mutilado, y sin poder, ¿no debia considerarse como disuelto por el hecho? Tal era la opinion de la mayor parte de los departamentos.

Mas entre los diputados proscriptos el 2 de junio, los unos recorrian los departamentos, mientras que los otros, convencidos de que no podian escaparse, permanecian presos. La conducta de los unos dió el aspecto de una insurreccion á la de los otros. Los movimientos hostiles de aquellos que habian abandonado á Paris se atribuyéron á los que estaban encarcelados; y no habiendo sido felices estos movimientos, debian prever que los jacobinos no respetarian la vida de los diputados de que podian disponer.

Esta conducta poco reflexîva es una prueba de que los diputados proscriptos por los jacobinos unidos por los mismos principios, no habian formado ningun complot ni aun contra los enemigos que los oprimian.

Dueños los jacobinos de las comunicaciones y de todos los resortes del

gobierno, previniéron con poco trabajo las insurrecciones parciales muy mal combinadas desde luego. La mayor parte de los descontentos fueron desarmados por el terror, por la fuerza, ó por la seduccion; en seguida se designó como conspiradores á todos los franceses que no favorecian la anarquía que la montaña queria introducir en Francia.

En fin la jornada del 2 de junio ademas de quanto tengo dicho, habia tenido tambien por objeto hacer degollar en aquella insurreccion general á todos los que hacia algun tiempo se llamaban en Francia *federalistas*. Con este motivo no será fuera del caso insinuar lo que los maratistas entendian por crímen de federalismo, cuya palabra arrastró tantos infelices al cadalso. Cada vez que los tiranos han querido atemorizar la tierra por sus proscripciones, ó les ha importado sofocar la voz de la razon, imponian una contribucion de sangre á todas las provincias, ciudadanos, y

familias de sus estados. Se les ha visto recurrir á ciertas denominaciones indiferentes, que repetidas sin cesar y nunca explicadas, parecian designar grandes crímenes, y no eran en realidad mas que un pretexto para verificar los asesinatos meditados.

El federalismo no es otra cosa, que una forma de gobierno semejante al que tienen los suizos, y baxo esta denominacion es como el federalismo fué proscripto en Francia. Toda memoria, peticion, escrito ó discurso que no era un elogio de las jornadas del 31 de mayo y 2 de junio, fuéron graduados de papeles federalistas. Todo lo que antes ó despues de estas dos jornadas se habia dicho ó escrito contra la municipalidad de París del 10 de agosto de 1792; contra Hébert, Marat y Robespierre, fué considerado como federalismo. En fin, todos aquellos que luchaban con valor contra los proyectos de la desorganizacion de la Francia, fuéron tratados de federalistas, y como tales aherreo-

jados ó muertos en virtud de la unidad é indivisibilidad de la república.

Inmediatamente despues de la insurreccion del 2 de junio, la Junta de salud pública envió á los departamentos una insidiosa proclama para calmar, ó como dixo Barére, para ilustrar al pueblo. La mayoría de la convencion se indignó por la falsedad é impostura que se notaba en ella, pero no pudo impedir su rápida circulacion.

Entre los diputados que no eran jacobinos, un gran número de ellos, apáticos por principios, no pensaban sino en conservar los emolumentos de sus destinos, sin tomar ninguna parte activa en los debates qualquiera que estos fuesen, ni aun en medio de la situacion mas crítica; sin embargo algunos soportaban con impaciencia el estado de humillacion á que se veían reducidos. Continuar asistiendo á las sesiones del cuerpo legislativo, era consagrar la usurpacion con su presencia, y no presentarse era abando-

nar el timon del estado á los usurpadores. El mejor partido que pudiéron tomar fué sin duda el de informar á sus comitentes de la falta de libertad en que se encontraban; pero como ya lo dexo referido, no estaba libre la comunicacion de París con los departamentos, sus cartas hubieran sido detenidas, y aun quando hubieran llegado á manos de aquellos á quienes se dirigian, las relaciones enviadas por los montañeses debian prevalecer en el concepto de los hombres llenos de ilusiones.

Persuadidos estos diputados de que no les era permitido dexar ignorar á la nacion el peligro que amenazaba á su libertad y que ningun obstáculo podria contenerlos, creyéron deber recurrir á medios extraordinarios. Habiéndose reunido en medio de esta perplexidad, decidiéron que era indispensable que algunos de ellos se presentasen en los departamentos para manifestarles la verdad. Algunos se ofreciéron generosamente á evacuar esta

peligrosa mision. Aquellos que permaneciéron en París pintaron en una carta á sus comitentes los acontecimientos del 2 de junio como habian pasado; hacian un quadro tan patético como cierto del despotismo de los jacobinos, y concluían diciendo "que privados de toda libertad no tomarian en adelante ninguna parte en las deliberaciones de una asamblea en la qual habian sido violados tan abiertamente todos los derechos de la nacion."

Esta protestacion fué firmada por setenta y tres diputados, y la tuviéron oculta con ánimo de publicarla luego que hubiesen recogido mayor número de firmas, y sobre todo quando la Junta de salud pública hubiese manifestado su relato fiscal sobre los diputados arrestados; pero como este relato no se hizo hasta mucho tiempo despues, el público no tuvo conocimiento alguno de esta pieza esencial, hasta que se encontró entre los papeles del diputado Duperret quando se declaró haber lugar á su acu-

sacion sobre la mocion de Chabot, despues del asesinato de Marat. En la continuacion de esta obra se verá como este descubrimiento produjo la prision de todos los que la habian firmado.

En medio del estado de anarquía á que habian reducido los jacobinos la ciudad de París y muchos departamentos de la Francia, no faltaron algunos que hasta en la barra de la convencion hiciéron reclamaciones muy enérgicas. Duvignau al frente de una diputacion burdalesa, no solamente hizo entender á aquel senado el lenguage de la libertad que ultrajaba, sino que se atrevió á fixar en las esquinas de París las quejas y las amenazas de la Gironda indignada. Otros departamentos empezaron á deliberar desde entónces sobre la convocacion de las asambleas primarias, y no faltaron algunos que propusiéron que no se remitiesen á París ningunos fondos procedentes de contribuciones; y varios, como ya lo he dicho mas arriba, tomaban abiertamen-

te las armas contra los jacobinos y la montaña.

Las ciudades de Burdéos, de Leon y de Marsella, habian dado la señal de su resistencia á la opresion; y este movimiento habia sido tan bien recibido, que estas populosas ciudades parecian el centro de una coalicion departamental que abrazaba en su vasta extension por un lado á Nîmes, Montpeller, Narbona, Perpiñan, Tolosa, Montauban, Angulema, Clermont, Limoges y Mulins; y por el otro Aix, Arlés, Viena, Grenoble, Bourg, Lons-le-Saulnier, Besanzon, y casi la mayor parte del departamento del Jura, amenazando destruir con sus fuerzas á todo el partido de Robespierre.

Por algun tiempo los habitantes de París se prometiéron que aquella explosion daria un curso nuevo á la revolucion; pero la *Sociedad-madre* que preveia estos obstáculos formidables á sus proyectos infernales, habia tomado sus medidas para contrariarlos, haciendo pasar de antemano á es-

tos departamentos comisarios jacobinos con poderes ilimitados, y á todos sus adictos cuya presencia no era necesaria en la capital.

Ademas, posesionada de toda la fuerza del gobierno de la montaña, tenia en sus manos el mando de los exércitos y la creacion de los papeles con que les pagaba. Los departamentos al contrario, desprovistos de un punto de reunion que concentrase sus esfuerzos, les faltaba tambien el numerario para poner en exercicio sus milicias. Los jacobinos armados del poder usurpado por ellos, subyugáron á los departamentos del mismo modo que habian subyugado á la convencion y á la capital.

El medio que les salió siempre perfectamente fué el de armar á los pobres contra los ricos. Las ordas de sans-culottes, á las quales se las ofrecia el pillage de las propiedades mas importantes, como el precio de sus expediciones, se levantaban, se vestian, se armaban, y se organizaban

como por encanto, por medio de los asignados que la Junta de salud pública distribuía á manos llenas.

"Mandad repartir mucho dinero, decia Danton á Garat, y no lo escaséis, porque nunca faltará á la república." Esto lo decia Danton para asegurar la aceptacion libre de la constitucion de 1793; y para subyugar á la ciudad de Leon, aconsejó tambien estas ruinosas profusiones: *Oro y millones*, exclamó, *hé aquí lo que era menester haber repartido por la sociedad popular, y entre los sans-culottes de aquella ciudad rebelde, pues esto es lo que la hubiera sometido sin combate.*

A la vista de estas gavillas indisciplinadas, enteramente parecidas á los habitantes bárbaros del Norte, Marsella y Burdéos, abriéron sus puertas: esta sumision no amansó á los tigres sedientos de sangre humana. El oro, la plata y las alhajas preciosas, todo fué presa de estos pretendidos patriotas; la sangre de los marselleses y burdaleses fué derramada á tor-

rentes por Tallien y por Fréron; pero al ménos estas dos ciudades evitáron la destruccion de que estaban amenazadas, y experimentó Leon por haberse defendido vanamente contra el histrion Collot-d'Herbois y el carnicero Legendre.

Hasta ahora no he podido hablar nada de la guerra de la Vendée, cuyas crueles circunstancias forman el borron mas negro y lúgubre en el quadro de la revolucion francesa. El sangriento teatro de esta insurreccion, situado entre el Loyre y el Charente, se extendió á lo largo del mar por la mayor parte de la antigua provincia conocida baxo el nombre de Poitou. Este pais tan fértil en granos como en pastos, ocurria á la subsistencia de los departamentos limítrofes que se extendia tambien hasta el centro de la Francia; y en este pais es en donde se organizáron los *Chouans*, cuyo orígen conocen pocas personas.

Antes de la revolucion el comercio de la sal se hacia libremente en

la Bretaña, y el Maine, y este género de primera necesidad se vendia á muy buen precio; todo lo contrario que sucedia en la Normandia, pues nadie ignora las legiones de guardas que empleaban los administradores generales para impedir la entrada fraudulenta de la sal de la Bretaña, que era mucho mas barata en los pueblos que rodeaban esta provincia, y sobre todo en la Normandia. El lucro excesivo que producia este comercio á los compradores y vendedores habia hecho que se formasen numerosas compañías de contrabandistas, que algunas veces se tiroteaban abiertamente con los guardas de los arrendadores generales. Estos contrabandistas juntaban la astucia á la audacia, y tenian siempre personas en todos los pueblos que les avisaban del parage y desfiladeros en que los esperaban los guardas para batirlos con éxito. El papel de estos investigadores era (como digo) el de advertir á sus asociados de la inmediacion de sus enemigos, y una de

sus señales indicativas era la de imitar al ave nocturna llamada Buho ó Autillo (Chat-huant), y como en este pais pronuncian aquellos habitantes esta palabra *chouans*, de aquí se derivó el nombre que despues hizo tan célebre estas compañías.

La insurreccion se manifestaba en toda su plenitud en la Vendée; mientras que la asamblea convencional continuaba sus sesiones, pero no con tanta tranquilidad que no creyese deber adoptar las medidas convenientes para contener sus resultas; mas en vez de enviar comisarios de su seno que exáminasen los motivos de las quejas manifestadas por los habitantes de sus campiñas, y sobre todo para ilustrarlos en sus verdaderos intereses, y desvanecer los que algunas gentes mal intencionadas pudieran llevar, obligándolos á que tomasen medidas desastrosas; encargó al gobierno que hiciese executar sus decretos, y como debiéron esperar, la insurreccion se propagó con mas rapidez.

Reunidos los descontentos de toda la Francia en este pais, habian organizado un exército de quarenta mil hombres compuesto de cocheros y lacayos de la antigua nobleza, de contrabandistas y de guarda-bosques, casi todos acostumbrados á manejar las armas: estas tropas tenian gefes muy hábiles, y el entusiasmo que lo animaba lo hacia aún mas terrible.

Este exército se apoderó en el mes de marzo de los distritos de San Lorenzo, Cholet y Chemillé, y amenazó á Angers y á Tours despues de haber deshecho en Montreuil las fuerzas de la república. Las resultas de estos sucesos fué el restablecimiento del culto católico en estos paises, y la libertad de todos los individuos que los montañeses habian encarcelado como sospechosos.

En esta ocasion fué quando sobre la proposicion de Cambacérés la convencion expidió aquel terrible decreto, que en breve conduxo al cadalso á un gran número de diputados. Por él

puso fuera de la ley á todos aquellos que fuesen convencidos de haber tomado parte en las conmociones contra-revolucionarias, y mandó que no pudiendo comprenderles la disposicion de las leyes relativas á la institucion de los jurados, sería cortado su proceso en la sumaria, y enviados á la muerte á las veinte y quatro horas de su captura. Los unos aseguraban que los vencedores marchaban sobre París, y que ocupada exclusivamente la convencion de sus disensiones interiores, no conocia toda la extension de esta formidable insurreccion. Otros creían con mas razon que los gefes de las dos facciones jacobinas que habian encendido ellos mismos en la Vendée las antorchas de la guerra, miraban la sensacion que hacian en la multitud las ventajas conseguidas por los vendeanos como un medio de conseguir su fin.

Danton y Robespierre pretendian desorganizar la Francia, aunque su dominacion se estableciese sobre monto-

nes de cadáveres, pero no hay circunstancia alguna en que un ambicioso pueda mudar la constitucion de un estado que se halla tranquilo, porque la paz no le abre el camino á la sed de dominacion que lo devora. Le son necesarias fluctuaciones políticas, por medio de las quales el baxel del estado sea llevado por el viento de todas las pasiones, y que se levanten borrascas que lo hagan necesario á la multitud ignorante. Entónces el pérfido tiene el arte de persuadir al pueblo que va á hacer caer sobre sus cabezas el rayo forjado muchas veces por sus propias manos, y que puede aniquilar á él mismo sin que su exemplo espante á sus iguales.

La guerra exterior no es suficiente para dar pábulo á su codicia. El pueblo hace masa contra el enemigo comun, y ante este coloso los pimeos son imperceptibles. La guerra interior al contrario forma partidos en el estado. El ambicioso que quiere sujetar á su patria los fomenta sucesivamente

á fin de destruirlos uno á uno, y de dominar segun la expresion de Tácito sobre el cansancio de todos: *Cuncta bellis civilibus fessa.*

Se declara por un partido y despide rayos contra el otro: se presenta en todas partes para hacerse visible por medio del terror al partido que combate, y por el entusiasmo al que abraza. Pero al mismo tiempo que se muestra á las claras en favor de éste, toma sordamente medidas para sostener el otro, con la consideracion de que si llega á destruirse dexará de ser necesario al partido que demuestra proteger, y perdera por, último su crédito, pues que los hombres no se adhieren jamas á gefe alguno sino con respecto á sí mismos; que del mismo modo es abandonado bien pronto aquel que es inutil para los intereses de los que le siguen. Luego es preciso sostener este partido de oposicion á fin de tener suspensos los ánimos hasta el momento en que destruidos y como aniquilados los dos partidos por los efectos de

la guerra, se eleve el ambicioso sobre sus ruinas.

¿Pero de qué modo consiguiéron Robespierre y Danton fomentar y eternizar despues esta guerra incomprensible de la Vendée? Cómo? colocando desde luego en el ministerio de la guerra á unos hombres absolutamente ineptos, y por consiguiente incapaces de tomar las medidas convenientes para contener los primeros efectos del descontento popular: enviando despues á los paises insurreccionados comisarios, que en vez de atraerlos por medios conciliatorios, favorecian la division oponiéndose á las preocupaciones y dando á la convencion partes de noticias falsas; y finalmente confiriendo la comandancia de los exércitos republicanos á los hombres mas feroces é inmorales que multiplicáron en aquel desgraciado pais el saqueo, el robo, el incendio, el asesinato, y quantas calamidades son imaginables para conducir á sus habitantes al último exceso de desesperacion.

Algunos diputados de los proscrip-

tos el 2 de junio, se habian refugiado á los departamentos del Mediodía con el objeto de instruir á los pueblos de la verdadera situacion en que se hallaban los negocios políticos. Otros se detuviéron en los departamentos que componian la antigua Bretaña, entre los quales se contaban Pétion, Buzot, Lanjuínais, Rabaut-Saint-Etienne y Barbaroux, á los que se reunió allí Meillant á quien los republicanos que habian quedado en la convencion enviáron á aquellos paises á consecuencia de la deliberacion secreta de que he hablado arriba.

Se acababa de saber en Caén, Alenzon y en Rennes los acontecimientos del 2 de junio: el pueblo reunido deliberaba en su consecuencia sobre el levantamiento de un cuerpo de tropas destinadas á dar á la convencion nacional la libertad que no tenia. Las mismas medidas se tomaban en los departamentos de Finistérre, Mayena y de Morbian. La ciudad de Nantes acosada por los reboltosos de la

Vendée no podia subministrar soldados, pero ofrecia su adhesion y caudales, conducta que motivó las crueles operaciones de Carriere en sus muros: varios diputados reunidos en Nantes se ocupaban en la redaccion de una proclama á los franceses: en ella se contenia la historia de todas las conspiraciones que se habian operado desde el 2 de setiembre de 1792; y concluía convidando á las asambleas primarias á que renovasen á la mayor brevedad la convencion, y juzgasen á todos aquellos individuos que debian salir.

A pesar de las precauciones tomadas por la montaña para impedir que por las administraciones de postas se circulasen noticias contrarias á aquellas que ellos habian circulado con respecto á la jornada del 2 de junio, la proclama de los diputados proscriptos llegó á casi todos los departamentos. Esta pieza unida á un pequeño número de cartas que pudiéron llegar á sus destinos, á pesar de las

pesquisas de los jacobinos, confirmó las relaciones que habian hecho de aquellos sucesos los sugetos que saliéron de París en los primeros dias de junio para volverse á sus provincias. De este modo la mayoría de la Francia tuvo una idea bastante exâcta de los atentados cometidos por los desorganizadores, é hizo que se insurreccionasen muchos departamentos contra ella.

El departamento de Calbados fué el que de todos los de Francia se manifestó desde luego mas abiertamente. Caén se habia hecho el refugio de un gran número de proscriptos, lo que hizo que los jacobinos apellidasen por irrision á esta ciudad el *reyno de Buzot*. Allí se habia refugiado el teniente general Felix Wimpfen, célebre por la defensa de Thionville contra los austriacos y emigrados. Acababa de ser citado á la barra de la convencion, pero demasiado prudente para oponerse á un decreto precursor de su condenacion, se habia reti-

rado bien convencido de las miras de los jacobinos de la capital.

Los comisarios de los departamentos coaligados reunidos en Caén se instalaron en junta general despues de haberse declarado en estado de resistir á la opresion. Acordáron tambien que la fuerza departamental iría á París á unirse con la guardia nacional de aquella capital para restablecer la convencion en su integridad; que se convidaría á todas las asambleas primarias á que renovasen el cuerpo legislativo, y que se solicitaría despues de la nueva convencion la institucion de un gran *jury* compuesto de magistrados elegidos por todos los departamentos, para formar el proceso á los diputados que saliesen de la asamblea nacional.

Para la execucion de estos proyectos hubiera sido necesario un exército formidable. En vano algunos diputados cuyo ardiente zelo no suplía las miras políticas que les faltaban, habian asegurado que para destruir á la

montaña no se necesitaba mas que hacer marchar algunos batallones á París, y ofrecer á sus habitantes un punto de apoyo que no tenian; en vano este razonamiento parecia estar apoyado con el paso que acababan de dar algunas secciones de París, enviando una diputacion á Evréux para explicarse fraternalmente con la tropa de aquel departamento. La montaña que disponia de las rentas, que ocultaba sus operaciones á la sombra de la autoridad de la convencion, y que podia mandar, seducir, atemorizar, engañar y corromper, ¿no tenia tambien los medios de defensa, y los de desarmar á las secciones de París que le eran sospechosas?

En vano se objetaba que los desorganizadores eran pocos: estos pocos dirigian contra los refractarios de su voluntad á todos los miembros de las sociedades, á los jacobinos difundidos en las ciudades, á la municipalidad de París, y á la inmensa turba de vagamundos, á los quales se les pro-

digaba el fruto de su pillage, y los despojos de las víctimas. El general Wimpfen acostumbrado á las operaciones militares, no creía que las fuerzas que ofrecian algunos departamentos de la Bretaña y Normandia estuviesen en estado de penetrar hasta París, tanto mas quanto que en Caén mismo tenian los montañeses emisarios que distribuían á manos llenas los asignados para corromper el espíritu público, mientras que los diputados proscriptos se veían reducidos á la mas estrecha parsimonia.

Creyendo Wimpfen que no se podia hacer nada sin la ayuda de las tropas de la Vendée, cuyo exército estaba provisto de los pertrechos necesarios para el ataque y defensa, representó á la junta de Caén que en la situacion en que se encontraba la republica, esta reunion no podia graduarse de traycion, porque no estando sancionada la nueva constitucion, la antigua era la que subsistia aun. "Las republicas antiguas y modernas, añadió, han flo-

recido teniendo á la cabeza de su gobierno á un rey para dirigir el poder executivo, ¿y no podria adoptarse el mismo género de gobierno por la república francesa?"

Es verdad que la convencion habia abolido la dignidad real; pero esta ley no estaba aún sancionada formalmente por la nacion, y podia considerarse como un proyecto producido por las circunstancias momentáneas. En fin la salud del pueblo debia considerarse como la ley suprema de los estados, y Wimpfen observaba que por este término medio se conciliaba, no solo á los descontentos de la Vendée, y á un partido tan numeroso como fuerte extendido en todas las provincias del imperio frances, sino á una parte de las potencias extrangeras. Tambien aseguraba tener relaciones con la Inglaterra, y que ésta favoreceria con todo su poder un proyecto que atraeria á la Francia la paz y el buen órden.

Los diputados proscriptos adhe-

ridos sinceramente á la república rehusáron adoptar plan alguno que no fuese puramente democrático, y propusiéron al general que marchase inmediatamente contra París, aunque las fuerzas de los departamentos no se habian reunido. En atencion á esta invitacion Wimpfen á la cabeza de un pequeño cuerpo de tropas se acercó á Vernon, donde debian reunírsele quatro mil hombres del departamento de l'Eure. La marcha de este cuerpo que podia considerarse como la banguardia del exército departamental, iba precedida de una proclama que exponia sus miras conciliatorias.

Los jacobinos habian reunido en Vernon un cuerpo de gendarmes. Situados en batalla fuera de los muros de la ciudad y provistos de cañones, apénas apercibiéron la division de Caén, dispararáron contra ella toda la artillería. Yo no sé qué prestigio pronosticáron los que llegaban; bien fuese traycion ó cobardía toda la tropa se desfiló, y no quedó mas que un bata-

llon del departamento de Finistérre fuerte de quatrocientos hombres, los que viéndose abandonados y sin ninguna órden que obedecer, tomáron sábiamente el partido de volverse á Evréux en donde se reunió toda la tropa. Tal fué la jornada de Vernon. Thuriot en el relato que hizo aseguró que los vencedores habian encontrado en el campo de batalla un sable lleno de geroglíficos realistas, pero el lector no puede haber olvidado que no hubo campo de batalla en Vernon puesto que no hubo combate; y que despues de la retirada de la fuerza departamental, los gendarmes ni aun pisaron el terreno que aquélla habia ocupado.

Wimpfen llevó la tropa que se habia reunido en Evréux y en Lisieux á Caén, y á su llegada propuso á los diputados que pusiesen á aquella ciudad en estado de defensa, y apresurasen lo posible la llegada de los batallones que esperaban.

Los diputados rehusáron admitir aquella medida, bien fuese por evi-

tar que se les acusase de haber armado á los ciudadanos para su propia defensa, ó por el extremo desaliento que les inspiró el ensayo hecho en Vernon; lo cierto es que desde entónces no pensáron mas que en su seguridad. La tropa departamental se retiró á sus casas, y Wimpfen y los diputados se ocultáron lo mejor que pudiéron. Algunos sucumbiéron despues baxo los golpes de sus enemigos: otros sobreviviéron á la jornada del 9 thermidor y volviéron á la convencion; pero mientras que ellos defendian cuidadosamente su exîstencia, los jacobinos triunfantes se vengaban de todos sus enemigos.

La primera delacion dada contra los diputados proscriptos el 2 de junio, estaba fundada en su oposicion á la formacion de una constitucion republicana. El hecho desmentia altamente esta calumnia, puesto que despues de un trabajo continuo de varios meses, estos mismos diputados habian presentado un plan de constitucion,

del qual se habian decretado varios artículos á pesar de la oposicion mas decidida, porque importaba al plan de los jacobinos impedir su discusion.

Como se creía generalmente que una acta constitucional era la única que podia curar los males físicos y políticos que aniquilaban el estado, y que quando se adoptase este remedio infalible todo iría perfectamente, y los autores de la jornada del 2 de junio habian calmado la efervescencia de algunos departamentos por la promesa de presentarles en pocos dias este poderoso tópico universal que sus adversarios habian, segun ellos, impedido del modo mas infame su composicion.

Esta constitucion que Syeyes llamaba un catálogo de materias, fué preparada en casa del fondista Méo, discutida y decretada en ménos de quince dias. "Los girondistas y los federalistas, decian los jacobinos, eran los que nos impedian redactar una constitucion, y la hemos hecho inmediatamente despues que nos desembarazamos de

ellos." Este razonamiento que tenia mucha fuerza para con la multitud poco instruida, contribuyó quizá mas que los preparativos guerreros de los jacobinos á desconcertar los proyectos formados por los diputados proscriptos, y hacer que los departamentos marchasen sobre París.

El código jacobino tenia entre otros defectos el de no determinar ni los poderes ni las funciones de los cuerpos administrativos, pues dexaba este cuidado á cada legislatura.

Esta disposicion se difundia en favor de los miembros del cuerpo legislativo, puesto que se les concedia anualmente la facultad de extender su influencia y de destruir poco á poco la resistencia, con la qual en todo gobierno libre estos cuerpos constituidos pueden reprimir legalmente y sin conmocion los actos del despotismo.

Ocultaba ademas una celada mucho mas peligrosa, concediendo al poder executivo el derecho de crear los agentes, cuyas funciones y auto-

ridad no estaban designadas en aquella constitucion. Consiguiente á esto, el poder executivo estaba autorizado para diseminar sobre el suelo de la Francia hombres, cuyas funciones eran arbitrarias, lo que perpetuaba el sistema de los pro-cónsules y consolidaba la tiranía. Pero un artículo mucho mas reprensible aún era el que organizaba la insurreccion y daba á cada porcion del pueblo el derecho de turbar á su arbitrio el órden público, sin el que no puede exîstir ninguna sociedad.

En otro tiempo la Francia se hubiera sublevado contra aquellos que tuviéron la audacia de presentarla un acta constitucional tan irrisoria; pero fatigada por quatro años de agitaciones continuas ansiaba un contrato social que todos miraban como el término de los males públicos, el paladion de la libertad, y el pronóstico cierto de la felicidad. Las asambleas primarias aceptáron esta constitucion tal como estaba, sin exâminar quáles eran las

intrigas que habian contribuido á su redaccion. Es menester confesar que muchos ayuntamientos creyéron que la convencion se renovaria inmediatamente, y sus miembros serian juzgados por un gran *juris* ó tribunal supremo creado al efecto; pero en la tribuna solo leían que tal y tal ayuntamiento habia aceptado la constitucion, sin hablar de la condicion con que lo habia hecho.

Si los demas ayuntamientos no manifestáron el mismo deseo, fué porque sin duda se engañáron por el decreto con que el acta constitucional les fué remitida. El articulo 8.º decia: "Inmediatamente, despues de la publicacion del voto del pueblo frances, la convencion indicará la época inmediata en que deben reunirse las asambleas primarias para la elevacion de los diputados de la asamblea nacional, y la formacion de las autoridades constituidas."

Es indudable que la esperanza de ver en breve á los nuevos legislado-

res reemplazar á aquellos que tenian entónces el timon del estado, dirigió en esta ocasion la opinion pública. El pueblo siempre crédulo y engañado, estaba bien léjos de creer que esta aceptacion celebrada con la mayor solemnidad, no era en sí mas que una vana y ridícula representacion teatral, ó una píldora dorada y soporífica metida en la ambrienta boca del pueblo para adormecerlo.

La ferocidad de los anarquistas se aumentaba á medida que los departamentos no oponian resistencia á sus atentados y prevaricaciones, y el asesinato de Marat ocurrido por este tiempo vino á dar nueva fuerza á las calumnias que lanzaban contra sus enemigos, y sirvió de pretexto á las medidas que tomáron para exterminarlos.

Hacia algunos dias que este apóstol de la anarquía, del estrago y de la carnicería no salia de su casa á causa de una enfermedad venérea inveterada que le aquexaba, y que segun todas las apariencias le hubiera condu-

cido al sepulcro, si una jóven venida desde Caén á París, sin otro objeto, no le hubiera asesinado en su baño.

María-Ana Carlota Corday de Armans amaba al jóven Belsunce, cuya muerte queda referida yá, la qual despues de su asesinato resolvió vengarle en la persona de Marat, bien cierta de que habia tenido una parte activa en él. Otra cosa la animó tambien á exterminar al gefe de los *bebedores de sangre*. Varios diputados, cuyos talentos estimaba, habian sido proscriptos por la convencion á influxo de Marat, y fugitivos en el departamento de Calbados en vano llamaban en socorro de la libertad á los franceses aniquilados por el terror. A su llegada á París verificada el 12 de junio, compró en el palacio real un cuchillo y se encaminó en casa de Marat, á quien no pudo ver sin embargo de las instancias que hizo para ello: en su consecuencia le envió la siguiente esquela: "Ciudadano, acabo de llegar de »Caén, y tu amor á la patria me ha-

»ce presumir que desearás saber los »aciagos acontecimientos de aquella »provincia republicana ; en cuya aten»cion espero me concederás una au»diencia reservada, en la que te re»velaré secretos importantes, y te fa»cilitaré el medio de hacer un impor»tante servicio á la Francia."

A las siete y media de la tarde volvió Carlota á casa de Marat á tiempo que estaba en el baño, y habiendo oido su voz la mandó entrar. Al principio giró la conversacion sobre las reuniones que habia en Calbados, y Marat apuntaba con gusto los nombres de algunos sugetos, asegurando á Carlota que se los notaba que no tardarian en expiar su rebelion en el cadalso: estas palabras fuéron la sentencia de su muerte. Carlota sacó inmediatamente el cuchillo, y atravesó el corazon del sanguinario redactor del *Amigo del pueblo*, quien espiró sin dar mas que un agudo grito.

Esta heroina se mantuvo tranquila en medio de la turbacion de los

criados y vecinos, y quando llegó un oficial de policía firmó ella misma el proceso verbal que se formó allí, y sin oponer la menor resistencia fué conducida á la cárcel de la Abadía. Lo primero que hizo fué escribir á su padre pidiéndole perdon por haber dispuesto de su vida sin su noticia; en seguida se presentó al tribunal revolucionario con la mayor intrepidez; respondiendo con nobleza y precision á todas las preguntas que la hiciéron los jueces furiosos por la pérdida de su amigo en medio de los gritos de un populacho feroz.

Léjos de defenderse, respondió á la acusacion que se la hizo... "Tenia „derecho, dixo, de matar á Marat, „convencido hace mucho tiempo de „facineroso y asesino, y condenado „por la opinion pública desde mucho „tiempo, cuya sentencia acabo de „executar." Su abogado, admirado de un valor tan extraordinario, exclamó: "Ya habeis oido las respues„tas de la acusada, que no pretende

„justificarse. Esta calma imperturba-
„ble, y el desprecio que hace de sí
„misma á vista de la muerte, son ac-
„tos muy sublimes y fuera del curso
„ordinario de la naturaleza, que so-
„lo pueden explicarse por la exâlta-
„cion política que la puso el puñal
„en la mano. A vosotros pues, ciu-
„dadanos jurados, toca decidir el pe-
„so que pueda tener esta considera-
„cion moral en la balanza de la jus-
„ticia que exerceis."

Las demas respuestas que dió al interrogatorio que la hiciéron los jueces fuéron cortas y elocuentes, y muchas de ellas excitáron en los oyentes un movimiento general de sorpresa, á que sin duda contribuía la graciosa sonrisa que de continuo se asomaba á sus labios.

Habiendo notado que durante el interrogatorio la diseñaban, se repuso para facilitar mas el trabajo del pintor Juan Santiago Haour, y le suplicó enviase una copia á su familia. Escuchó con la misma serenidad la

sentencia de su muerte, y dió á su abogado Chauveau la Garde las gracias por su generosa defensa; y en prueba del aprecio que le merecia, le encargó que pagase algunas pequeñas deudas que habia contraido en su prision respecto á que la confiscaban todos sus bienes.

Antes de salir de la sala encargó á sus jueces remitiesen á sus destinos tres cartas que sacó de su seno y puso en sus manos; la primera se dirigia á su padre, y se reducia á darle el último adios pidiéndole su bendicion y perdon; y las otras dos al diputado Barbaroux, en donde le contaba quanto la habia ocurrido desde su salida de Caén.

Es imposible describir la especie de heroismo que Carlota Corday mostró desde su prision al lugar del suplicio. Las mugeres perfectamente designadas por el pueblo, baxo el nombre de *furias de la guillotina*, se habian reunido para insultarla desde que subiese á la fatal carreta, empero su

aspecto magestuoso las impuso silencio. Algunos expectadores la saludáron al paso quitándose el sombrero; otros la aplaudiéron, y por entre estas aclamaciones llegó, y subió con un paso firme al cadalso. Entre todos se distinguió el diputado de Maguncia Adam Lux, que lleno de admiracion por su valor y queriendo seguirla al sepulcro, exclamó en alta voz: *Esta muger es mucho mas grande que Bruto.* Escribió y obtuvo del tribunal revolucionario la muerte que le pidió.

El carcelero de la Consergería la habia informado muy por encima del género de muerte que iba á sufrir, pero ignoraba los accesorios; y así es que quando el verdugo la iba á atar los pies creyó que queria burlarse de ella, y se resistió; mas luego que la dixéron ser àquella una operacion precisa, se sonrió de su ignorancia y se dexó atar. Al tiempo que el verdugo la hizo inclinar la cabeza y la quitó el pañuelo, sus mexillas se

sonroseáron de pudor, y esta expresion de su modestia subsistió aún despues de cortada la cabeza, como lo advirtiéron los expectadores, á quienes se enseñó aquel sangriento trofeo.

El mismo dia en que Marat fué asesinado, el tribunal revolucionario condenó á muerte á nueve padres de familia como autores ó cómplices del asesinato del diputado Leonardo Bourdon, que no habia sido asesinado pues que deliberaba aún en la convencion.

Este Leonardo Bourdon fué uno de los comisarios enviados para inspeccionar la conducta de los presos en las cárceles de la ciudad de Orléans, y el que contribuyó con mas ahinco al asesinato de los cincuenta y siete presos por el tribunal superior. En recompensa de este servicio los jacobinos lo introduxéron en la convencion. Bourdon fué tambien el autor de los saquéos y asesinatos que se hiciéron en la ciudad de Orléans en los dias 16 y 17 de setiembre del mismo año.

La causa que hubo para el asesinato de estos nueve infelices fué, que al retirarse Bourdon una noche del club jacobino de Orléans, á donde habia vuelto en comision, observó que varias gentes le seguian de cerca, y rodeando á aquellos con quienes iba, asesináron en medio de la obscuridad de la noche á uno que creyéron ser él efectivamente. Bourdon se adelantó ácia el herido para auxîliarlo, y uno de los suyos creyéndole enemigo le hirió en medio del desórden de aquella conmocion y de las tinieblas de la noche.

Algunos dias despues, varios funcionarios públicos que creían gozar de su confianza, atemorizados con los desastres de que estaba amenazada la ciudad de Orléans, resolviéron agotar todos los medios para desarmar la venganza de Bourdon. Se hiciéron acompañar del cirujano que le asistia, y admitidos á su presencia, pintáron con los colores mas enérgicos la causa de la justicia y de la huma-

nidad; le hiciéron tambien observar que su propio interes exîgía, que olvidase la causa de sus heridas. Bourdon por toda respuesta se hizo quitar el apósito del brazo, y enseñando la sangría que se habia mandado hacer de resultas del susto á los que fuéron á hablarle, les dixo: "Bien veis la señal de esta pequeña sangría; pues no puede curarse sino por una grande, y quiero que rueden sobre el cadalso veinte y cinco cabezas orleanesas."

Sobre la noticia que él envió á la convencion, ésta mandó al ministro de la justicia la continuacion de este negocio, y declaró á la ciudad de Orléans en estado de rebelion hasta que los criminales fuesen entregados á la justicia.

El acta de acusacion redactada por Fouquier-Tainville empezaba por estas palabras: "Desde el mes de setiembre último los enemigos de la república en la ciudad de Orléans han formado una conspiracion contra la libertad y la igualdad, y se extiende á destruir

la sociedad popular." Esta época del mes de setiembre es en la que fuéron asesinados los cincuenta y siete presos á pesar de los esfuerzos de la municipalidad, y este era en aquella época un gran crímen á los ojos de los partidarios del sistema anárquico.

La instruccion del proceso duró hasta el 12 de julio: el poder de la montaña era entónces completo, y nada podia resistir á sus proyectos sanguinarios; así es que de quarenta individuos que se prendiéron, nueve de los mas ricos fuéron de su órden condenados á muerte.

Es imposible pintar el interés que inspiráron estos nueve padres de familia. El dia 13 por la mañana las mugeres y los hijos de estos infelices se presentáron en la convencion: el uno de ellos pronunció estas pocas palabras: "Legisladores, en nombre de la humanidad nos presentamos aquí: Nuestros hermanos, nuestros padres y nuestros hijos caminan al suplicio: uno de ellos es padre de diez y nueve hi-

jos, de los que quatro se hallan en las fronteras batiendo á los enemigos de la patria. No os pedimos mas que una dilacion de algunos dias para que nuestros desgraciados parientes demuestren su inocencia." Niños de todas edades y sexôs, madres moribundas, hermanos y tios afligidos, y amigos en el ademan mas suplicante, formaban un grupo que debia conmover á los hombres mas insensibles. Los gritos de perdon resuenan en aquellas galerías, en las que ya hacia algun tiempo no se exhalaban mas que los acentos del furor; pero Bourdon en la aptitud del tigre que se sacia contemplando la presa baxo de sus garras, dixo á sus cólegas: "*No mas dilacion, tengo sed de su sangre.*" El presidente Jambon-Saint André mandó salir á aquellos infelices, y los nueve ciudadanos de Orléans fuéron conducidos al suplicio.

Los gefes de los anarquistas, que adoptaban todos los medios útiles á sus proyectos, encontráron en este suceso y en el asesinato de Marat circuns-

tancias que no debian despreciar. Al oirlos, todos los miembros de la montaña debian ser inmolados succesivamente sobre sus sillas. Los pérfidos federados de Marsella, de Burdéos, y principalmente de Leon, tenian en París una multitud considerable de satélites para inundar de sangre á la capital. Marat, que estaba ya casi olvidado, obtuvo el apoteósis; fué declarado mártir de la libertad, ó mas bien una deidad, y su muerte se consideró como una de las calamidades mas funestas.

Mientras que las plazas públicas de París resonaban con las alabanzas de Marat, la montaña asegurando que no se necesitaba mas prueba de los proyectos contra-revolucionarios de algunos departamentos, meditaba la ruina de las mas grandes ciudades de la república. Como todos los dias descubria la *Sociedad-madre* una nueva conspiracion, que por lo comun recaía sobre los federalistas, sobre los nobles, sobre los sacerdotes y ricos, se expidió un decreto de prision con-

tra todos aquellos que fuesen sospechosos por sus distintos sentimientos á los que la montaña manifestaba.

Carlota Corday habia sido encargada en Caén de entregar una carta á Duperret. Esto solo bastó para dar un decreto de acusacion contra este diputado y para enviarlo al cadalso. Al tiempo de levantar el secuestro de sus efectos, se encontró la minuta de la protestacion de los setenta y tres diputados, de que ya he hablado ántes, y acerca de lo qual no tenia la montaña mas que alguna sospecha. El gran número de firmas, entre las que se hallaban las de algunos individuos á quienes la montaña queria tratar con algun miramiento, suspendió su arresto esperando una circunstancia favorable para verificarlo.

Como el tribunal revolucionario no procedia en sus juicios con toda la celeridad que se deseaba, fué tratado de *moderantismo*, y se renovó casi en todos sus miembros. Cierta clase de mugeres de París que se habian atri-

buido el nombre de *mugeres revolucionarias*, y que estaban asalariadas para acompañar y para insultar hasta en el cadalso las víctimas de la montaña, abriéron sus asambleas deliberantes; y no solamente presentaban sus designios é intentos á la convencion, si no que tambien influían en sus debates con sus clamores desde las galerías, las quales ocupaban casi exclusivamente.

En las jornadas tumultuarias que precediéron al 2 de junio se habian reunido estas mugeres armadas de puñales en las salidas de la convencion, oponiéndose formalmente á algunos decretos que ellas desaprobaban, y se las vió despues presentarse en la barra pidiendo la renovacion de todas las administraciones civiles, la prision de todos los sospechosos, el levantamiento en masa de todos los franceses contra los enemigos de la montaña, y una órden general á todas las mugeres de París para que no llevasen otros adornos sobre su cabeza que el del gorro encar-

nado. Estas mugeres viendo que la convencion no decretaba sus demandas; se entregaron á unos escesos tan escandalosos que decidiéron la disolucion de sus asambleas políticas.

Para aterrar á los enemigos del estado habia mandado la convencion la leva en masa de toda la juventud francesa por un decreto que en substancia decia así: "Desde este momento hasta el en que sean arrojados los enemigos del territorio de la república, todos los franceses quedan comprendidos en la requisicion permanente: todos los jóvenes deben ir los primeros á los combates, y mientras tanto los casados cuidarán de las armas y de llevar las subsistencias: las mugeres fabricarán telas y harán vestidos: los muchachos hilas, los viejos predicarán en las plazas públicas el ódio á los déspotas, el amor á las leyes, y la adhesion á la república. La leva debe ser general: todos los solteros desde diez y nueve hasta veinte y cinco años se reunirán al punto; se instruirán en el manejo

de las armas, y estarán prontos á marchar contra los enemigos al primer aviso que se les dé."

Como esta juventud amante de la libertad y de la gloria de los combates marchando á las fronteras no estaba en disposicion de servir de instrumento á los proyectos destructores de los montañeses, hiciéron de los que llamaban verdaderos sans-culottes un exército revolucionario de seis mil hombres con el destino de recorrer los departamentos seguidos de la guillotina para obligar á que saliesen para las fronteras aquellos jóvenes (que razones particulares retenian en sus casas) y para invitar á los pueblos á que se elevasen á la cumbre de la revolucion, que es decir, asesinar en todas partes á los que estorbaban á los jacobinos ó tenian dinero.

Este exército de asesinos y de salteadores se multiplicó segun las circunstancias. Los jacobinos mismos admirados de la baxeza con que un pueblo llamado á la libertad humillaba

servilmente su cabeza baxo las mas despóticas instituciones, se animaban mas y mas á concluir su obra. Leon era la primera que debia sufrir los efectos de esta rabia destructora. Esta ciudad, que contenia mas de ciento cinquenta mil habitantes y las mas ricas manufacturas de la Europa, era por su industria el orígen fecundo de la prosperidad francesa, teniendo ademas una relacion comercial muy íntima con París, cuya consideracion habia determinado á los jacobinos á combinar á un mismo tiempo unos mismos esfuerzos para dominar ámbas ciudades; debiendo resultar de la combinacion de este proyecto, que mientras que París extendia en el norte de la Francia los principios de la montaña, Leon repitiese la misma operacion en el Sur: combinacion de que esperaban la seguridad de su triunfo.

Algun tiempo despues de los asesinatos del 2 de setiembre de 1792 los autores de esta carnicería habian enviado á Leon muchos propagandis-

tas, cuyo gefe era Chalier, piamontés de nacimiento, estafador de profesion, y que habia hecho una bancarrota fraudulenta, el qual comenzó el exercicio de su mision con el asesinato de cinco desgraciados que se hallaban presos de órden de la municipalidad por unos hechos privativos solamente á la policía correccional.

Por este tiempo ocurrió el suplicio de Luis XVI, cuya noticia habia hecho en Leon la impresion mas dolorosa. Chalier y sus compañeros querian remitir con este motivo al cuerpo legislativo una felicitacion á nombre de la municipalidad de Leon; se colocáron en las calles y en las puertas de los templos para arrancar á los que pasaban sus firmas con amenazas y violencias, ó haciéndoles mirar esta execucion como el término de todos los males que sufria la Francia.

Avergonzados por las contradicciones que experimentaban estos comisarios, proclamáron su sistema de pillage y muerte; pues habia salido

bien en París, refugio general de las gentes sin recursos, y en donde la falsa perspectiva de vivir en la abundancia sin tener que trabajar habia reunido baxo las banderas de los jacobinos á los ociosos y malvados de la Francia. Chalier, sorprendido de que no tuviese el mismo suceso en Leon, en donde la sociedad civil estaba mas reunida, y la actividad de la industria habia establecido un respeto á las propiedades, incompatible con el sistema de anarquía, halló sin embargo algunos discípulos, con los quales baxo el título de club central, abrió una asamblea popular asociada á los jacobinos de Paris.

Al sombrío resplandor de algunas lámparas sepulcrales que iluminaban la sala, Chalier con un puñal en la mano comenzó la sesion, exígiendo de todos sus socios, que eran seiscientos, el juramento de guardar el mas profundo secreto acerca de los misterios contra-revolucionarios de que él estaba encargado por la convencion

de manifestar. Hizo en seguida la relacion de una pretendida conspiracion tramada por los comerciantes de Leon para entregar la ciudad á los emisarios del rey de Cerdeña y de los emigrados. Entónces se succediéron con rapidez las mociones mas incendiarias.

Observaba Chalier que la menor tardanza comprometia la república; que estaba seguro del socorro de muchos miles de operarios descontentos con sus amos; que las tropas acampadas á las riberas del Ródano estaban dispuestas á favorecerle; que era conveniente que á la salida de la sesion cada miembro del club reuniese sus amigos; y que poniéndose todos en movimiento á las dos de la mañana, se hiciesen dueños de la artillería, cuya puntería debia dirigirse inmediatamente á las principales entradas para apoderarse de todos los leoneses ricos; colocando ademas una guillotina sobre el puente de Santa Clara. Chalier se encargaba de instruir un tri-

bunal popular semejante á los que habian erigido los setembricistas de París. Todos los encarcelados debian ser decapitados y arrojados sus cuerpos al Ródano. Habiendo hecho la observacion algunos asistentes de que el verdugo se rehusaria á tantos asesinatos, muchos clubistas se ofreciéron al instante á llenar este ministerio.

No obstante, la atrocidad de este complot se oponia á su execucion. Algunos miembros de la sociedad popular contaban entre los destinados á la muerte muchas personas á que estaban unidas por diferentes respetos; y hablando en sus almas mas fuertemente el remordimiento que el juramento que se les habia arrancado, se apresuráron á dar parte á muchos negociantes de la suerte que se les deparaba, los quales inmediatamente tomáron todas las medidas para substraerse de ella.

A media noche se tocó la generala de órden del corregidor de Leon. La presencia inopinada de la fuerza

armada de la ciudad intimidó fácilmente á los malvados, que no presentan valor sino quando tienen atadas sus víctimas; y Chalier, que debia ser castigado con la muerte, conservó su vida, contentándose los leoneses con cerrar el club central, y con arrojar de su territorio á los anarquistas que lo habian establecido.

Pero no por esto se aterráron: lleváron sus quejas á los jacobinos de París, haciéndoles ver que los negociantes de Leon eran unos contra-revolucionarios, que tenian á los patriotas baxo el rigor de la espada, y la montaña envió contra esta ciudad una parte del exército revolucionario mandada por Ronsin que despues fué guillotinado, encargando á los diputados Bazire y Legendre dirigiesen esta operacion.

La presencia de los jacobinos reanimó bien pronto la audacia de aquel partido que la firmeza de los leoneses habia admirado solamente. Se restableció el club central, se renováron todas

las administraciones, y Chalier se hizo nombrar procurador de la municipalidad.

Este extrangero se creyó entónces con bastante poder para verificar la subversion de Leon. La nueva municipalidad decidió que para mantener en la ciudad el espíritu de revolucion, era necesario, á exemplo de París, levantar un exército revolucionario cuyos gastos serian el objeto de una contribucion impuesta á los ricos.

Los muchos carteles sanguinarios que fijáron en todas las calles, aumentaban el espanto de los buenos y la audacia de los malos; entre estos escritos se distinguió el juramento de trescientos pretendidos republicanos que concluía con estas palabras: "Juramos exterminar á todos los leoneses que no piensen como nosotros; tratarlos como enemigos de la república; y arrojar al Ródano sus cadáveres sangrientos, llevando el terror hasta el mar."

Apénas el club central nombró los gefes de este exército, quando se vié-

ron aparecer decretos firmados por algunos intrigantes obscuros que se habian eregido en Leon en Junta de salud pública, designando la contribucion que debian pagar sus habitantes, los quales fuéron sancionados por los representantes Gauthier y Nioche que se hallaban allí de paso por ir de comision al exército de los Alpes. Las listas que se publicáron de los habitantes que debian pagar, manifestaban la arbitrariedad con que se habia hecho el repartimiento; pues á algunos se les impuso la cantidad de quatrocientas mil libras, y á otros tan enorme que excedia al valor de sus haciendas; pero era necesario pagarla inmediatamente, ir á la cárcel, ó sufrir una execucion militar. . . . .

Estas vexaciones estaban combinadas de este modo para excitar á los pacíficos leoneses á una insurreccion necesaria á los facciosos para cohonestar la destruccion de esta ciudad. Las prisiones se multiplicaban mas y mas, los sótanos de la casa de la mu-

nicipalidad estaban llenos de ciudadanos á quienes se procuraba ocultar el motivo de su prision; pero Laussel, sacerdote constitucional y miembro de la municipalidad, de acuerdo con Chalier hacia advertir á sus parientes que podian tratar acerca de su libertad. Ámbos á dos rehusaban los asignados y no abrian los calabozos sino con el oro, ni soltaban la presa sino despues de haberla despojado del todo. Este mismo Laussel hacia otro género de comercio con aprobacion de la Junta de salud pública de la convencion: vendia á los emigrados que volvian furtivamente á sus casas certificados de residencia, intrínsecamente falsos y distinguidos con señales secretas para conducir de este modo al cadalso á los que los compraban; pero este latrocinio se descubrió al fin, y Laussel fué arrestado y conducido á París ante el tribunal revolucionario en donde estaban muy seguros los ladrones de la impunidad. No se extrañó mucho en Leon quando se supo despues, que Laussel habiendo sa-

lido bien de su acusacion, gozaba tranquilamente en la capital el fruto de sus exâcciones.

A pesar de los esfuerzos de Chalier, el exército revolucionario no se completó. Mas en lugar de recaudar seis millones en que se habia calculado este gasto, la adiccion de las sumas aumentadas en los decretos de contribucion ofreció el resultado de treinta y seis millones. Un exceso tan extraordinario debia inducir á la desesperacion á los leoneses.

Entretanto la convencion habia expedido un decreto por el qual autorizaba á las secciones de las grandes municipalidades para que se reuniesen y tomasen las medidas que juzgasen á propósito para mantener la tranquilidad pública. Este decreto produxo en Leon el efecto que naturalmente debia esperarse: de la una parte, los ciudadanos amigos del órden se lisongeaban reunir sus esfuerzos para repeler la opresion, y de la otra previendo los anarquistas que los leoneses gimiendo

con el yugo que les oprimia se ocuparian sin intermision de los medios de sacudirlo, se uniéron entre sí para evitar el golpe de que se veían amenazados. Los anarquistas dominaban á la municipalidad, y tenian ademas á su favor una parte de los menestrales; de modo que habia en Leon dos fuerzas que se chocaban, la de la municipalidad y la de las secciones.

Debe saberse que siempre que los jacobinos preparaban en París un movimiento que llamaban revolucionario su reaccion se sentia en la mayor parte de los departamentos, principalmente en las ciudades grandes, y el de los últimos de mayo fué de esta naturaleza: Chalier habia declarado en el club central que solo se esperaba la llegada de algunos batallones destacados por Kellermann del exército de los Alpes para cerrar las puertas de las secciones y hacer guillotinar á todos los manipulantes de estas asambleas; y lo decian tan publicamente, que fijaban el dia 29 de mayo para esta expedicion.

Las secciones estuviéron reunidas todo el dia y noche del 28 recibiendo sucesivamente las mas siniestras noticias. Se sabia que se acercaba a la ciunad un tren considerable de artilleria, y que la seguia un numeroso cuerpo de tropa reglada. Algunos clubistas habian tenido la temeridad de introducirse en las asambleas seccionales, y de intimar á los presidentes y secretarios que cesasen inmediatamente en sus funciones si querian conservar la vida. Estas amenazas léjos de hacer impresion alguna en unos hombres que estaban decididos á defender su desenfreno, aumentáron la energía pública, y cada seccion mandó á sus batallones que tomase las armas, y que velase sobre la seguridad de las personas y de las propiedades.

El 29 al amanecer se supo que por órden de la municipalidad habian sido presos y cargados de yerro mas de cien padres de familia, y que habian de ser muertos en el mismo dia.

Esta noticia decide la insurreccion:

las secciones se apoderan del arsenal y de las armas que allí habia: los jacobinos posesionados de la casa consistorial acababan de recibir el refuerzo que esperaban del exército de los Alpes; y los dos partidos se preparaban al combate.

El uno queria robar y asesinar, y el otro todo lo contrario: el combate se sostuvo por ámbas partes con encarnizamiento: los jacobinos eran dueños de un quartel mientras que las secciones se apodoráron de otro. Á la media noche fué tomada la casa de la municipalidad que servia de quartel general á los anarquistas, y arrestados Chalier y sus principales compañeros.

Los presidentes de las secciones habian decidido que se formarian en junta general para arreglar el movimiento popular: los miembros de las administraciones del departamento y del distrito se habian unido á ellos, y se pronunció la destitucion del cuerpo municipal. Chalier

fué puesto en juicio y condenado á muerte por el tribunal criminal del departamento siguiendo las fórmulas judiciales. Si la opresion hubiera encontrado la misma resistencia en las demas poblaciones grandes de la república, los jacobinos hubieran desaparecido de la superficie de la Francia; pero la ciudad de Leon fué abandonada al resentimiento de los anarquistas, y algun tiempo despues sitiada en forma.

En tanto que se formaba el proceso de Chalier se supieron en Leon las resultas de las jornadas del 31 de mayo y de 2 de junio, y bien pronto las medidas tomadas por los departamentos del Jura, de l'Ain de l'Isére, de las bocas del Ródano, de la Gironda, y de Calbados, para vengar este atentado contra la representacion nacional. La ciudad de Leon se creyó obligada á entrar en esta coalicion, que por la naturaleza de su posicion podia ser el centro. Algunos de estos departamentos la habian envia-

do ya comisarios para tomar de mancomun medidas preparatorias, y esto fué lo que los jacobinos llamáron el *Congreso realista de Leon*, y cuya acta principal fué no reconocer los decretos de la convencion en tanto que los diputados encarcelados por los montañeses no fuesen restablecidos en sus funciones. El temor que este congreso inspiraba á la montaña fué el verdadero vehículo que aceleró la constitucion jacobina, la qual era un compuesto informe de despotismo y de demagogia emprendido y acabado en pocos dias.

Los comisarios que habian enviado los jacobinos á los departamentos se conduxéron en esta ocasion con tanta destreza, que consiguiéron calmar los ánimos irritados de casi todas las asambleas primarias. Se circulaban papeles con proclamas y noticias falsas fingiendo que acogian favorablemente las quejas de los leoneses, peró quando despues de disuelto el congreso de Leon creyó la mon-

taña haber tomado las precauciones suficientes para asegurar la impunidad á los que se habian esforzado en *jacobinizar* á Leon, quiso atribuirse el conocimiento de los delitos imputados á Chalier y á los demas gefes de los facciosos.

De la una parte se mandó por un decreto que los entregasen al tribunal revolucionario de París, prohibiendo á los jueces de Leon baxo la pena de muerte continuar su juicio; y de la otra las proclamas difundidas en los departamentos del Jura, de l'Ain, y de l'Isére, presentaban á los comerciantes de Leon como contrarevolucionarios que querian entregar su ciudad á los enemigos del estado, y á Chalier como un patriota oprimido por los realistas.

Las secciones de Leon respondian que la ley que ordenaba el juicio y el castigo de los culpados en el lugar del delito estaba en toda su fuerza, que la entrega en París de los individuos arrestados de resultas del 27

de mayo era impracticable por la mudanza y traslacion de una gran multitud de testigos, de sus empleos y cargos, persuadidas por otra parte á que entregando á los acusados á la montaña encontrarian como Laussel recompensas en lugar del suplicio que merecian, y reclamaron el beneficio de la institucion de jurados.

Convencido Chalier de haber sido el autor de una conspiracion, cuyo objeto era reducir á cenizas á Leon, fué condenado á la guillotina, suplicio demasiado suave para un malvado tan grande. Tal fué este hombre, digno émulo de Marat, cuyos restos encerrados en una urna de plata fuéron colocados en el panteon, mientras que los habitantes de Leon estaban fuera de la ley por haber exercido un acto de justicia que las circunstancias hacian absolutamente indispensable.

Para executar con mas facilidad el decreto de proscripcion expedido contra esta ciudad, era necesario privarla de los recursos que tenia para

su defensa. Para esto el general Kellermann pidió veinte y quatro cañones de á diez y seis, y otros veinte y quatro que estaban en el Arsenal; y aunque no era dificil comprehender el uso de los preparativos que se hacian en los alrededores de Leon, los habitantes de esta ciudad creyéron atraerse el ódio de toda la Francia, rehusando la artillería que se les pedia baxo pretexto de rechazar un ataque de los enemigos exteriores; así es que prevaleciendo esta razon entregáron los cañones. Entónces creyó la montaña que ya era tiempo de destruir esta ciudad que lá era fácil hacer considerar como la plaza de armas de aquellos realistas que querian romper tan indignamente la unidad y la indivisibilidad de la república.

Los habitantes de Marsella habian prometido á los leoneses los socorros mas eficaces en hombres, y sobre todo en artillería; pero temiendo que durante su ausencia un exército de sans-culottes, levantado por los jaco-

binos y animado por el incentivo del pillage, fuese á asesinar á sus muge-res é hijos, incendiar su ciudad, y pasar á cuchillo hasta los ancianos, se contentáron con enviar un débil exército á las orillas del Ródano, que fué disperso por el general Cartaux. Esta defeccion acarreó la ruina de la coalicion departamental del Sur, del mismo modo que la de Vernon habia anonadado la del Norte.

Moïse Bayle y Boisset, á quienes la montaña envió á Marsella para in-surreccionarla fingiendo llevar la mision de activar el reemplazo de los exércitos, fuéron recibidos con la mayor cordialidad, que pagáron con sublevar á los pobres contra los ricos, repitiendo contínuamente en el club que formáron con todos los jacobinos de la ciudad, que el rico era necesariamente un aristócrata, el negociante un insaciable estancador; y que para establecer la igualdad, sin la qual no podia subsistir la república, la insurreccion era para el pue-

blo el mas santo de sus deberes.

No faltó quien avisase á los principales negociantes y capitalistas de Marsella del eminente peligro que les amenazaba si no salian inmediatamente de la apatía en que les tenia sumidos el luxo y las riquezas, resultas del comercio mas extenso y feliz, y sacudian con prontitud las cadenas del club jacobino baxo de las quales dormian, sin pensar que iban á ser encerrados y asesinados en un mismo dia en la iglesia de S. Homobono. Sus ojos se abriéron á la vista del peligro; y reuniéndose en secciones recobráron la energía perdida, y en breve se halláron en estado de sacudir el yugo que querian imponerles.

Era necesario un punto céntrico en el que se pudiesen reunir las asambleas seccionales: para esto se formó una junta central con dos miembros de cada seccion. Sus primeras atenciones se fijáron en los comisarios de la convencion: despues enardeciéron los ánimos, propaláron que era ne-

cesario arrestarlos para exâminar sus poderes: el miedo se apoderó de Moïse Bayle y Boisset, y se escapáron á Leon.

La escena mudó de aspecto; la dominacion del club se disipó de repente; la junta central tenia la autoridad pública; algunos jacobinos se refugiáron á Salón, convocáron á aquellos de sus partidarios que habitaban en los pueblos inmediatos para concertar los medios de destruir á la junta central de Marsella; pero ya estaba dado el golpe: pocos diputados se presentáron en Salón, y éstos se disipáron luego que supiéron que la guardia nacional de Marsella se disponia á atacarlos.

Toda la Provenza imitó la conducta de Marsella, y cada junta municipal á su junta central. Esta institucion producida por las circunstancias no tenia igual en los fastos de la historia antigua ni moderna: era buena, en quanto sostenida por la confianza del pueblo, reasumia los pode-

res ; pero el método observado en su formacion la haria viciosa, y debia producir su ruina. Los miembros de la junta central habian sido propuestos en alta voz por el presidente de la seccion, y admitidos imprudentemente sin que se exâminase su conducta y opiniones ; así pues no es extraño que muchos de aquellos miembros no tuviesen las qualidades que exîgian las circunstancias delicadas en que se encontraban.

Por este tiempo llegó á la ciudadela el duque de Orléans, cuyo incidente aumentó el descontento de los marselleses. El antro jacobino habia creado un club en el mes de junio de 1792 baxo el nombre de *Comision popular*, y un tribunal para juzgar á los enemigos de los jacobinos ; ámbos se disipáron luego que la junta central obtuvo la preponderancia. Esta creó un tribunal baxo aquel modelo para juzgar á los anarquistas, y condenó á muerte á varios de los monstruos que asesináron en setiem-

bre de 1792 á los presos de París y de la ciudad de Orléans.

La paz mas profunda reynó por algun tiempo en Marsella, la qual hizo causa comun con los departamentos sublevados por la audacia criminal que los montañeses desenvolviéron en las jornadas del 31 de mayo y 2 de junio. Los comisarios de varios departamentos se presentáron en Marsella para concertar las medidas que convenia tomar. Una de ellas fué la de que dos comisarios de cada departamento se reunirían en Bourges para tomar el timon de los negocios generales, y que el batallon que debia levantarse en cada departamento estaria á las órdenes de este congreso. Los batallones levantados en el pais de Burdéos, Limoges y Clermont, debian reunirse en Périgueux; los de Marsella, Nîmes, Montpeller, Aviñon y un gran número de departamentos, tenian su punto de reunion en Leon, y debian ir á Bourges baxo las órdenes de los generales nombrados; pero el peligro que

amenazaba á la ciudad de Leon mudó considerablemente esta disposicion.

Informada la convencion del levantamiento de estas tropas, y de la ruta que debian seguir, dió órden al general Cartaux, que se hallaba en el exército de Italia, de que con mil quinientos hombres á los quales se reuniéron infinitos jacobinos que se apellidaban *Patriotas*, se apresurase á hacer frente á aquellas tropas desidentes.

Este general batió á algunos batallones departamentales, y fué batido sucesivamente por otros; los marselleses se apoderáron de Aviñon que se declaró por Cartaux, y sin que éste molestase ni batiese á aquéllos, abandonáron la ciudad y repasáron el Durance por Barbantane, dexando el camino que tomáron lleno de efectos y pertrechos militares, sin que hubiese habido para esta conducta otro motivo que el terror pánico que se apoderó de ellos á la lectura de unas instrucciones que remitió la junta central de Marsella á los gefes de las tropas. A

la llegada del correo extraordinario que les llevó, se hallaban estos en consejo de guerra discutiendo el partido que podria sacarse de la toma de Aviñon. "En el caso, decian las instrucciones, en que os veais precisados á abandonar á Aviñon, lo que no es creible, tomareis á la orilla izquierda del Durance una posicion ventajosa para impedir al enemigo que pase este rio." A la lectura de esta frase el comisario que la verificaba: "Esto quiere decir que la junta central de Marsella nos manda replegar sobre el Durance." Y no fué necesario mas para que oficiales y soldados, sin esperar otra órden, abandonasen la ciudad con tal precipitacion, como si efectivamente los hubiera perseguido un exército numeroso.

El 28 de julio á las seis de la mañana se supo en Marsella esta extraordinaria noticia, é inmediatamente nombró general de sus fuerzas y las de los departamentos coaligados, al antiguo coronel del regimiento del conde d'Artois Villeneuve-Tourette con órden de

que reuniese en Aix á los fugitivos de Aviñon. Mientras que este nuevo general concentraba sus fuerzas, Cartaux reforzado con seis mil hombres y quinientos caballos lo atacó el 4 de agosto, pero perdió la accion, y de sus resultas se replegó con la tropa de la convencion sobre Orgon, y Villaneuve distribuyó entónces las suyas entre los pueblos de Lambesc, Salon, Lançon, Rognes y Venelles.

El 10 un batallon marselles al mando de Darbaud tuvo órden de batir á los destacamentos de la convencion que se extendian hasta Merindol, Cadenet y Perthuis sobre la orilla del Durance, pero habiendo sido atacado por una division de Cartaux y herido mortalmente su comandante, se dispersó todo. Este incidente unido á la desunion que reynaba entre las tropas de los departamentos, motivó la dimision que hizo Villaneuve del baston de general.

Para atizar mas la discordia que reynaba, los jacobinos de Marsella publicáron la constitucion que acaba-

ban de redactar los montañeses y se llamó de 1793, pues convencidos los unos de que este código no era mas que un ardid diestramente dispuesto por la montaña para dividir á los franceses, prescindiendo de que por convenio celebrado con los demas departamentos habian declarado que no reconocerian ningun decreto de la convencion, hasta que ésta pusiese en libertad á los diputados que tenia presos; rehusáron reconocer esta acta constitucional; y guiados los otros por intereses diferentes, miráron la aceptacion del código de la montaña como el término de la guerra, y exîgiéron su pronta publicacion; lo que estableció entre ámbos partidos una guerra literaria, en la que cada soldado ó paisano se tenia por un negociador.

En medio de este conflicto Marsella se vió amenazada de otro mayor. En los tiempos mas prósperos se alimentaba con los granos que transportaba del Africa y de la Italia, y por

el canal del Mediodía de los departamentos d'Arles y de l'Héraul en donde de continuo tenia sus mejores almacenes; pero habiéndose separado este último de la coalicion del Mediodía, y estando ocupado Arles por las tropas del general Cartaux, Marsella no tenia mas provisiones en granos y harinas que para tres dias, y sin esperanza de podérselas procurar, ni aun por una requisicion en los pueblos de su inmediacion por lo exhausto del país.

En estas tristes circunstancias las administraciones de Marsella conociéron la necesidad de concentrar todos los poderes divididos hasta entónces, y lo hiciéron creando el 19 de agosto una junta de salud pública compuesta de siete magistrados; pero disuelta algunos dias despues por el deseo que en una anarquía todos tienen de mandar y ninguno de obedecer, se dispuso enviar una diputacion á las esquadras coaligadas que al mando de los ingleses la bloqueaban por mar.

A pesar del embarazo en que se encontraba la ciudad, la proposicion de enviar un mensage á las esquadras enemigas no se adoptó sino despues de largos debates. Los españoles parece que inspiraban menos desconfianza que los ingleses, á quienes la nacion francesa tenia entónces tan fuerte antipatía; pero la urgencia del peligro hizo que pasasen sobre toda consideracion. Los ingleses no accediéron al abastecimiento de Marsella, y esta para librarse de los riesgos que la amenazaban consultó la opinion pública sobre la aceptacion ó reprobacion del acta constitucional. Las secciones 9, 11, 12, 13 y 14 estrechadas por el hambre de que se veían amenazadas, y de los jacobinos que dominaban en ellas, la aceptáron, al paso que las demas que formaban la mayoría la reprobáron, lo qual hizo que se encendiese una guerra de puñales entre unos y otros, tanto mas sangrienta, quanto que lo ardoroso del sol de Provenza contribuyó mas á volcanizar

los cerebros. Los jacobinos diseminados en todos los quarteles y reprimidos por la policía mas vigilante, saliendo de sus guaridas á favor de la inquietud y desaliento general, transmitian sus furores en el alma de aquellos marselleses que creían que la aceptacion de la constitucion jacobina era el único medio de conseguir en su patria una paz de que todo el mundo necesitaba.

Cartaux, aprovechándose de aquella coyuntura, deshizo baxo las órdenes de Poultier que acababa de llegar del exército de Italia con un grueso de tropas y en las alturas de Sabregoule y de Séptéme, las tropas marsellesas, que en completa derrota se dispersáron y acogiéron en el fondo de sus casas. Solo quinientos hombres permaneciéron al lado de su general Villeneuve, á quien no quisiéron admitir los magistrados de Marsella su dimision. A la llegada del general y su tropa á esta ciudad supo que aquellos la habian abandonado precipitadamente, y conociendo que no era posible soste-

nería, dió órden á sus quinientos hombres de retirarse á Tolón, adonde llegó el 25 á las seis de la tarde seguido de una multitud considerable de marselleses de ámbos sexós.

Es imposible describir las escenas horribles que se siguiéron á la entrada de los comisarios montañeses en Marsella, el refinamiento de barbárie con que atormentaban á sus víctimas, el sin número de inocentes que se inmoláron á su resentimiento, á su interes ó brutalidad, y la inagotable invencion de aquellos malvados complacidos y ocupados únicamente en proyectar nuevos suplicios, excediendo los asesinatos de la víspera á los del dia siguiente; empapando en sangre humana la venda de la justicia; consolidando el imperio del crímen en lugar del de la virtud; convirtiendo en carnicerías y parages destinados al asesinato los techos y moradas consagrados al reposo y seguridad de los hombres; y en fin obstruyendo las calles, casas y plazas de una ciudad vasta con hacinas de miem-

bros mutilados y de cadáveres humanos...

Fréron, cuyo genio excedió al de Luzbel, fué el verdadero fundador de los tribunales de sangre que se estableciéron en las ciudades de la Francia para su destruccion, y que forman en el gran quadro de su revolucion las sombras mas sangrientas. En Marsella creó un tribunal sin jurados, que compuesto de bebedores de sangre, y no reglandose su conducta mas que por la venganza, condenáron ó mas bien asesináron á una infinidad de víctimas de ambos sexôs sin ninguna forma de proceso.

Por este tiempo, esto es, el 28 de agosto despues de algunas negociaciones de los toloneses con los comandantes de las esquadras anglo-hispanas al mando de Hood y Langara que tenian bloqueada aquella ciudad, y mediante un convenio entráron en el puerto de ella del modo que todos sabemos, despues de haber ocupado sus tropas la noche anterior el fuerte de Malgue.

Reducidos por todos estos incidentes los leoneses á sus propias fuerzas, habian tomado el partido de conjurar la tempestad que les amenazaba, aceptando sin restriccion la constitucion de la montaña; pero el modo con que fuéron recibidos sus diputados, á quienes encarceláron, les desvaneció esta última esperanza.

Reverchon, Albite y Dubois-Crancé, se habian fixado en Macon para dirigir los preparativos hostíles contra Leon. Los habitantes de esta ciudad les enviáron diputados para asegurarles de su sumision, á los que Dubois-Crancé respondió: "No se me engaña con palabras vanas: la sangre de los patriotas humea aún: que los leoneses entreguen las armas y restablezcan en sus destinos á los gefes de las nuevas administraciones, y entónces pesarémos las pruebas de su arrepentimiento." Así tambien los romanos vencedores de Cartago en la tercera guerra púnica, no consintiéron en dar la paz á aquella ciudad hasta que hubiese en-

tregado todos los recursos que tenia para defenderse; y quando la necesidad les obligó á subscribir á aquella ley dura, los romanos arruináron del todo á sus enemigos y destruyéron sus poblaciones.

La certeza del ataque produxo la necesidad de preparar la defensa, y los leoneses eligiéron por su general á Précy. Los jóvenes corrian á tomar las armas, mientras que las mugeres y los ancianos se empleaban en las obras que creía necesarias para la seguridad de la ciudad, el ingeniero Chenelette. Smidt se empleó en la fundicion de una artillería respetable, con la que hubiera rechazado á los sitiadores, á pesar de la superioridad de su número, si la malevolencia no hubiera contrariado á Smidt en la fundicion de la artillería de grueso calibre; pues aunque habia cañones en Leon, no calzaban mas que bala de á doce.

Las fuerzas que Dubois-Crancé reunió en las inmediaciones de Leon con-

sistian en diez mil infantes, tres mil caballos, cien cañones, una infinidad de morteros que servian quinientos artilleros, y varios batallones de las guardias cívicas de aquellas inmediaciones. Algunos leoneses se presentáron delante de este exército con el ramo de oliva, y perfectamente recibidos por Blanc, que todos sabian era el ladron de los fondos del exército de Jalés, fuéron asesinados del modo mas inhumano, y quando lo esperaban ménos por el acogimiento que se les hizo; el ataque se empezó al momento, los sitiadores fuéron rechazados, y la sangre empezó á correr el 8 de agosto.

Conociendo Dubois-Crancé que no era tan fácil como él habia creido la pérdida de Leon, recurrió á otro expediente, y fué el de dividir los ánimos de los habitantes en dos partidos. Para esto envió á Leon de negociador al comisario de guerra Páris con las proposiciones insultantes de que si querian la paz habian de entregarle todas las armas, pagar los

gastos de la expedicion, y entregar á disposicion del exército sitiador á todos los gefes de la fuerza armada, y á los miembros que no hubiesen obedecido las órdenes de las secciones. A pesar de los esfuerzos de los jacobinos todos contextáron unánimemente que ántes se sepultarian baxo las ruinas informes de Leon, que consentir en un acto de vileza que los deshonraria para siempre.

Con el objeto de encarnizar mas á los franceses unos con otros, Dubois decia á sus soldados, que sus hermanos de Leon ya no lo eran, pues llevaban la escarapela blanca en el sombrero; que habian tremolado una bandera del mismo color bordada de lises en medio de la plaza, y que tenian escondido al conde d'Artois dentro de los muros de la ciudad.

El comisario Páris desmintió todos estos hechos por una carta que remitió á la convencion, y que aunque se imprimió de órden de ésta, Dubois impidió con el mayor cuidado que circu-

lase por su exército hasta con pena de la vida. Entretanto éste se reforzaba con una reunion de sans-culottes extraidos por requisicion en los parages inmediatos, y por el exército de los Alpes al mando de Kellermann, que tuvo órden de conducir el sitio de Leon, aunque dexó abandonado á las tropas del rey de Cerdeña el departamento de Mont-Blanc.

Sesenta mil hombres sitiaban á Leon contra quarenta mil que esta ciudad contaba en estado de tomar las armas, aunque ni aun la mitad de estos tuviéron una parte activa en las operaciones del sitio. Todo estaba ya preparado para bombardear la ciudad, quando Dubois-Crancé proyectó un nuevo expediente para insurreccionar á los habitantes unos contra otros. Envió un trompeta que fué introducido en la plaza de Terreaux en donde el pueblo estaba reunido. Éste dixo, que lo que convenia ante todas cosas era que se retirasen los nuevos magistrados elegidos por el pueblo de

Leon, á los que no reconocia la convencion por tales. Estos que se hallaban presentes lo verificáron; pero todos á una voz contestaron al trompeta que respondiese á los gefes de las tropas sitiadoras "que para todo debian entenderse directamente con sus magistrados, á quienes ellos habian delegado sus plenos poderes." Esta respuesta, acompañada de veinte y cinco mil firmas, fué despues una verdadera lista de proscripcion, y los que no muriéron al puñal, fuéron guillotinados, ahogados ó fusilados.

Mediante á esta respuesta el bombardeo de Leon se empezó el 24 á las quatro de la tarde. La fatiga de los sitiados era extraordinaria, pero nadie se quejaba y todos manifestaban la mas firme resolucion de vencer ó morir en su puesto. Los traydores vendidos á los sitiadores, que por desgracia son tan comunes en todas partes, hacian las señales en que habian convenido á los sitiadores, y con las quales entendian la direccion y al-

cance de las bombas y granadas. Una muger á la que se la cogió haciéndolas, fué causa de las mayores hablillas en el exército sitiador, pues habiéndola ahorcado sus conciudadanos, Dubois-Crancé propaló entre los suyos que los leoneses habian fusilado á quinientas mugeres porque exhortaban á sus conciudadanos á que se rindiesen.

Entre los hombres vendidos al exército de Kellermann, se notaban sobre todo el llamado Reux, antiguo artillero, y el cura constitucional de la Cruz-Roxa. El primero que habia obtenido de Précy la plaza de mayor general de artillería, remitia diariamente á los sitiadores una noticia exâcta de sus operaciones del dia anterior, y de las disposiciones que se tomaban én el consejo de guerra, y el segundo inventaba diariamente nuevas señales para que las bombas fuesen á parar al *Hotel-Dieu* de Leon, uno de los monumentos mas bellos de la Europa, en donde á la sazon yacían millares de enfermos. Despues se creyó que los comi-

sarios montañeses, que no dudaban de la próxîma rendicion de la ciudad, habian resuelto destruir aquel magnífico hospital para apoderarse sin contradiccion alguna de las pingües propiedades de este establecimiento piadoso. Los quarteles de Santa Clara, y Belle-cour, la puerta del Temple, las calles de la Mercería y de Tupin, eran presa de las llamas. Se evaluáron á sumas inmensas la pérdida de los incalculables efectos que habia en los muchos almacenes que se destruyéron; pero el expectáculo mas horrible fué el incendio del arsenal, que consumió en una noche sola ciento diez y siete casas que estaban inmediatas. No faltáron por aquel tiempo leoneses que tuviéron la energía necesaria para probar á la faz de la Francia y de la Europa, que hubo montañeses, que quando los recios torbellinos de fuego agitados por un viento fuerte amenazaban consumir á Leon, se felicitaban de ser la causa de aquellos males. No de otro modo Neron se rego-

cijaba viendo las llamas que devoraban á la soberbia Roma; pero Neron queria reedificar á Roma, y los jacobinos aniquilar á Leon para siempre.

Entretanto el apuro de los leoneses se hacia cada dia mayor. Reforzado el exército de Kellermann por las tropas que le llegaban continuamente, habia tomado tan bien sus medidas para impedir el abastecimiento de los sitiados, que en el mes de setiembre no tenian otra comunicacion que con el pueblo de Brotteaux por el puente de santa Clara. Para quitarles este pequeño recurso, Kellermann extendió la línea de ataque, y con la máquina llamada infernal (que inventáron los españoles para destruir el puente de Avers, y despues usáron los ingleses para la del de san Maló) quiso inutilizarlo; pero el arquitecto Morand que habia construido este puente, ocurrió á preservar su obra de la destruccion con que la amenazaban. En vez de recibir Morand de los gefes jacobinos el justo tributo y elogios, que merecia

por sus esfuerzos patrióticos, juráron vengarse de un artista cuyo talento habia contrariado las operaciones del genio destructor que amenazaba á Leon; y quando fuéron dueños de esta ciudad, la cabeza del desgraciado Morand fué uno de sus primeros trofeos.

El hambre vino á aumentar los horrores que el sitio hacia experimentar á los habitantes de Leon. Las mugeres y niños, jóvenes y viejos, pobres y ricos, todos se viéron reducidos á media libra de avena por todo alimento diario, que reducida á harina, freían en aceyte ó amasaban con vino; pero todos se exhortaban mútuamente con la mayor resignacion á sufrir hasta las últimas privaciones, ó á morir ántes que entregarse á sus verdugos al mando de Kellermann y los montañeses.

Dubois-Crancé y Legendre habian sido llamados por la convencion; y sus cólegas, Collot-d'Herbois, Couthon, Maignet, y Châteauneuf-Randon se proponian hacer atacar en su ausencia y á la vez todos los puestos

exteriores que defendian la ciudad. Tambien proyectáron dar un asalto general; pero sabiendo que se hallaban preparados para recibirlos los sitiados, abandonáron este proyecto, para el qual habian reunido un gran número de escalas de hierro. En el libro siguiente voy á describir el terrible resultado de esta guerra, el asesinato y destruccion de la hermosa ciudad de Leon, una de las mas florecientes y ricas de la Francia, y los excesos á que se entregáron los gefes anarquistas de la montaña en los demas departamentos, á donde les conduxo el genio destructor, que tenia consolidado por entónces su trono en la desgraciada Francia.



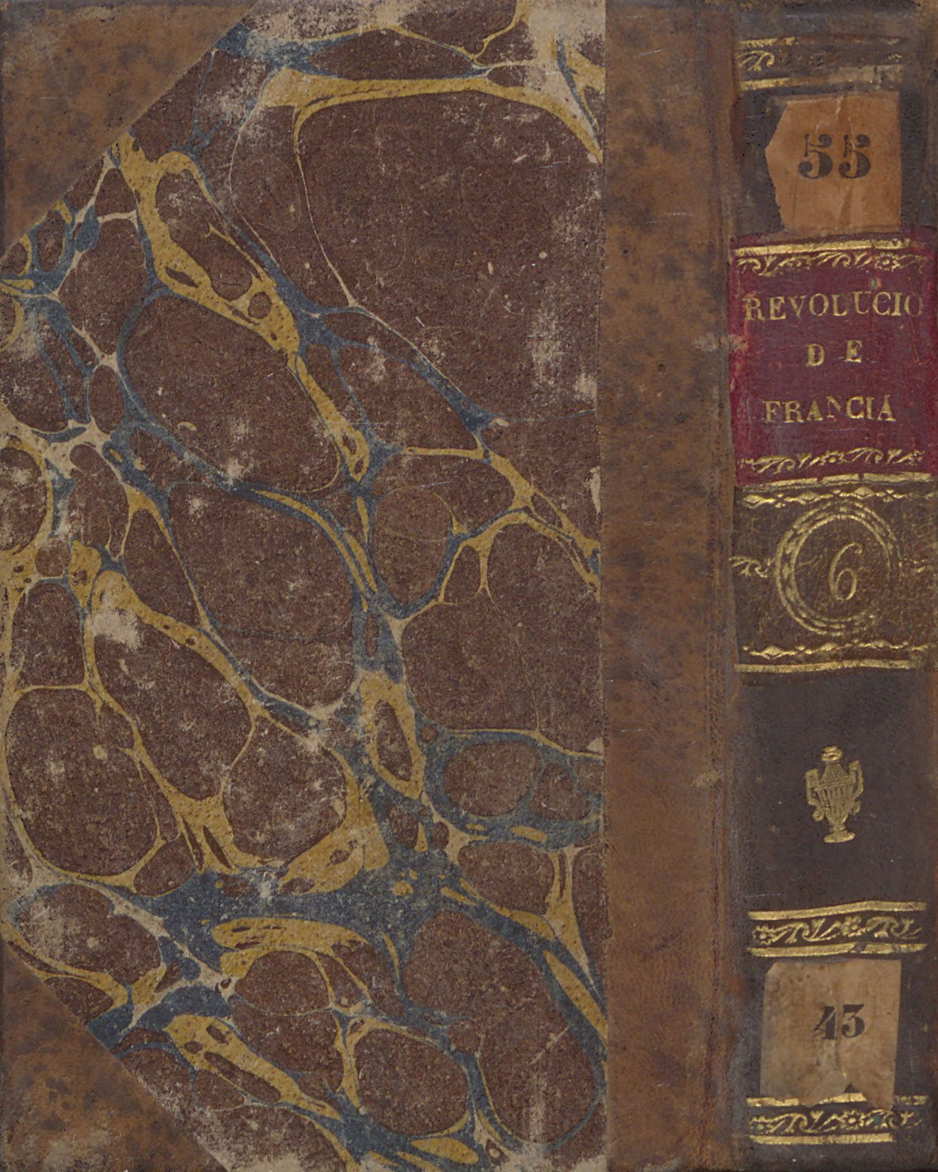
Censura del Ilmo. Sr. D. Sebastian de Torres, á consecuencia del decreto del Exmo. Sr. D. Francisco Ramon de Eguía y Letona, Capitan general de Castilla la nueva.

Exmo. Sr. = Es muy útil corra esta obra, está escrita con mucho juicio y exâctitud, y hará ver al público que los innovadores del dia conducidos por las teorías peligrosas de la *Revolucion de Francia* no han sacado las lecciones que debiéron tomar de los frutos amargos de la experiencia, y contribuirá á abrir los ojos á los que procuran alucinar y seducir con ideas y derechos que solo tienen por objeto la desorganizacion general, y la insubordinacion al trono y á toda autoridad para esclavizar á su vez en nombre del pueblo. Madrid 26 de mayo de 1814.

Sebastian de Torres.







55
REVOLUCIO
DE
FRANCIA
6
43


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm